



PRECIO: 4 PESETAS

BIBLIOTECA
LITERARIA
DEL ESTU-
DIANTE

xviii

Místicos

Españoles



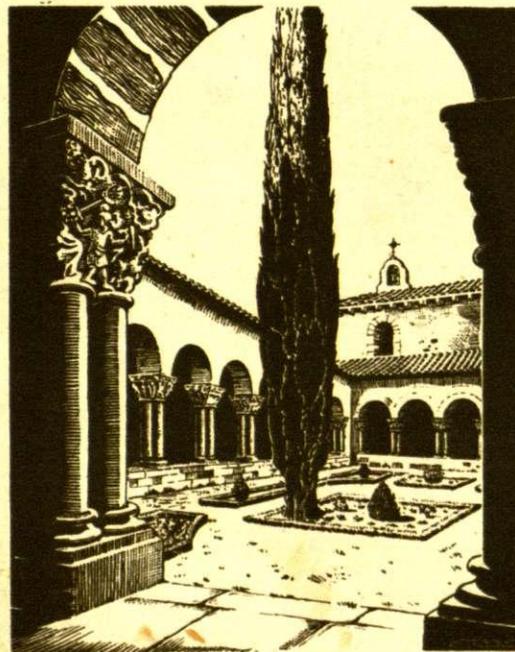
JAE

234

JUNTA PARA AMPLIACION
DE ESTUDIOS
INSTITUTO ESCUELA

BIBLIOTECA LITERARIA DEL
ESTUDIANTE XVIII

MÍSTICOS ESPAÑOLES



BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE

LA presente BIBLIOTECA trata de incluir en treinta tomos las obras cuyo conocimiento nos parece más esencial o más conveniente en los primeros años de la enseñanza. Los treinta volúmenes están formados obedeciendo a un canon literario, a un catálogo previamente establecido, de aquellas obras mejores que el estudiante debe frecuentar en el comienzo de sus estudios para adquirir los fundamentos de su cultura tradicional hispánica.

La BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE está dirigida por Ramón Menéndez Pidal, y la selección de los trozos comprendidos en los varios volúmenes está encomendada a Pedro Blanco, Américo Castro, Juan Dantín, Enrique Díez-Canedo, Samuel Gili, Justo Gómez Ocerín, María Goyri de Menéndez Pidal, Miguel Herrero, J. R. Lomba, Margarita Mayo, Jimena Menéndez Pidal, Tomás Navarro, Federico Ruiz Morcuende, Josefina Sela, Antonio G. Solalinde, R. M.^a Tenreiro, José Vallejo, Gonzalo Menéndez Pidal, etcétera.

Ilustraciones de Fernando Marco.

Estos volúmenes tendrán de 150 a 350 páginas, y sus precios serán de 2 a 4 pesetas, según el número de sus páginas.

Se admiten desde ahora pedidos de la BIBLIOTECA completa.

JAE
234

MÍSTICOS ESPAÑOLES

0173365000002

BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE
DIRIGIDA POR RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL
TOMO XVIII

MÍSTICOS ESPAÑÓLES

SELECCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS BIOGRÁFICAS
POR LUIS SANTULLANO



MADRID, MCMXXXIV
INSTITUTO — ESCUELA
JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS.

R:4283

Tipografía de Archivos, Olózaga, 1. Madrid



La merced del dardo. (Cuadro atribuido a Murillo.)

Colección de don José M.^a Blanco y Quintana.

Foto "Arxiv mas".

Si dejamos a un lado, entre otros nombres lejanos, los de Modesto de Gades, en el siglo I, y del obispo heresiarca Prisciliano, en el siglo IV, los de Ben Gabirol, nacido en Málaga o en Aragón por el siglo XI, y Abenarabi de Murcia, éste en la unión de las dos centurias siguientes, la primera gran figura representativa de la mística nacional es la del mallorquín Raimundo Lulio, cuyo *Libro del amigo y del amado*, escrito en lengua vernácula como sus demás obras, es ejemplo de purísima elevación espiritual, que recoge nobles influencias hebreas y árabes. En Lulio halla Menéndez y Pelayo el compendio de nuestra literatura ascética, contemplativa y devota de los siglos medios, por lo cual llega hasta situarlo cerca de San Buenaventura y antes que los mismos alemanes Eckart, Suso, Tauler y otros. La razón del idioma obliga, con todo, a excluir a Raimundo Lulio de esta selección de nuestros místicos, escritores en la lengua común.

Certeramente se ha señalado la preferencia que el sentido práctico de la raza hubo de conceder al ejercicio ascético sobre la disposición

contemplativa, y de aquí la influencia que vieron ejerciendo los escritos de Séneca, avenidos en su doctrina con el temperamento de nuestro pueblo, según apunta Aubrey F. G. Bell¹: “No se daba una distinción entre la religión y la vida, entre la religión y la literatura. Se aceptaba la idea de Dios, no como una fría abstracción, sino como una cosa viviente, realidad en incandescencia de la vida humana; por lo que era natural que el arte, la ciencia y la literatura fuesen a modo de ofrendas depositadas sobre un altar.”

No extrañemos así que el volumen de nuestra literatura místico-ascética comprenda alrededor de tres mil obras², que el *Tratado de la Oración*, de fray Luis de León, alcance cuatrocientas cincuenta ediciones, y que antes de producirse esta difusión considerable —análoga cuanto a las obras de Teresa de Jesús— hallasen acogida fervorosa las traducciones, ordenadas por Cisneros, de las grandes obras místicas, notables entonces: la *Imitación de Cristo* o *Kempis*, atribuida a Gerson; la *Escala espiritual*, de fray Juan Clímaco, los tratados de San Buenaventura, las

¹ Citado por G. M. Bertini: *Mistici di Spagna*.

² P. Sáinz Rodríguez: *Introducción a la historia de la literatura mística en España*.

cartas de Santa Catalina de Siena, los libros de Tauler, Dionisio el Cartujano, etcétera.

Esta influencia extraña y poderosa activa la gestación de la mística nacional, que halla a la vez freno y acicate para la manifestación literaria en el recelo de la Inquisición, con su vigilancia favorecedora de la producción más depurada.

En el primer período destacable del cuadro histórico debemos señalar a fray Francisco de Osuna, autor del famoso *Abecedario Espiritual*, escrito en letras de fuego, que más tarde habrá de recorrer anhelosa Teresa de Jesús, y a fray Alonso de Madrid, quien nos lega su exquisito *Arte para servir a Dios*. Fray Luis de Granada y Fray Luis de León iluminan magníficamente la primera estancia de nuestra mística, y el período posterior, el de los años áureos de la mística española con sus dos nombres excelsos: Teresa de Jesús, Fray Juan de la Cruz...

* * *

Integran el nuevo volumen de la *Biblioteca literaria del Estudiante* escritos de estos y otros autores místicos, elegidos aquéllos con la atención vuelta hacia los posibles y jóvenes lectores a quienes los dirigimos, así como las someras consideraciones que van seguida-

mente. El seleccionador hállese en el caso de declarar sus vacilaciones al entresacar de las copiosas lecturas unas pocas páginas y conceder justificada preferencia, aquí y allá, a trozos donde la belleza literaria prevalece sobre otro valor. Con todo, son más numerosas en este libro las páginas de hondo contenido místico, asistidas igualmente de los dones mejores del estilo que encanta y maravilla.

ASCÉTICA Y MÍSTICA.

No es fácil establecer una división clara entre los conceptos de Ascética y Mística, bien que los tratadistas expongan doctrinas convencedoras sobre uno y otro estado espiritual. El asceta busca, mediante el grave ejercicio, un camino que le lleve a la anhelada disposición mística. Por eso San Agustín llama así —“camino”— al empeño ascético, y San Juan Clímaco lo estima como “viaje al extranjero”, esto es, a un lugar que se halla fuera y lejos de nosotros, de nuestra situación presente. Camino, viaje y también, dentro de la terminología, lucha o combate del alma para domeñar los vicios y, conseguido esto, lograr las virtudes que guían a la santidad. Pero, contra lo que sería lícito creer, no se necesita alcanzar

esta santidad para que la criatura elegida manifieste la posesión de los carismas o dones otorgados al místico, ya que en el poder ilimitado de Dios se halla el servirse del pecador o del indiferente para declarar tal omnipotencia y mostrar a los humanos la senda de la salvación. Ni tampoco es dado atribuir a una religión determinada la realización del estado místico, pues son conocidas análogas manifestaciones excepcionales en otras religiones, como la musulmana, según han probado, entre nosotros, los documentados estudios del profesor señor Asín Palacios.

Si la ascesis es un camino, cada cual ha de descubrir su hito misterioso, pues la Mística, que es su aspiración más lejana, se nos aparece en su misma etimología como algo cerrado, secreto, cuyas lindes vedan el rico panorama interior a quien no logra trasponerlas. Por eso escribe Francisco de Osuna en su *Tercer Abecedario*: “Unos la llaman teología mística, que quiere decir escondida, porque en el secreto escondimiento del corazón la enseña el buen Maestro Jesús, que para sí solo quisiera reservar este magisterio, del que dió a sus siervos menos parte o facultad para enseñar a otros que de cualquier otra ciencia, queriendo, como principal Maestro, guardar para sí la

principal doctrina." No está, pues, del todo en lo justo Baruzi cuando afirma ¹ que la Mística no es un mundo cerrado que se sobrepone a un pensamiento premístico, dado que existe una mística que un determinado método prepara; afirmación a la que es dado observar que esta mística, conseguida mediante el esfuerzo metódico, no llegaría a serlo tal sino en cuanto la divina Gracia lo otorgase, y mientras no ocurra esto se daría solamente un proceso ascético, que puede alcanzar hasta las manifestaciones de la santidad. Terminantemente afirma esta posición el mismo Osuna: "La mística teología, pues no tiene conversación en conocimiento de letras, no tiene necesidad de tal escuela, que puede ser dicha de entendimiento; mas búscase en la escuela de la afección por vehemente ejercicio de virtudes, de lo cual concluimos esta diferencia: que la teología mística, aunque sea suprema y perfectísima noticia, puede, empero, ser habida de cualquier fiel, aunque sea mujercilla." Y a su vez San Juan de la Cruz escribe que ninguna cosa criada, ni pensada, puede servir al entendimiento para unirse con Dios, sino que antes le sirve de impedimento que de medio.

¹ Baruzi: *Saint Jean de la Croix et le problème de l'expérience mystique.*

PRÓLOGO

Cierto es que entre los tratadistas es grande el desacuerdo al examinar la cuestión. El mismo San Juan entiende la Mística como una contemplación infusa, en la que Dios enseña secretamente al alma, la instruye sobre la ciencia del amor perfecto, sin que el alma deba aplicar esfuerzo alguno; de cuya doctrina participan San Buenaventura y fray Juan de los Angeles. A su vez, Dionisio el Cartujano y los escritores de la Orden Dominicana consideran la Mística como ejercicio propio y exclusivo de la inteligencia, y no temen por ello caer en el pecado soberbio y satánico del intelecto, que condenara San Agustín. Entre una y otra posición contrarias cabe mostrar la posición armonizadora de la escuela española, declarada por el carmelita fray Miguel de la Fuente cuando sostiene que “en lo místico siempre andan juntos conocimiento y amor”¹. Mas éste, el amor —el sentimiento— se nos aparece con una trascendencia mayor que el conocimiento, si hemos de tomar en cuenta al místico poeta:

Entréme donde no supe
y quedéme no sabiendo.
toda ciencia trascendiendo.

.....

1 *Libro de las tres vidas del hombre.*

Este saber no saliendo
es de tanto poder
que los sabios arguyendo
jamás le pueden vencer;
que no llega su saber
a no entender entendiendo,
toda ciencia trascendiendo.

.....
Y si lo queréis oír,
consiste esta suma ciencia
de la divina Esencia.
Es obra de su clemencia
hacer quedar no entendiendo,
toda ciencia trascendiendo.

Además de la alta disposición amorosa, el místico ha de poseer la capacidad de inteligencia que le consienta establecer el diálogo supremo y gozoso con la divinidad, sin que esto desvirtúe el poder decisivo de la Gracia y el esfuerzo ascético para merecerla. La mística musulmana ofrece alguna indicación provechosa cuanto a estas relaciones, intelectual y afectiva, así como respecto de aquel empeño insatisfecho en el siguiente pasaje de Abenarabi, que atrae la sonrisa: "Una de las clases de santos amigos de Dios es la de "los gemidores". A ella pertenecen así hombres como mujeres... Santifica Dios a estos místicos mediante los gemidos que de sus pechos exhalan porque se sienten incapaces de alcanzar la perfección espiritual, y se lamentan al descubrir

en sus corazones que no encuentran lo que creen perdido”¹...

El asceta pena aquí en su anhelo esforzado, sin que la Gracia le atienda y regale con los dones místicos. En éste, y también en el caso feliz, los místicos se debaten con ansias de merecer el divino favor. “Esta sed de supremo goce de posición, sabiduría y ser —escribe Unamuno— por conquista amorosa les llevó en aquella edad al anhelo del martirio, a la voluptuosidad tremenda del sufrimiento, a la embriaguez del combate espiritual, al frenesí de pedir deliquio de pena sabrosa, a que el alma hecha ascua se derritiera en amor, desgarrándose la urdimbre de espíritu y cuerpo y corriendo por las venas espirituales mares de fuego y, por fin, llegaron algunos, rompiendo con la ortodoxia, a pedir la nada.”²

HUMANIDAD, REALISMO.

Sea cualquiera la posición que adoptemos en la divergencia planteada, habremos de aceptar determinadas características que el estado místico ofrece a nuestro examen.

El místico español se debate entre la ape-

¹ M. Asín Palacios: *El Islám cristianizado*.

² *En torno al casticismo*.

tencia metafísica, que le eleva hacia la unión suma, desasido de toda ligadura terrena, y la ley humana connatural a la ética de la raza, que le mueve a la actividad generosa para la salvación de los demás, a la vez que solicita la propia salvación. “En oposición a la reforma luterana —advierte Menéndez Pelayo— nuestro misticismo se calienta en el horno de la caridad y proclama la eficacia y valor de la actuación. “¡No, hermanas, no; obras quiere el Señor!””, aconseja la fundadora¹, cuya vida es ejemplo máximo de este obrar fervoroso, el espíritu inflamado en excelso amor.

Pudieran citarse muchos textos que contradicen esta afirmación y parecen apoyar aquella otra disposición ascendente del más acendrado egoísmo: “¿Qué tiene que ver —se pregunta un poco irritado fray Juan de la Cruz— criatura con Criador, sensual con espiritual, visible con invisible, temporal con eterno, manjar celestial puro, espiritual, con el manjar del sentido, puro, sensible, desnudez de Cristo con asimiento a alguna cosa?”² Dos caminos de opuesta dirección, y, al poner el pie en la conjunción de ellos, la

1 Teresa de Jesús: *Morada V.*

2 *Subida al Monte Carmelo.*

urgencia ineludible de elegir. El mismo San Juan de la Cruz lo declara en otro lugar: “Para tener a Dios en todo conviene no tener en todo nada, porque el corazón que es de uno, ¿cómo puede ser del todo de otro?”¹

Cierta parece la imposibilidad y, sin embargo de ello, el consejo que el místico de Fontiveros da en otro lugar a quien aspire a la santidad desciende al tono más humano: “Déjate enseñar, déjate mandar, déjate sujetar, y serás perfecto.”² Lenguaje de aire cotidiano, cual si se tratase de un negocio doméstico y no de relación elevadísima y libre de apariencia material. Y es que la manifestación mística hállase afectada de una fuerza tal de veracidad que hasta pone en acción los sentidos corporales, según muestran abundantes pasajes. Así, para Teresa de Jesús el Señor atrae el alma como las nubes atraen los vapores de la tierra: “Viene un ímpetu tan acelerado que veis y sentís levantarse esta nube y esta águila caudalosa y cogeros con sus alas.”³ Diríase que también el lector va a ser arrebatado por la descripción enérgica y soberana. En otras páginas el diálogo con la Divinidad se produ-

1 *Cartas.*

2 *Avisos y sentencias espirituales.*

3 *Vida.*

ce en los términos más familiares: “¡Bueno anda Nuestro Señor!” “¡Señor, agua os pedimos, pero no tanta!” “...y dije a Nuestro Señor, casi quejándome, que o no me mandase entender en estas obras, o remediase aquella necesidad.” Como éstas cabría aportar otras muchas expresiones de la monja romera, demostradoras de una relación mística a lo humano. También fray Juan de la Cruz participa de esta disposición de criatura terrena que ahora se siente acariciada por el halago: “...y vino el señor Obispo y predicó alabándonos mucho.”¹

La criatura humana manifiéstase según ella es, sin que la sobrecoja en aquellos ejemplos la majestad del Creador omnipoderoso. Característica señalada por R. Menéndez Pidal, a la par del mencionado realismo, como enlazada con “el gusto, tan arraigado en los artistas religiosos españoles, de reducir a un nivel común lo divino y lo humano, ora dentro siempre de la más sincera piedad, contemplando atrevidamente lo sagrado con ojos profanos; ora al revés, tratando a lo divino los temas profanos en boga, aun aquellos que más pueden herir por contraste la excelsitud

1 *Carta a la Madre Ana de San Alberto.*

de lo sagrado.”¹ Sin duda nos hallamos en presencia de una disposición étnica que, si en los místicos no llega a tales extremos, les hace en ocasiones mirar las cosas celestes con ojos terrenales y humanizar lo divino.

TEOFONÍA.

La inmersión del elegido en la Naturaleza es otra de las notas que debemos señalar, como si se diese en él una a modo de conciencia cósmica que le hiciese considerar el mundo, según advierte Giovanni María Bertini, en admirable teofonía y escuchar en todo la música de la divina palabra: “El místico hállase atento a recoger todas las voces y todos los movimientos, pues cada una de estas manifestaciones es para él un signo de Dios, una revelación emocionadora.”² Así el temperamento místico podrá realizar en el aislamiento sombrío y penoso de una cárcel, no sólo las páginas admirables de la *Noche oscura*, sino también las estrofas del *Cántico cspiritual*, llenas de luz gozosa:

¹ *La Epopeya castellana a través de la literatura española.*

² *Mistici di Spagna.*

¡Oh, bosques y espesuras,
plantadas por la mano del Amado!
Oh, prado de verduras,
de flores esmaltado...

.....
Mi amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas
los ríos sonoros,
el silbo de los aires amorosos.

Esta relación afectiva y emocionadora del místico con la Naturaleza, como obra que es de admiración de la criatura hacia el Creador, llega en ocasiones a términos hipersensibles y extraños. Véase este ejemplo máximo y regocijante en Francisco de Osuna: "Conocí yo uno que viendo una vez un gallo que abría las alas y las sacudía para cantar, sintió verdaderamente que sus entrañas se movieron y se abrieron a Dios para lo amar dulcísimo, y cosas semejables le acaecían muchas veces con otras criaturas, ca sacaba de toda cosa movimiento de amor a Dios."¹

La consideración del agua, de las plantas, de las aves y fieras en fraternidad risueña, acusa la misma disposición teofónica. Si San Francisco habla a los pájaros y convence al hermano lobo, Teonas deja en la noche su re-

1 *Tercer Abecedario*, tratado XVI, cap. IX.

tiro, para llevarles agua de beber, a las fieras que le rodeaban en el desierto. Teresa de Jesús dirá: Tengo una ermita que se ve el río, y también adonde duermo; que estando en la cama puedo gozar de él, que es harta recreación para mí.”¹ Y fray Luis de León llegará a escribir: “Algunos hay a quien la vista del campo los enmudece, y debe ser condición de espíritus de entendimiento profundo; mas yo, como los pájaros, en viendo lo verde deseo cantar o hablar.”²

EL ALMA A SOLAS CON DIOS.

Esta embriaguez del místico en el deleite de la Naturaleza, nacida del sentimiento de criatura, dispone al favorecido para la exaltación y lo eleva sobre la realidad gozada, libre de la cadena terrenal. Leibniz señala la trascendencia del consejo de Teresa de Jesús a sus hermanas del Carmelo: “Hacer cuenta de que no hay en la tierra sino Dios y ella (el alma)”³; al lado del cual pudiera recogerse esta otra advertencia coincidente de fray Juan de la Cruz: “Vive en este mundo como si no hubie-

1 *Carta a la Madre Ana de la Encarnación.*

2 *Los Nombres de Cristo*, Introducción.

3 *Vida*, cap. XIII.

ra más en él que Dios tu alma.”¹ Si Dios —comenta Leibniz— está aún más cercano a mí que mi mismo cuerpo, el mundo aparece como algo que no cuenta. Esencialmente: yo soy, Dios es.

El místico, compendio sumo de humildad, aparece ahora lanzado a la soberbia máxima cuando declara su aspiración al diálogo igual en la soledad con Dios. De hecho, si el místico no puede alcanzar cosa más alta, tampoco ha de pretender menos que esta unión con la Divinidad, anhelada meta del estado místico, semejable a caso fuera de juicio y razón, de atenernos a palabras de Teresa de Jesús cuando define la unión con Dios como “un glorioso desatino”, “una celestial locura”²...

Dios está sobre toda razón, y no es mediante el discurso lógico como el místico puede llegar hasta El. No se opone esto a la gradación de los tres estados que preceden: la “revelación”, que muestra al elegido el tesoro recóndito; la “iluminación”, que lo inunda de luz; la “contemplación”, que le dispone a reflejar, como espejo fiel y puro, los divinos soles. Ni debe tomarse aquí en demasiada

1 *Avisos y sentencias espirituales.*

2 *Camino de Perfección*, cap. XVII.

cuenta la posición intelectual a que nos hemos referido de los místicos españoles, los cuales llegan hasta afirmar el valor sumo, en comparación con todo lo creado, del pensamiento humano. Esta afirmación tiene una importancia secundaria y subordinada a la disposición humillada de la razón que renuncia al predominio. Acaso para hallar una armonía en la aparente pugna, Menéndez Pelayo hubo de referirse¹ a la tendencia del pensamiento místico conforme al personal temperamento, a las características del pueblo a que pertenece y a la formación recibida, según lo cual —dice— unos místicos serán ontólogos y otros psicólogos, unos analizadores y otros sintéticos y armónicos. Ahora bien, en el momento decisivo de la cuestión pudieran estas distinciones ser indiferentes, pues sea cualquiera la categoría de la disposición mística, el favorecido por ella ha de echarse entregadamente, ciegamente, en brazos de la Divinidad... si le han sido abiertos para acogerlo. Así toma particular significación el consejo de fray Juan de la Cruz a la priora de Segovia: “y adonde no hay amor, ponga amor y sacará amor”²; pues si bien algunos registran hasta

¹ *Historia de las ideas estéticas en España.*

² *Carta a la madre María de la Encarnación.*

cincuenta grados en el amor a Dios, estos numerosos grados no son sino etapas para llegar a la apetecida unión, en la que el místico sabrá hacer suya otra advertencia del mismo autorizado consejero: "Calle lo que Dios le diere. Y acuérdesese de aquel dicho de la Escritura: "mi secreto para mí."

LA UNIÓN MÍSTICA.

Esta es la aspiración suprema del alma dulcemente aquejada de amor divino. Hemos indicado cómo el logro de la unión es obra principal de la Gracia, negocio de merced celeste. Cabe disponerse a alcanzarla mediante la oración, en la que Teresa de Jesús señala dos modos diferentes, según que el alma consiga ese estado por el ejercicio mental, valiéndose de "muchos arcauces y artificio", o lo alcance por fluencia espontánea que viene del mismo manantial divino. Esta es la que llama oración de quietud y gustos de Dios.

No debe estimarse aquella oración activa inferior a la otra, pues en *Las Moradas* leemos que las virtudes quedan en ella más fuertes. El alma, cual pordiosero humildísimo, acaba por obtener la dádiva suprema, bien que

para alcanzarla necesite en ocasiones permanecer largo tiempo en el celeste umbral. ¿No tardó Dios cuatrocientos años para escuchar a los hijos de Israel? Sólo entonces, viéndolos apenados en la servidumbre del Faraón, declaró a Moisés: “Vi la aflicción de mi pueblo y he bajado para librarlo.” Así el místico debe aguardar siempre, confiadamente, el ademán generoso de la Divinidad, si llega a merecerlo.

La oración de quietud o sobrenatural es en Santa Teresa “un recogimiento interior que se siente en el alma, que parece ella tiene allá otros sentidos, como acá los exteriores, que ella en sí parece se quiere apartar de los bullicios exteriores, y así algunas veces los lleva tras sí, que le da gana de cerrar los ojos y no oír, ni ver, ni entender sino aquello en que el alma entonces se ocupa, que es poder tratar con Dios a solas”. “Mas esto —dice en otro lugar— al principio no suele lograrse sino después de larga oración mental.”

Conseguido ese estado, el alma mística se encuentra favorecida por otros movimientos, a los que la Doctora de Avila aplica sabias denominaciones: arrobamiento, suspensión, arrebatamiento, vuelo, ímpetu, herida... Mas la persona anhelosa de mercedes no debe apresurarse a la interpretación de las que crea re-

cibir si sus potencias se hallasen debilitadas por la oración y la penitencia. Teresa de Jesús no reprime, ante esta posibilidad, su pluma donosa: "páreces que es lo uno como lo otro y déjanse embebecer. Y mientras más se dejan, se embebecen más; porque se enflaquece más el natural, y en su seso les parece arrobamiento. Y llámole yo abobamiento, que no es otra cosa más de estar perdiendo el tiempo allí y gastando su salud." Para este mal embobado recomienda la Santa a las afligidas el dormir y comer, no hacer tanta penitencia y también que se diviertan cuanto pudiesen: aspiración excesiva a lo divino, remediada por sencillos expedientes humanos, seguros en estos y otros casos.

Bien distinta es la situación del místico que logra el favor de la Gracia, según aparece descrito el estado en Francisco de Osuna: "Puedes tomar ejemplo en alguna vasija que contiene agua u otro licor, el cual poniendo fuego se calienta en el vaso do está; empero, cuando hierve y bulle parece en alguna manera no caber en sí; mas exceder a sí mismo el licor que antes estaba seguro y ser llevado sobre sí por la virtud del calor. Así el ánima que aún no está encendida con el calor amoroso de la mística teología; entretanto que en solo el

conocimiento de la especulativa está, parece estar echada y que se contiene en sí misma dentro de sí; mas cuando concibe el espíritu del amor en fervor del corazón, en alguna manera sale de sí misma, saltando de sí o volando sobre sí." ¹ Es como un derramamiento del místico fuera de sí, al no poder contener el gozo que la divina presencia le trae con su claridad reveladora.

Sin embargo de esto, el místico que lo es en grado auténtico no pierde de vista lo humano; así al justipreciar el estado a que aspira como en la misma ocasión de lograrlo. "¡Dios mío y todas las cosas!", exclamaba San Francisco, abarcando en su amor al Creador y a las criaturas. Así ha de ser para realizar la unión declarada por fray Luis de León ², en la cual las criaturas no remedan a Dios, pues son el Dios mismo con quien se compenetran, formando una persona; en lo que pudiera advertirse cierta divergencia con fray Juan de la Cruz al decir éste ³ que si el alma ve a Dios esencial y claramente, ello sólo se manifiesta en una fuerte y copiosa comunicación y vislumbre de lo que El es en sí, y que permite

1 *Tercer Abecedario espiritual.*

2 *Nombres de Cristo.*

3 *Cántico.*

al alma sentir el bien de las cosas. Oposición que pudiera encontrar su armonía en Francisco de Osuna, para quien “la amistad y comunicación de Dios es posible en esta vida y destierro; no así pequeña, sino más estrecha y segura que jamás fué entre hermanos, ni entre madre e hijo. Esta amistad o comunicación de Dios al hombre, no por llamarse espiritual deja de tener mucho tomo y certidumbre...”

No extrañemos la aparente disconformidad, pues la disposición y la interpretación místicas son tantas cuantos son los favorecidos por la Gracia y, de otra parte, se da en ello un punto donde el razonamiento no alcanza a comunicar la verdad. Considérese la gran confusión de Teresa de Jesús al descubrir que mientras las potencias del alma aplicábanse al goce y entrega en Dios, sucedíale al pensamiento andar alborotado. “Traíame tonta”, confiesa donosamente. Y es que en semejante circunstancia el alma déjase arrebatar en los brazos de Dios con dejación tan gustosa, que “si quiere llevarla al cielo, vaya; si al infierno, no tiene pena, como vaya con su Bien.”¹ El ansia de unión personal con el Creador resulta

¹ *Relación V.*

declarada ciegamente del lado de la criatura, hasta el extremo de que no la amedrenta el mismo padecimiento de las llamas eternas, si éste se diese en la gozosa compañía del Supremo Amado. De esta suerte aparecen justificadas las palabras de la mística doctora al calificar esta unión, según se ha dicho, de glorioso desatino, celestial locura...

Más adelante, en las mismas *Relaciones* pretende explicar lo inexplicable, diciendo que en la unión de las potencias con Dios no le queda fuerza alguna al cuerpo para comunicar el gozo en que se halla, de tal modo, que "si puede, ya no es unión", por lo mismo que se trata de relación tan íntima y fundida que no cabe hacer partícipe de ella a tercera persona. La criatura hállase en ese estado como enajenada y fuera de toda posibilidad de distraer una parte, aun mínima, de su espíritu para decir lo que le ocurre, pues en el mismo instante se acabaría el encanto. Semejante declaración de impotencia dificulta en términos radicales la participación de alguna noticia que satisfaga nuestra curiosidad. El autor místico —ha dicho José Ortega y Gasset— propone un viaje maravilloso a un sitio donde él ha estado ya, y al volver, luego de acuciar nuestro deseo mediante palabras de gran ar-

tista extremado, nos declara sencillamente que ha visto algo inefable... Con lo cual viene a dejarnos en la misma boquiabierta ignorancia de antes. Mas ya San Agustín había advertido que el espíritu de Dios pasa sin dejar señal, al igual que la saeta, y la pluma fácil de la Fundadora había sabido contenerse en esta preciada confianza: “El cómo es esta que llaman unión y lo que es, yo no lo sé dar a entender.”

Sería inútil el empeño de rasgar la tupida y rica trama para descubrir a los ojos profanos la luz que deslumbra y puede cegar. Llega el místico a ese estado —hemos escrito en otro lugar¹— mediante un esfuerzo a la vez gozoso y penoso, en seguimiento de un anhelo originado en la divina merced: “Mi naturaleza es de fuego”, decía Catalina de Siena. Y Teresa de Jesús: “Mi temperamento quiere con ardor.”

El objeto y fin de ese amor es la Divinidad, en cuya esencia se quiere participar. Este soberano anhelo impone, además de la renuncia a lo temporal y eterno, cierta disposición entregada para la humildad absoluta y sin posible reserva. La criatura aspira a ser digna del

¹ *Obras completas de Santa Teresa de Jesús*. Estudio preliminar.

Criador, a llegar hasta El y gozar de su gloria; pero sabe muy bien que no cabe lograr esto por propios merecimientos, sino de un modo esencial, por obra generosa de la magnanimidad de Dios al levantar del suelo terrenal a la criatura y ponerla a su lado. Eckhart relaciona los dos conceptos de humildad del hombre y majestad divina haciendo provenir la idea mística de Dios de la emoción de Abraham¹, cuando le interesa por la suerte de los sodomitas: “He aquí que me atrevo a hablarte yo, yo que soy polvo y ceniza.” Para Otto éste es el sentimiento que llama de criatura, “que se hunde y anega en su propia nada y desaparece frente Aquel que está sobre todas las criaturas.” Doctrina que el evangelista San Lucas había adelantado en bellas palabras: Aun cinco pájaros que se venden por un maravedí, ninguno de los cuales cae en el lazo sin la voluntad del Eterno Padre...

1 R. Otto: *Lo Santo*.



Monje en meditación (Zurbarán).
Galería nacional de Pinturas.

FRAY FRANCISCO DE OSUNA

FRAY FRANCISCO DE OSUNA

Señálase el año de 1497 como la fecha probable del nacimiento, ocurrido en la villa de Osuna, provincia de Sevilla, y en el castillo del conde Juan Téllez Girón, que lo era segundo de Ureña. A su servicio hallábanse desde hacía largos años los padres de Francisco, según confirma él mismo en la dedicatoria de una de las obras: “Como yo desde niño me haya criado a vuestras migajas y mis antecesores hayan sido criados familiares de vuestra casa, parecióme cosa justa ofrecer mi primer fruto donde recibí el favor de mi tierna edad.”

Siendo aún muchacho se traslada con su padre a Africa, donde presencia la toma de Trípoli por los españoles el 25 de julio de 1510.

Ingresa muy joven en la Orden Franciscana, y sigue estudios en la Universidad de Salamanca. “La oración y la contemplación —escribe fray Miguel Angel en su estudio sobre la vida franciscana en España— ocupan, a lo que puede deducirse, sus años primeros en la vida religiosa, a la par de intensos es-

tudios, que le dotan de una formación científica de amplia y sólida base, de tal suerte que a los veintisiete o veintiocho años escribe su famoso *Abecedario*, impreso por vez primera en Toledo, en agosto de 1527.

Era de salud muy delicada, según declara en el *Segundo Abecedario*: "De mí quiero certificar a todos los novicios que yo era tan enfermo y de pocos días e inútil para la Orden que, después de haberme recibido en ella, se arrepintieron, por no haber mirado mejor lo que hicieron, y siendo el parecer de muchos que me quitasen el hábito, algunos no dieron para esto su voto..."

Después de peregrinar hasta Santiago de Compostela y de una o varias estancias en Sevilla, de 1527 a 1531, viaja por el extranjero: visita Toulouse, con ocasión de un Capítulo de la Orden, y luego París y Amberes. En los Países Bajos ocupase de la impresión de sus obras en latín; cuidado que, si deja alguna vez en otras manos, gusta de atender personalmente. El frío y la humedad de Flandes acentúan sus dolencias: "A uno le duelen los riñones de frío y a otros de calor: al pobre de frío, porque no tiene con que los abrigar y no trae sobre ellos sino un sayo raído; al rico le duelen de calor, porque los viste mucho y los carga de ropa y enforros doblados. De mí te digo que como tuviese mucho mal de riñones no sabía de dónde podía proceder; empero, viniendo los hielos del invierno hube de rogar a un rico que me

diese pluma en que durmiese, porque no podía sufrir los extremados hielos de Flandes...”

Elegido Comisario General de la Orden Franciscana para las Indias o gobierno de las provincias de América, no llega a desempeñar el cargo personalmente, sino mediante delegación, fundamentando la excusa en su estado de salud y en el deseo de ocuparse de escribir y publicar los libros que habían de darle fama. El más notable de ellos, el *Abecedario espiritual*, compuesto brevemente en forma de veintitrés sentencias, alcanza la extensión actual por obra de una indiscreción, en este caso afortunada: “Como entre los estrechos amigos no haya cosa encubierta, viendo mi humilde doctrina aficionáronse a ella, por ser breve, fácil y compendiosa, y tomándomela comunicaron (triste de mí) a otros sin yo saberlo, y así vino, de mano en mano, lo que yo tenía secreto. Y como la brevedad de estos abecedarios diese ocasión a algunos de los glosar y viese yo sobre ellos declaraciones, no según mi corazón, y otros me importunasen que los declarase conforme al intento primero que tuve, soy constreñido a me extender más de lo que pensaba y mostrar la pfeñez de estas espigas.”

Francisco de Osuna fallece en abril de 1542, a los cuarenta y cinco años de edad aproximada, ignorándose, con otras muchas noticias, el lugar de su muerte, ni dónde recibió sepultura.

OBRAS:

Abecedario Espiritual (obra distribuída en tres partes).

Gracioso convite de las Gracias del Sacramento.
Ley de Amor (Cuarto Abecedario).

Norte de los Estados.

Consuelo de pobres y aviso de ricos (Publicado como Quinto Abecedario).

Tratado sobre las llagas de Jesucristo (Idem Sexto Abecedario).

Varias obras en latín.

TERCER ABECEDARIO ESPIRITUAL

*Habla del hacimiento de las gracias diciendo:
"Bendiciones muy fervientes frecuente en todas tus
obras."*

Es cosa de tanta excelencia y bondad el hacer gracias a quien nos hace mercedes, que si bien miramos hallaremos esta verdad naturalmente engerida cuasi en todas las criaturas, las cuales, aunque hablar no pueden, por obra hacen mejores gracias a sus bienhechores que no los hombres por palabra, pues vemos que en siendo la tierra visitada del cielo con agua e serenidad, luego como en hacimiento de gracias comienza a brotar y enviar de sí hacia el cielo hierbas e flores en pago de lo que recibió; y porque el hortelano es solícito en criar los árboles, ellos, aunque sean altos, inclinan su fruta para que él pueda coger, y cuasi por obra dicen: toma esta fruta en pago de las mercedes que nos haces en nos curar. Y pues vemos, en saliendo el sol, las avecidas cantar y chirriar, ¿quién dirá si no que lo hacen en gracias porque viene a les dar lumbre y alegría, librándolas de la frialdad e peligro de la noche? Todos los ríos corren ligeros al mar para le hacer gracias

porque ella los produce; tórnanse a las manos do salieron, haciendo gracias porque fueron enviados.

Largo sería también de contar cuán gratos son muchos de los animales, cuya gratitud y reconocimiento es tanta que apenas son crecidos los historiadores que de ello escribieron, e la causa del no creer la mucha gratitud de los animales creo que es la poca que nosotros tenemos, la cual parece claramente, pues no conocemos el bien hasta lo haber perdido; y esto se causa por no haber hecho al que nos da los bienes suficientes gracias por ellos; de manera que nuestros bienhechores, para ser gratificados, han de esperar que nosotros perdamos sus beneficios, porque entonces con la falta conocemos el provecho pasado y nos movemos a hacer gracias. Grande mal es, sin duda, que el carecer de la cosa nos mueva más que ella misma; la codicia del poseer nos hace olvidar al que nos hizo poseedores. Y según esta mala propiedad que los mortales tenemos, no puedo hallar a quien mejor y con más razón debemos ser comparados que a los puercos que debajo de la encina gozan de la bellota, los cuales jamás alzan la cabeza para ver de dónde descienden, ni curan de lo saber, así como si ninguna cosa les fuese en ello.

(Segundo Tratado.)

Habla del miramiento que has de tener en todas tus cosas, diciendo: examina y hazte experto y afina tus obras todas.

Cosa muy justa es tener algún recelo en las cosas arduas, e no fiarse hombre sin la prenda de la razón por tener segura la paga, porque escrito está (*Eccles.*, XVIII d) que el varón sabio en todas las cosas temió, e los mayores peligros más suelen ser temidos. Donde los avisados marineros suelen llevar una cuerda larga, al fin de la cual atan algún plomo para ver cuánta agua hay en aquel lugar, porque no tope la nao en lo bajo y padezca detrimento; e también se rigen por la carta del marcar, donde hallan muchos peligros escritos para su aviso; e llevan también muchas velas para servirse de ellas, disponiéndolas según el viento lo requiere; allende de esto, llevan el agua cerca del timón, que siempre mientras navegan debe ser regido conforme a ella, mirando al Norte. Con toda esta diligencia e mucha más examinan su camino; lo cual aún no basta para les acabar de quitar el miedo, más siempre el piloto vela en regir la nao por miedo de los peligrosos lugares.

Estas cosas he dicho para nuestra doctrina, pues que nuestra vía es por el mar (*Psal.*, LXXVI d), y nuestra senda por las muchas aguas; donde es de notar que cada ejercicio de virtud e santidad es una navecilla, en que cada justo con su familia interior

e mundo menor se debe salvar; y así como hay muchas maneras de naos, así hay muchas maneras de ejercicios; empero, cada uno con vocablo común se podrá llamar nao, según aquello del psalmo (*Psal.*, *CVI*): Sacrifiquen a Dios sacrificio de alabanza, y denuncien las obras dél en alegría los que descenden a la mar en naos, haciendo operación en las muchas aguas; éstos vieron las obras del Señor e las maravillas dél en el profundo.

De los mundanos que suben al mar alborotado del mundo no hacemos aquí mención, sino de los que por humildad descenden en gruesas naos de grandes ejercicios, navegando por la mar de la vida presente al puerto de la salud. Llamo la vida presente mar, pues que de tantos torbellinos y tempestades es fatigada, en la cual perece el que no va en algunas de estas naos, que son los santos ejercicios de virtud; porque a nado ninguno la puede pasar; y así como unas naos van por aguas dulces y otras por salobres, así hay algunos ejercicios que la costumbre ha hecho dulces, e las lágrimas que en ellos se derraman son dulces, por las cuales navegan, y otros que son por alguna causa más penosos e sus lágrimas amargas; empero, acaece que mejor y más seguramente se navega el agua salobre que la dulce, y así no van peor librados los que van por agua salobre; antes acaece que éstos, por se ver en más peligro, se examinan mejor y ofrecen más sacrificios y votos al Señor; e después de libres de la tempestad anun-

cian, como dice David, con gozo las obras del Señor. Y tanto mayor es la operación interior y exterior de aquéstos, cuantas más aguas de lágrimas tiene su mar.

Las aguas de este tercero serán dulces, porque aún, según dice Plinio, hay mar dulce, al cual se pueden estas terceras lágrimas de que hemos de hablar comparar; por las cuales, si llevas la nao de aqueste tercero y último ejercicio verás, según dice David, las maravillas del Señor en el profundo corazón tuyo, según dice la glosa. Destas naves, que son los santos ejercicios, se puede decir aquello del *Apocalipsis* (*Apoc.*, XVIII f): “Hiciéronse ricos todos los que tenían naves en el mar. En esta nave del santo ejercicio nuestro duerme y reposa Cristo; e acaece que mientras El más duerme y reposa se turba más el mar; e muchas veces, mientras Dios está con nosotros somos más combatidos, y siéntese Dios dentro en el ánima muy quieto y la tentación en lo de fuera, lo cual permite el mesmo Señor para probar nuestra confianza, y no creo que cesará la tempestad hasta que El lo mande; porque propio es del mar embravecerse, por cuyo remedio debemos ir al Señor y decirle que nos salve, poniendo tranquilidad e paz...

(Quinto Tratado, cap. II.)

SOBRE EL RECOGIMIENTO

Acontéceles a los varones recogidos con su ánima como al cazador con el ave que prende de viva para poner en alguna jaula, que fuera de aquel encerramiento estaba encima de los árboles quieta, mas después de encerrada no tiene reposo alguno sino saltar de una parte a otra y herirse la cabeza por salir; e si sale huye tanto que el cazador pierde la esperanza de la ver más en la jaula encerrada. Cuasi de esta forma, cuando la persona devota quiere poner su ánima en la jaula del recogimiento, allí la siente más inquieta que antes, viendo que pierde todo el sosiego pasado, e siente grande agravio teniendo menos sosiego que antes que se diese al tal ejercicio; y son tantas las vagueaciones que a las veces ocurren, que pierde la esperanza de poder seguir el recogimiento; e queriendo algunos remediar esto hácese tanta fuerza en desechar estas vagueaciones y toman de ellas tanta pena, que les causa dolor de cabeza y flaqueza corporal y otras fatigas no pequeñas, queriendo con enojo corregir las cosas que mejor se castigan con una amorosa disimulación, conforme a lo cual dice nuestra letra: Por amor e sin enojo corrige siempre tu alma.

Tornando al ejemplo que pusimos del ave puesta en la jaula, claro está que mejor podrá ser amansada

y hecha doméstica por amor que no por rigor, y mejor la podrán aplacar con palabras blandas que no ásperas voces que la espanten; más vale para la hacer segura traerle blandamente la mano por la pluma con halago que no herirla ni amedrentarla; e así cuando tú sintieres que tu ánima se desmanda en diversos y desconcertados pensamientos, no la escandalices más ni le des más aflicción, sino corrígela amorosamente con algunas breves palabras de amor, como si le dijeses después que sientes la distracción de los pensamientos: ¿dónde has ido volando, oh ánima mía? ¿Qué traes de allá do fuiste, sino tibieza? ¿No sabes que el Señor visita a los que están consigo mismos y se aparta de los que se apartan de su corazón? No seas callejera: mas si quieres ser esposa del muy alto, has de ser muy encerrada, para que de aquí se presuma la honestidad.

Con palabras semejantes que el hombre diga a su ánima le será suave, según lo debe ser el hombre enseñado; y con una disimulación de las pasadas distracciones debe poner remedio en lo que se podrá seguir, quitando toda cosa que le es causa de derramar, y esto con el mayor amor que pudiere, ca no hay cosa que más provoque a la cosa que buscamos que el amor que le tenemos.

Este ejercicio no se alcanza por fuerza, sino por maña; no hay cosa más mañosa que el amor, el cual debe ser como azote que hiere al trompo para que torne a avivar y no muera, sino que siempre ande.

Trompo es nuestra ánima, de sí misma inclinada a caer; mas el azote del amor la puede hacer tomar nuevas fuerzas si la corregimos siempre con él, según dice nuestra letra, pues que siempre es defectuosa y se cansa presto de obrar en lo interior y secreto de su corazón, donde no debe dormir ni dormir el que guarda a Israel.

(Tratado Cuatorceno, caps. I y II.)

FRAY ALONSO DE MADRID

FRAY ALONSO DE MADRID

De la vida de fray Alonso de Madrid —dice el padre Miguel Mir— nada se sabe si no es que fué natural de la ciudad que le dió su nombre.

El libro *Arte para servir a Dios*, que le destaca entre los escritores de su siglo, fué impreso por primera vez en 1521. Menéndez Pelayo, en las *Ideas Estéticas*, lo estima como “verdadera joya literaria” y “bellísimo tratado”. Según el padre Mir, esta obra fué muy leída en el siglo XVI, habiendo sido traducida a varios idiomas.

Teresa de Jesús, al examinar en su *Vida* el primer grado de la oración, dice del “llamado *Arte para servir a Dios* que es muy bueno y apropiado para los que están en este estado, porque obra el entendimiento”.

Alonso de Madrid dejó otro libro: *Espejo de ilustres personas*, cuya presentación hace el mismo autor con estas palabras: “Nombre de “espejo” le pertenece para que quien en él se mirase verá bien claramente la fealdad de su rostro espiritual y podrá-le hermosear con lo que allí conocerá. Y aun le per-

tenece también el sobrenombre de "ilustres personas", porque la vida de ellos debe ser más despejada que la de los otros."

El historiador Ambrosio de Morales hizo una versión retocada del *Arte para servir a Dios*, de la cual existen varias ediciones.

ARTE PARA SERVIR A DIOS

DE LA VANAGLORIA.

Habla incidentalmente de la vanagloria, contraria de la humildad, en que se ponen muy buenos puntos y una larga y hermosa consideración destructora de toda vanidad.

Poca o ninguna vanagloria se le ofrecería a quien aborreciese o negase a sí mismo, como en el santo Evangelio y arriba es declarado; porque no es otra cosa la vanagloria sino un placer o gozo que alguno toma de lo que no debe.

Bien puede uno gozarse de los bienes que tiene por la merced de Dios, en cuanto de allí se conoce o espera algún servicio de Dios y provecho del ánima (que todo es uno, bien entendido); pero de otra manera es gozo vano y vanagloria, porque tomamos para nosotros la gloria que a solo Dios se debe, o porque nos gloriamos en nosotros mismos de lo que nos deberíamos de gloriar en Dios. Esta gloria, pues, no tomaría quien se aborreciese, como ya se dijo.

Párrafo segundo. Siempre debe de tener quien quiera por sospechoso, vano y no espiritual el gozo

que tiene de las mercedes que Dios le hace cuando no se gozó en la misma manera en la consideración de los bienes ajenos; porque aunque debemos primero escoger la virtud para nosotros que para los otros y gozarnos porque, dado que no lo habíamos de tener nosotros y los otros, acertamos nosotros a tenerla; pero cuando nosotros y los otros todos tenemos el bien, así nos debentós gozar del bien de los otros como del nuestro; porque lo uno y lo otro es dado de la magnífica mano de Dios, y de lo uno y de lo otro se goza igualmente Su Majestad, y no debe ser otro nuestro gozo sino en Dios y en el cumplimiento de su voluntad. Así se gozaba el espíritu santo de la Virgen, Nuestra Señora, en Dios, su salud y nuestra.

Párrafo tercero. En nuestra voluntad puso Dios Nuestro Señor un poder con que se gozase de todo bien que tuviese, tanto cuanto conociese que era de Dios el tal bien y para servicio de ese Dios; y saliendo de este concierto dado a Dios, luego es alegría vana, quiere decir: alegría que sale del concierto que Dios quiere que tenga el alegría con que nos gloriamos de las mercedes que de él recibimos; y esto se llama vanagloria. Y muy peor vanagloria es la que recibe alguno del bien que no tiene, y muy peor si la recibe del mal que ha hecho.

Párrafo cuarto. Es tan sutil la vanagloria, que alguna vez pensará el que aún es flaco en la virtud que se goza en Dios del bien que tiene, y será

muy mezclado de vanagloria; y por esto hasta que uno tuviese muy claro conocimiento de las virtudes siempre debería huír de toda manera de gozo o de placer, cuando piensa en las mercedes que de Dios recibe, o bienes que hace, o cosas que de sí oye. Antes debería acostumbrarse de tener en los tales tiempos un temor, con que algún dolor recelase la vanagloria, que allí suele nacer muy escondida.

Párrafo quinto. Dejando ahora, pues, aquella vanagloria que dije que era peor o más mala, como mal tan grueso que no es mal de hombres espirituales, sino de hombres pervertidos y no deseosos del bien verdadero, a quien no se endereza lo que aquí se escribe, y viniendo a la otra vanagloria, que nace del bien que alguno tiene, o hace, o oye de sí mismo, parecióme que lo que más ligeramente podría quitar de nosotros tanto mal será la consideración de la gran vanidad y falsedad que en ella hay, porque ningún virtuoso hay que no aborrezca lo vano y lo falso.

Y notad que tanto podría uno considerar lo que para esto luego aquí abajo se escribe, que de la mucha costumbre de considerarlo conciba un aborrecimiento tan grande del mal de esa vanagloria, que ya casi nunca se le ofrezca.

Gran fealdad sería que un caballero estimase mucho haberse puesto a una pequeña afrenta por amor o servicio de un rey que primero se hubiese puesto por ese mismo caballero a grandes afrentas y heridas por grande amor que le tenía. Y si aquel caballero

no solamente lo tuviese en mucho aquello poco que hacía por aquel rey a quien tanto debía, pero aún se gloriase a otros de ello, sería liviandad tan para burlar, que no es cosa de poner en plática; pero aún mucho más abominable vanidad sería si aquel rey hubiese sufrido todo aquel trabajo sin ninguna ayuda de aquel caballero, y ese caballero hubiese sufrido lo poco que sufrió con gran socorro y favor del rey y con grandes mercedes prometidas antes del trabajo y recibidas después de la pequeña afrenta pasada. En esta muy abominable vanidad y muy peor sin comparación cae el vanaglorioso.

FRAY LUIS DE GRANADA



Fray Luis de Granada
Colección de estampas de la Biblioteca Nacional de Madrid

FRAY LUIS DE GRANADA

Nace en Granada el año 1504, sin que podamos añadir otra precisión a esta fecha. Su padre, de apellido Sarriá, procedía del pueblo de este nombre en Galicia y fallece en edad joven, dejando al niño Luis y a su madre en situación que obliga a la viuda desamparada a buscar trabajo de lavandera en un convento de dominicos.

Merced a la protección del conde de Tendilla recibe el futuro orador sagrado las primeras enseñanzas de Gramática latina y puede luego frecuentar otros estudios, que le llevan en 1524 a entrar en el noviciado del convento dominicano de Santa Cruz, donde profesa un año después y cambia su nombre de familia por el de Granada, que más tarde había de ponderar la fama.

Cada convento de Santo Domingo —escribe el biógrafo don José Joaquín de Mora— era una especie de Universidad donde se seguían cursos completos de Letras humanas, Filosofía, Teología dogmática, escolástica y moral, así como otros estudios que a éstos sirven de complemento y perfección,

tales la exposición de la Biblia, las sabatinas o conclusiones públicas y privadas, la lectura de los Santos Padres y los ensayos prácticos de oratoria sagrada. En todos estos ejercicios sobresale fray Luis; en todos excede a sus compañeros; en todos llama la atención y merece el aplauso de los superiores.

Estas aventajadas circunstancias hacen que se le designe para una beca en el Colegio mayor de San Gregorio de Valladolid, donde ingresa el 11 de junio de 1529 y completa los estudios, aplicándose especialmente a los de Teología mística, que le atraen por su inclinación hacia el ejercicio de la oratoria sagrada. Terminados los cursos del Colegio regresa a Granada para dedicarse a la enseñanza de la Filosofía y Teología en varias cátedras de la Orden. A esta época corresponde su resolución de consagrarse a la predicación, en la que logra desde la primera hora los mayores triunfos, justificados en sus grandes condiciones para esta oratoria. "Su predicar —dice el historiador fray Jerónimo Joannini— fué de hombre evangélico, no mirando a otra cosa que a hacer ganancia de las almas y plantar en el pecho humano el amor del cielo. Tuvo la voz clara, suave y dulce; no le era necesario desear suavidad y energía para deleitar, porque sus palabras casi eran armónicas y penetraban los entendimientos que las oían. Mostró ser docto, pudiendo enseñar y sabiendo dar a entender lo que quería, tan sazónada y aseadamente cuanto era necesario, conforme a la calidad de

los oyentes. Sus conceptos eran todos sacados de la Escritura Sagrada y los más escogidos de los Santos Padres, latinos y griegos, y tejía de ellos la guirnalda de su decir, no menos que si fuesen flores entre los conceptos. Su estilo fué puro, limpio, sencillo, más alto; llano, más significador; grave, más agraciado; florido, más cristiano, y no le faltando cosa alguna, pudo fácilmente arrebatarse los corazones y hacer aquel fruto que confiesan todos haber sido grande en todas partes.”

En razón a sus méritos y con ocasión de la visita que hace a España en el año de 1544 el General de la Orden de Santo Domingo, nombra a fray Luis prior del convento de *Scala Coeli*, cuya situación de abandono reclamaba una actividad celosa e inteligente, que se manifiestan pronto mediante la plena restauración de la vida religiosa en aquel apartado y fragoso lugar.

Conoce entonces al maestro fray Juan de Avila, cuya virtud y consejos le guían en su afán de perfección y en el ejercicio oratorio. Fray Luis escribe en el retiro de *Scala Coeli* algunas de sus obras.

Ocho años más tarde ha de rendirse ante el deseo que el duque de Medina Sidonia manifiesta de llevarle como predicador a su palacio de Sanlúcar; de cuya residencia se traslada pronto a Extremadura para fundar el convento de Badajoz, donde compone su *Guía de pecadores*. Pasa después a Evora, en Portugal, llamado por el infante cardenal don En-

rique, hijo del rey don Manuel y nieto de los Reyes Católicos españoles. Fray Luis no deja ya Portugal, pues le confían en 1556 el provincialato de la Orden, y hubiera alcanzado la mitra del arzobispado de Braga si no la declinase con decidida resistencia. Al terminar aquel mandato, en 1560, y después de una breve estancia en Lisboa, se acoge al convento de Nuestra Señora de la Luz, en Pedregao, situado en la proximidad de "una alta y descompuesta sierra", donde pasa los últimos años de su vida entregado al ejercicio de los deberes religiosos y a la meditación, sin abandonar por ello la cátedra sagrada.

Fallece en 31 de diciembre de 1588, cumplidos los ochenta y cuatro años de edad, y recibe sepultura en dicho convento portugués, donde le dedican en 1634 un monumento en mármoles y jaspes.

OBRAS.

Además de varios libros escritos en latín y de otros trabajos menores, dejó las siguientes obras:

Memorial de la vida cristiana.

Libro de la oración y meditación.

Guía de pecadores.

Adiciones al memorial de la vida cristiana.

Introducción al símbolo de la fe.

Instituciones y regla de bien vivir para los que empiezan a servir a Dios, mayormente religiosos.

Compendio de Doctrina cristiana.

Doctrina espiritual.

DE LA LENGUA

De la lengua hay mucho que decir, pues dijo el Sabio: "La muerte y la vida está en manos de la lengua." En las cuales palabras dió a entender que todo el bien y el mal del hombre consistía en la lengua o mala guarda de este órgano. Y no menos encareció este negocio el apóstol Santiago cuando dijo que así como los navíos grandes se rigen con un pequeño gobernalle, y los caballeros poderosos con un pequeño freno, así quienquiera que trajere muy bien gobernada y enfrenada su lengua será poderoso para enfrenar y poner en orden todo lo demás de la vida. Pues para el buen gobierno de esta parte conviene que todas las veces que habláremos tengamos atención a cuatro cosas, conviene saber: a lo que decimos y a la manera en que lo decimos, al tiempo en que se dice y al fin con que se dice.

Y, primeramente, en lo que se dice, que es en la materia de que hablamos, conviene guardar aquello que el Apóstol aconseja, diciendo: "Toda palabra mala no salga por vuestra boca, sino la que fuere buena y provechosa para edificar los oyentes." Y en otro lugar, especificando más las palabras malas, dice: "Palabras torpes y locas y chucarrerías o

truhanerías, que no convienen para la gravedad de nuestro instituto, no se nombren entre vosotros." Por donde así como dicen que los sabios marineros tienen mercados en la carta de marear todos los bajos en que las naos podrían peligrar, para guardarse de ellos, así el siervo de Dios debe también tener señaladas todas estas especies de palabras malas, de que siempre se debe guardar para no peligrar en ellas.

Sean, pues, para ti como bajos o como rocas de la mar todas las palabras torpes, mentirosas, lisonjeras, airadas, maliciosas y vanas, y especialmente las que fueran en alabanza tuya o en vituperio del prójimo, para que así estés lejos por una parte de jactancia y por otra de murmuración, que son dos vicios muy comunes entre los hombres.

Y no menos debes ser fiel en el secreto que te encomendaron y tener por otra roca, no menos peligrosa que las pasadas, descubrir el secreto que de ti se confió.

En el modo de hablar conviene mirar que no hablemos ni con demasiada blandura, ni con demasiada desenvoltura, ni apresuradamente, ni curiosa y pulidamente, sino con gravedad, con reposo, con mansedumbre, con llaneza y simplicidad.

La buena agua dicen que no ha de tener ningún sabor, y la graciosa y buena manera de hablar no ha de tener resabio de cosa exquisita y afectada.

A este modo pertenece también no ser el hombre porfiado y cabezudo y amigo de salir con la suya,

porque muchas veces por aquí se pierde la paz de la conciencia, y aun la caridad, y la paciencia, y los amigos. De largos y generosos corazones es dejarse vencer en semejantes contiendas, y de prudentes y discretos varones cumplir aquello que nos aconseja el sabio, diciendo: "En muchas cosas conviene que te hagas como hombre que no sabe, y oye callando y preguntando a los que saben."

Lo tercero conviene mirar, además del modo, que digamos también las cosas en su tiempo, porque (como dice el sabio) de la boca del loco no es bien recibida la palabra sentenciosa, porque no la dice en su tiempo. Y, por el contrario, es cosa tan hermosa decir cada cosa en su lugar que dice el mismo sabio: "Así como parecen bien las manzanas de oro sobre las columnas de plata, así las palabras dichas con sazón y con tiempo." Lo último, después de todo esto, conviene mirar el fin y la intención que tenemos cuando hablamos, porque unos hablan cosas buenas por parecer buenos, otros por parecer discretos, otros por venderse por agudos y bien hablados; de lo cual lo uno es hipocresía y fingimiento y lo otro vanidad y locura. Y por esto conviene mirar que no sólo sean las palabras buenas, sino que también el fin sea bueno, pretendiendo siempre con purísima intención la gloria de solo Dios y el provecho de nuestros prójimos.

También conviene, después de todo esto, mirar quien habla; porque hablar mozos donde están vie-

jos, y simples donde están sabios, y seglares en presencia de sacerdotes y religiosos, y, finalmente, dondequiera que no se recibirá bien lo que se dice o parecerá presunción decirse, es muy loable y necesaria cosa callar.

Todos estos puntos y acentos ha de mirar el que habla, para que no yerre. Y porque no es de todos mirar todas estas circunstancias, por eso es gran remedio de acogerse al puerto del silencio, donde con solo cuidado y atención de callar cumple el hombre con todas estas observancias y obligaciones. Por lo cual dijo el sabio que aun el loco, si callase, sería tenido por sabio, y si cerrase sus labios, a muchos parecería discreto.

(“Guía de pecadores”, lib. 2.º, cap. X.)

DE LA LUNA.

La luna es como vicaria del sol, a la cual está cometida por el Criador la providencia de la luz en ausencia del sol, porque estando él ausente y acudiendo a otras regiones a comunicar el beneficio de su luz, no quedase el mundo a oscuras. Y así él mismo es el que la provee de luz para este ministerio, tanto mayor cuanto ella lo mira más de lleno en lleno. Tiene este planeta, entre otras particularidades, notable señorío sobre todas las aguas y sobre todos los cuerpos húmedos, y señaladamente tiene tan grande jurisdicción sobre la mar que como a criado

familiar la trae en pos de sí, y así subiendo ella crece, y abajándose ella se abaja. Porque como se dice de la piedra imán, que trae al hierro en pos de sí, así a este planeta dió el Criador esta virtud, que atraiga y llame para sí la mar y siga el movimiento de ella. De suerte que este planeta tiene unas como riendas en la mano, con que se apodera de este tan grande elemento y lo rige y trae a su mandar. De aquí nacen las mareas que andan con el movimiento de la luna, y que sirven para las navegaciones de un lugar a otro cuando falta el viento, y para los molinos de la mar que se hacen con ellas, y sobre todo con este movimiento se purifican las aguas, las cuales no carecieran de mal olor y mal mantenimiento para los peces si estuvieran como en una laguna encharcadas sin moverse. Mas no sólo en la mar, sino también en todas las cosas húmedas tiene especial señorío. Y así vemos con la creciente de ella crecer la humedad de los árboles y de los mariscos y menguar con la menguante. Pues ya las alteraciones que este planeta causa en los cuerpos humanos (mayormente en los enfermos), en sus plenilunios y novilunios, y en sus eclipses, cuando se impide un poco de su luz con la sombra de la tierra, todos lo experimentamos. Lo que aquí es más para considerar es la virtud y poder admirable que el Criador dió a este planeta, el cual estando tantas mil leguas apartado de nosotros, por virtud de aquella luz que recibe emprestada del sol, obra tantos efectos y

mudanzas en la tierra, que así como ella se va mudando, así vaya mudando consigo todas estas cosas con tan gran señorío, que un poquito que se menoscaba su luz en un eclipse lo haya luego de sentir la tierra. ¿Pues qué sería si del todo nos faltase este planeta?

DE LOS CUATRO ELEMENTOS O REGIÓN ELEMENTAL.

Mas ya es tiempo que descendamos del cielo a este mundo más bajo, donde residen los cuatro elementos, que son: tierra, agua, aire y fuego, los cuales (como ya dijimos) son la materia en que los cielos emplean la eficacia de su virtud, obrando en ellos y engendrando y componiendo de ellos todas las cosas corporales. Donde primero se nos ofrece el lugar y el sitio en que el Criador los asentó por tal orden y compás que siendo entre sí contrarios tengan paz y concordia, y no sólo no perturben el mundo, mas antes lo conserven y sustenten. Para esto ordenó el que cada uno de los elementos tuviese una cualidad conforme a la de su vecino, y con este linaje de alianza y parentesco puso paz y concordia entre ellos. Porque la tierra (que es el más bajo de los elementos) es seca y fría, y el agua es fría y húmeda, y el aire es húmedo y caliente, y el fuego es caliente y seco, y de esta manera se traban y dan la mano unos elementos a otros, y hacen una danza de espadas, continuándose amigablemente por esta forma los unos con los otros.

Y para mayor conservación de esta paz de tal manera templó el Criador las propiedades de ellos, que el que es muy poderoso para obrar fuese flaco para resistir y, por el contrario, el que es fuerte para resistir fuese flaco para obrar. Esto vemos en el fuego, el cual siendo tan activo y tan abrasador de lo que halla, no tiene fuerza para resistir a un poco de agua, con la cual cesa todo aquél su furor. Porque a ser fuerte en lo uno y en lo otro abrasara todo el mundo, y no hubiera quien prevaleciera contra él. Mas, por el contrario, la tierra no tiene fuerza para obrar, mas tiénela para resistir; porque ni fuego, ni agua, ni aire basta para corromperla y mudarla en otra substancia, como vemos inflamarse el aire con el fuego vecino y convertirse en fuego. De esta manera igualó el Criador las fuerzas de estos cuatro cuerpos simples, recompensando por una parte lo que quitaba o añadía por otra.

Dió también otra cosa a estos cuatro cuerpos, que es una grande inclinación e impetu de correr a sus lugares naturales, porque en ellos se conservan como en su propio lugar y centro, y fuera de él recibirían agravio de otros cuerpos contrarios. Y así vemos que el aire encerrado en las concavidades de la tierra la hace estremecer, por hallar salida para su lugar natural. Y no es menor el impetu del fuego. Y demás de esto, estando fuera de estos sus lugares, perturbarían la orden del universo, tomando unos cuerpos el lugar de otros. Y para esta misma con-

servación les dió otra inclinación de juntarse unas partes con otras cuando las dividimos; excepto la tierra, que, por ser el más imperfecto de los elementos, carece de este movimiento. Mas el agua y el aire, si los divides, luego se juntan, porque mejor se conservan juntos que apartados.

Y esta inclinación natural dió el Criador a todas las cosas, por pequeñas e insensibles que sean, que es procurar su conservación. ¿Qué cosa más pequeña que una gota de agua? Pues si ésta cae sobre el polvo, luego se recoge y reconcentra dentro de sí y se hace redondo, porque así está más lejos de secarse que si estuviese derramada y extendida. El aceite, otrosí, echado con el agua, o se levanta sobre ella, o se muda todo en unos pequeños ojos, por no perder su ser siendo incorporado o empapado en el agua. La sal echada en el fuego salta y huye de él como de su contrario, porque ella es de la naturaleza del agua de que se formó, que es enemiga del fuego. Los árboles, cuando están muy asombrados, crecen más, y suben a lo alto a buscar el sol que cría y, asimismo, las raíces de ellos, si tienen cerca el agua, se extienden hacia ella, buscando allí su mantenimiento y frescura. De modo que a todas las criaturas proveyó el Criador de inclinaciones que las llevan a buscar lo que les es provechoso y huir de lo contrario, para que así se conserven en el ser que él les dió.

(Del "Símbolo de la Fe".)

TERESA DE JESÚS



Convento de la Encarnación (Avila), donde profesó
Teresa de Jesús en la orden carmelitana.

Foto "Aldar", Madrid

TERESA DE JESÚS

Nace en Avila el miércoles 28 de marzo de 1515. Fueron sus padres don Alonso Sánchez de Cepeda y doña Beatriz Dávila y Ahumada, ambos de noble origen y en situación holgada. Don Alonso era viudo y padre de tres hijos cuando se une a doña Beatriz, de la que tiene otros nueve hijos, entre ellos la escritora mística. Los varones, hasta el número de siete, toman parte en las expediciones a América, donde algunos de ellos pierden la vida en el empeño de las conquistas.

Teresa pasa los primeros años en un ambiente familiar influido por el ejemplo del padre, “hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos y aun con los criados, tanta que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos”, y de una madre llena de virtudes y enfermedades; la que, “con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de ella”. De los nueve niños que llegaron a reunirse en este hogar virtuoso, Teresa prefería a su hermano Rodrigo, que se le acercaba en edad. “Juntábamos entrambos —dice— a leer vidas de Santos, que era el que yo

más quería, aunque a todos tenía gran amor, y ellos a mí. Como veía los martirios que por Dios las Santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo, y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios para que allá nos descabezasen, y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo.”¹ Esta ansia de martirio decide al fin a Teresa y a Rodrigo, aquélla en sus siete años de edad, a salirse cierto día de su casa y de la ciudad de Avila camino del lejano e imaginario país infiel; mas la ingenua aventura no alcanza sino a las afueras de las murallas, donde los detiene su tío don Francisco de Cepeda, quien los reintegra en seguida a la casa: “riñóles la madre de la ausencia, y el hermano se excusaba diciendo que la niña le había incitado y hecho tomar aquel camino”, cuenta el padre Yepes, con palabras merecedoras de crédito. Si no bastara esto a descubrir los anhelos de la futura Santa y su disposición espiritual, ya en la edad infantil, veamos otras palabras de la *Vida*, análogamente interesantes, que prosiguen el relato: “Es-

1 *Vida*.

pantábanos mucho el decir que pena y gloria era para siempre en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto y gustábamos de decir muchas veces: ¡para siempre, siempre, siempre! En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad.” ¡Para siempre, siempre, siempre!... La medrosa reiteración clava en la mente de la niña el horror al infierno y suscita en ella el ansia de lo celeste, que ha de moverla hacia el servicio de Dios. Por esto sus juegos infantiles imitan la vida de los anacoretas —“en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas piedrecillas que luego se nos caían”— y fingir monasterios con otras niñas, “como que éramos monjas”.

Con todo, habrán de oponerse dificultades a la resuelta vocación primera. Viene ahora un tiempo en que la niña Teresa sigue a su madre en la lectura de libros de caballería, una y otra a escondidas de don Alonso: “por ventura lo hacía —nos dice en justificación de aquélla— para no pensar en grandes trabajos que tenía y ocupar los hijos, que no anduviesen en otras cosas perdidos.” Sin embargo de esto, “aquella pequeña falta que en ella vi me comenzó a enfriar los deseos y comenzar a faltar en lo demás”. La censura es, sin duda, excesiva, pues de lo que añade no cabe deducir gravedad alguna: “Comencé a traer galas y a desear contentar en parecer bien,

con mucho cuidado de manos y cabello, y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa." Quizá es de este tiempo la referencia que da doña Inés de Quesada, monja de la Encarnación, la cual recuerda haberla visto en el convento, yendo de visita, ataviada con una saya naranjada ribeteada de terciopelo negro. Y continúa la autobiografía: "Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada, y cosas que me parecían a mí no eran ningún pecado." Entre estas cosas, el *Libro de la Vida* alude a "pasatiempos de buena conversación"; con que se declaraba, escribe el padre Jerónimo, cierta "demasiada afición y amor natural" que la adolescente comienza a sentir por uno de sus primos. Semejante inclinación, la conveniencia de separar a Teresa de una pariente joven cuya amistad no le era favorable y el motivo de casarse la hermana mayor y quedarse sola en la edad difícil de los dieciséis años —pues había muerto su madre en 1527—, determinan a don Alonso a llevarla a un convento de monjas agustinas para que reciba educación y ejemplo en la compañía de otras doncellas de su clase.

Una grave enfermedad obliga a Teresa, año y medio después, a retornar a la casa paterna, donde los cuidados restablecen su salud. Ya repuesta, decide visitar a una hermana, residente en la aldea de Castellanos de la Cañada. En el camino detiéndose en Hortigosa, donde vive su tío don Pedro de Cepe-

da, hombre virtuoso, cuyo "ejercicio era buenos libros de romance y su hablar era lo más ordinario de Dios y de la vanidad del mundo... Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas como oídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña..., y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, vi era el mejor y más seguro estado, y así, poco a poco, me determiné a forzarme para tomarle".

El día 2 de noviembre de 1533 ingresa en el convento de la Encarnación de Avila, donde profesa a los doce meses. Tenía diez y ocho años y, ciertamente, no toma la resolución sino con grave sufrimiento al separarse de su padre, ya en edad avanzada: "No creo —escribe— será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba de sí; que como no había amor de Dios que quitase el amor de padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande que, si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante."

Pronto las enfermedades la obligan nuevamente a interrumpir la vida conventual y a recibir la asistencia de médicos y curanderos. Cuando, más tarde, vuelve a la Encarnación su cuerpo es una llaga, y han de moverla tomándola en una sábana.

En 1541 muere su padre. Roto así el lazo que la unía al mundo, avivase en ella el anhelo de perfec-

ción que la impulsa hacia la reforma de la Orden, para reintegrarla a la disciplina y al rigor descuidados. Pero han de pasar largos años antes de que se consagre en Avila —24 de agosto de 1562—, el primer convento reformado bajo la advocación de San José, no sin que molesten seguidamente a la Fundadora la envidia y la oposición de la Orden mitigada y de sus valedores. El padre Domingo Báñez no puede sufrir tal injusticia y pronuncia encendidas palabras ante la asamblea adversa, convocada para el caso: “las ciudades están llenas de gentes inútiles, las calles atestadas de vagabundos, hombres ociosos e insolentes, mujeres miserables entregadas al vicio; pero nada de esto se considera superfluo, y nadie procura cambiarlo. Y, sin embargo, el que cuatro pobres monjas se encierren en un rincón o un agujero para encomendarnos a Dios, júzgase de grave peligro y de carga intolerable para la república. ¿Cómo es esto, señores? ¿Cuál es el objeto de esta reunión? ¿Qué enemigos extraños amenazan estas murallas? ¿Qué fuego ruge por la población? ¿Qué peste la consume? ¿Qué hambre la aflige? ¿Qué ruina le amenaza? ¿Es posible que cuatro miserables monjas descalzas, pobres, pacíficas, virtuosas, sean causa de todo este disturbio en Avila?”

Aunque la oposición no cesa, Teresa vive tranquila durante cinco años en su convento, y escribe entonces, con otras cosas, su *Camino de Perfección*. De esta perfección era ella ejemplo vivo y natural, según de-

claran las franciscanas descalzas de Madrid algunos años más tarde: "Bendito sea Dios, que hemos podido ver a una Santa que todos podemos imitar, que habla, duerme y come como nosotras y conversa sin cumplimientos ni melindres."

No basta esta su llaneza humana para calmar a los enemigos. En 1577 dictase en Plasencia un Decreto prohibiendo a Teresa continuar la obra reformadora, con la obligación de acogerse a un convento castellano. El Tostado llega hasta llamarla "fémína inquieta y andariega", y dirige la campaña contra la nueva Orden carmelitana: "No se harán más fundaciones —declara—, ni se recibirán más novicios en las comunidades descalzas"; determinación que viene a justificar esta protesta de la Fundadora: "Nos hacen guerra todos los demonios, y es menester esperar el amparo de Dios." Como en recurso supremo Teresa escribe al rey Felipe II para denunciarle lo que ocurre y, a la vez, para buscar el real amparo en favor de fray Juan de la Cruz, violentamente aprehendido por los frailes calzados, que a tales extremos llega la enemiga de los mitigados. El remedio no acude con la diligencia que ella deseaba, ni tampoco cede la oposición a la obra. Al fin, el 22 de junio de 1580, el papa Gregorio XIII da realidad al sueño de Teresa de Jesús y constituye la Orden de los Carmelitas descalzos en provincia separada.

Entretanto la monja insigne no cesa de escribir y de fundar. En 1568 había abierto en Duruelo el

primer convento para hombres con fray Juan de la Cruz y fray Antonio de Jesús, al que siguen las numerosas fundaciones de las Castillas y Andalucía, realizadas casi todas después de grandes dificultades y entre los sufrimientos y dolencias de la monja romera y esforzada. En los altos que hace en el camino trabajoso compone sus libros y cartas, ya por movimiento espontáneo o para atender al mandato de las superiores. Los más esenciales de estos escritos —dice certeramente Américo Castro¹— “no nacieron para la calle, sino como desborde íntimo de un alma, segura en su retiro de amor; fueron confesión susurrada para edificar en silencio a sus hijas espirituales. Sin la coacción que significa pensar en un público —friamente crítico o privado de amor comprensivo— las frases se disparan irresponsables, escudadas en aquella patente de corso que les confiere el hontanar divino de donde manan”...

Teresa de Jesús muere en Alba de Tormes el jueves 4 de octubre de 1582.

1 Américo Castro: *Santa Teresa y otros ensayos*.

OBRAS:

Vida.

Relaciones espirituales.

Camino de perfección.

Castillo interior o las Moradas.

Conceptos de amor de Dios.

Exclamaciones del alma a Dios.

Libro de las fundaciones.

Constituciones.

Modo de visitar los conventos.

Avisos.

Respuesta a un desafío espiritual.

*Vejamen dado a varios escritos sobre las palabras
"búscate en Mí".*

Pensamientos y sentencias.

Poesías.

Epistolario.

LIBRO DE LA VIDA

El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía para ser buena. Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos. Estos, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos santos, comenzó a despertarme de edad, a mi parecer, de seis u siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos y aun con los criados; tanta que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad; y estando una vez en casa una de un su hermano la regalaba como a sus hijos. Decía que de que no era libre no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad; jamás nadie le vió jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera.

Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades; grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de ella, por-

que con morir de treinta y tres años ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió. Murió muy cristianamente.

Eramos tres hermanas y nueve hermanos; todos parecieron a sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fui yo, aunque era la más querida de mi padre. Y antes que comenzase a ofender a Dios parece tenía alguna razón, porque yo he lástima cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado y cuán mal me supe aprovechar de ellas, pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios.

Tenía uno casi de mi edad. Juntábamos entrambos a leer vidas de Santos, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí. Como veía los martirios que por Dios las Santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo, y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen; y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir que pena y gloria era

para siempre en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto y gustábamos de decir muchas veces: ¡Para siempre, siempre, siempre! En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad.

De que vi que era imposible ir adonde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas piedrecillas que luego se nos caían, y ansí no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo, que ahora me pone devoción ver como me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa.

Hacia limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el Rosario, de que mi madre era muy devota, y ansí nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas, y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

.....

Era aficionada (mi madre) a libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo lo tomé para mí, porque no perdía su labor; sino desenvolviamonos para leer en ellos, y, por ventura, no hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. De esto le pesaba tanto a mi padre, que se había de tener aviso a que no lo viese. Yo comencé a

quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella vi, me comenzó a enfriar los deseos y comenzar a faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque ascondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo no me parece tenía contento.

Comencé a traer galas, y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello, y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada, y cosas que me parecía a mí no eran ningún pecado, muchos años; ahora veo cuán malo debía ser. Tenía primos hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenían otros cabida para entrar, que era muy recatado, y pluguiera a Dios que lo fuera de éstos también, porque ahora veo el peligro que es tratar en la edad que se han de comenzar a criar virtudes con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él. Eran casi de mi edad, poco mayores que yo. Andábamos siempre juntos: teníanme gran amor, y en todas las cosas que les daba contento los sustentaba plática, y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas, y lo que peor fué mostrarse el alma a lo que fué causa de todo su mal.

Si yo hubiera de aconsejar, dijera a los padres que

en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos, porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes a lo peor que a lo mejor. Así me acaeció a mí, que tenía una hermana de mucha más edad que yo, de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, de ésta no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa (parece adivinaba el mal que por ella me había de venir), y era tanta la ocasión que había para entrar, que no había podido. A ésta que digo me aficioné a tratar. Con ella era mi conversación y pláticas, porque me ayudaba a todas las cosas de pasatiempo que yo quería, y aun me ponía en ellas y daba parte de sus conversaciones y vanidades....

Y pues nunca era inclinada a mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino a pasatiempos de buena conversación; mas puesta en la ocasión estaba en la mano el peligro, y ponía en él a mi padre y hermanos. De los cuales me libró Dios de manera que se parece bien procuraba contra mi voluntad que del todo no me perdiese; aunque no pudo ser tan secreto que no hubiese harta quiebra de mi honra y sospecha en mi padre. Porque no me parece había tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron a un monesterio que había en este lugar, adonde se criaban personas semejantes, aunque no tan ruines en costumbres como yo; y esto

con tan gran disimulación, que sola yo y algún deudo lo supo; porque aguardaron a coyuntura que no pareciese novedad, porque haberse mi hermana casado y quedar sola sin madre, no era bien...

Los primeros ocho días sentí mucho, y más la sospecha que tuve se había entendido la vanidad mía, que no de estar allí; porque yo ya andaba cansada, y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendía, y procuraba confesarme con brevedad. Traía un desasosiego que en ocho días y aun creo menos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento en donde quiera que estuviese, y así era muy querida. Y puesto que yo estaba entonces ya enemiguísima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad y religión y acatamiento.....

Dormía una monja con las que estábamos seglares, que por medio suyo parece quiso el Señor comenzar a darme luz, como ahora diré.

Pues comenzando a gustar de la buena y santa conversación de esta monja, holgábame de oírla cuando bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Comenzóme a contar cómo ella había venido a ser monja por solo leer lo que dice el Evangelio: *Muchos son los llamados y pocos los escogidos*. Decíame el premio que daba el Señor a

los que todo lo dejan por El. Comenzó esta buena compañía a desterrar las costumbres que había hecho la mala y a tornar a poner en mi pensamiento deseo de las cosas eternas y a quitar algo la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima. Y si vía alguna tener lágrimas cuando rezaba u otras virtudes, habíala mucha envidia, porque era tan recio mi corazón en este caso, que si leyera toda la Pasión no llorara una lágrima: esto me causaba pena.

Estuve año y medio en este monesterio, harto mejorada. Comencé a rezar muchas oraciones vocales y a procurar con todas me encomendasen a Dios que me diese el estado en que le había de servir; mas todavía deseaba no fuese monja, que éste no fué Dios servido de dármele, aunque también tenía el casarme. A cabo de este tiempo que estuve aquí, ya tenía más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa, por las cosas más virtuosas que después entendí tenían, que me parecían extremos demasiados. Y había algunas de las más mozas que me ayudaban en esto; que si todas fueran de un parecer, mucho me aprovechara. También tenía yo una grande amiga en otro monesterio, y esto me era parte para no ser monja, si lo hubiere de ser, sino adonde ella estaba. Miraba más el gusto de mi sensualidad y vanidad, que lo bien que me estaba a mi alma. Estos buenos pensamientos de ser monja me venían algunas veces,

y luego se quitaban, y no podía persuadirme a serlo.

En este tiempo, aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor. Díome una gran enfermedad, que hube de tornar en casa de mi padre. En estando buena llevaronme en casa de mi hermana, que residía en un aldea, para verla, que era extremo el amor que me tenía, y, a su querer, no saliera yo de con ella; y su marido también me amaba mucho, al menos mostrábame todo regalo, que aun en esto debo más al Señor, que en todas partes siempre le he tenido, y todo se lo servía como la que soy.

Estaba en el camino un hermano de mi padre, muy avisado y de grandes virtudes, viudo, a quien también andaba el Señor dispuniendo para sí, que en su mayor edad dejó todo lo que tenía y fué fraile, y acabó de suerte que creo goza de Dios. Quiso que me estuviese con él unos días. Su ejercicio era buenos libros de romance, y su hablar era lo más ordinario de Dios y de la vanidad del mundo. Hacíame le leyese, y aunque no era amiga de ellos mostraba que sí, porque en esto de dar contento a otros he tenido extremo, aunque a mí me hiciese pesar; tanto, que en otras fuera virtud y en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discreción. ¡Oh, váleme Dios, por qué términos me andaba! Su Majestad dispuniendo

para el estado en que se quiso servir de mí, que, sin querer yo, me forzó a que me hiciese fuerza. ¡Sea bendito por siempre! Amén.

Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así léidas como oídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y cómo acababa en breve, y a temer, si me hubiera muerto, cómo me iba a el infierno; y aunque no acababa mi voluntad de enclinarse a ser monja, vi era el mejor y más seguro estado, y así poco a poco me determiné a forzarme para tomarle.....

Habíanme dado con unas calenturas unos grandes desmayos, que siempre tenía bien poca salud. Dióme la vida haber quedado ya amiga de buenos libros. Leía en las epístolas de San Jerónimo, que me animaban, de suerte que me determiné a decirlo a mi padre, que casi era como a tomar el hábito, porque era tan honrosa, que me parece no tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez. Era tanto lo que me quería, que en ninguna manera lo pude acabar con él, ni bastaron ruegos de personas que procuré le hablasen. Lo que más se pudo acabar con él fué que después de sus días, haría lo que quisiese. Yo ya me temía a mí y a mi flaqueza no tornase atrás, y así no me pareció me convenía esto, y procurélo por otra vía, como ahora diré.

En estos días que andaba con estas determinaciones había persuadido a un hermano mío a que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo, y concertamos entrambos de irnos un día muy de mañana al monesterio adonde estaba aquella mi amiga, que era al que yo tenía mucha afición, puesto que ya en esta postrera determinación ya yo estaba de suerte, que a cualquiera que pensara servir más a Dios u mi padre quisiera, fuera; que más miraba yo al remedio de mi alma; que del descanso ningún caso hacía de él. Acuérdaseme a todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de casa de mi padre no creo será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que como no había amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante. Aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra.

En tomando el hábito, luego me dió el Señor a entender cómo favorece a los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendía de mí sino grandísima voluntad. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado que nunca jamás me faltó hasta hoy, y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura. Dábanme deleite todas las cosas de la Religión, y es verdad que andaba algunas veces barriendo en ho-

ras que yo solía ocupar en mi regalo y gala, y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba y no podía entender por dónde venía. Cuando de esto me acuerdo no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla.....

La mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño a la salud; que aunque el contento era mucho no bastó. Comenzáronme a crecer los desmayos y dióme un mal de corazón tan grandísimo que ponía espanto a quien le vía, y otros muchos males juntos, y así pasé el primer año con harto mala salud, aunque no me parece ofendí a Dios en él mucho. Y como era el mal tan grave, que casi me privaba el sentido siempre, y algunas veces del todo quedaba sin él, era grande la diligencia que traía mi padre para buscar remedio, y como no le dieron los médicos de aquí, procuró llevarme a un lugar adonde había mucha fama que se sanaban allí otras enfermedades, y así dijeron harían la mía. Fué conmigo esta amiga que he dicho que tenía en casa, que era antigua. En la casa que era monja no se prometía clausura. Estuve casi un año por allá, y los tres meses de él padeciendo tan grandísimo tormento en las curas que me hicieron tan recias, que yo no sé cómo las pude sufrir, y, en fin, aunque las sufrí no las pudo sufrir mi sujeto, como diré. Había de comenzarse la cura en el principio del verano, y yo fuí en el principio del invierno.

Todo este tiempo estuve en casa de la hermana que he dicho, que estaba en el aldea, esperando el mes de abril, porque estaba cerca, y no andar yendo y viniendo.

Cuando iba me dió aquel tío mío que tengo dicho que estaba en el camino, un libro; llámase *Tercer Abecedario*, que trata de enseñar oración de recogimiento, y puesto que este primer año había leído buenos libros, que no quise más usar de otros, porque ya entendía el daño que me habían hecho, no sabía cómo proceder en oración, ni cómo recogerme, y ansí holguéme mucho con él, y determinéme a seguir aquel camino con todas mis fuerzas. Y como ya el Señor me había dado don de lágrimas y gustaba de leer, comencé a tener ratos de soledad y a confesarme a menudo, y comenzar aquel camino, teniendo a aquel libro por maestro. Porque yo no hallé maestro, digo confesor, que me entendiese, aunque le busqué, en veinte años después de esto que digo, que me hizo harto daño para tornar muchas veces atrás; y aun para del todo perderme, porque todavía me ayudara a salir de las ocasiones que tuve para ofender a Dios.....

Ahora me parece que proveyó el Señor que yo no hallase quien me enseñase, porque fuera imposible, me parece, perseverar deocho años que pasé este trabajo, y en estas grandes sequedades, por no poder, como digo, discurrir. En todos éstos, si no era acabando de comulgar, jamás osaba comenzar

a tener oración sin un libro, que tanto temía mi alma estar sin él en oración, como si con mucha gente fuera a pelear. Con este remedio, que era como una compañía u escudo en que había de recibir los golpes de los muchos pensamientos, andaba consolada. Porque la sequedad no era lo ordinario, mas era siempre cuando me faltaba libro, que era luego disbaratada el alma; y los pensamientos perdidos con esto los comenzaba a recoger, y como por halago llevaba el alma. Y muchas veces en habiendo el libro no era menester más. Otras leía poco, otras mucho, conforme a la merced que el Señor me hacía. Parecíame a mí en este principio que digo que teniendo yo libros y como tener soledad, que no habría peligro que me sacase de tanto bien...

* * *

Estando un día en oración quiso el Señor mostrarme solas las manos, con tan grandísima hermosura que no lo podría yo encarecer. Hizome gran temor, porque cualquier novedad me le hace grande en los principios de cualquiera merced sobrenatural que el Señor me haga. Desde a pocos días vi también aquel divino rostro, que del todo me parece me dejó asorta. No podía yo entender por qué el Señor se mostraba así poco a poco, pues después me había de hacer merced de que yo le viese del todo, hasta después que he entendido que me iba Su Majestad llevando conforme a mi flaqueza natural. Sea bendito por

siempre, porque tanta gloria junta, tan bajo y ruin sujeto no la pudiera sufrir, y como quien esto sabía, iba el piadoso Señor dispuniendo.

Parecerá a vuestra merced que no era menester mucho esfuerzo para ver unas manos y rostro tan hermoso. Sonlo tanto los cuerpos glorificados, que la gloria que traen consigo ver cosa tan sobrenatural hermosa, desatina; y así me hacía tanto temor, que toda me turbaba y alborotaba, aunque después quedaba con certidumbre y siguridad, y con tales efetos que presto se perdía el temor.

Un día de San Pablo, estando en misa, se me representó toda esta Humanidad sacratísima como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad como particularmente escribía a vuestra merced cuando mucho me lo mandó. Y hacíaseme harto de mal, porque no se puede decir que no sea deshacerse; mas lo mejor que supe ya lo dije, y así no hay para qué tornarle a decir aquí. Sólo digo que cuando otra cosa no hubiese para deleitar la vista en el cielo, sino la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima gloria en especial ver la Humanidad de Jesucristo Señor Nuestro, aun acá, que se muestra Su Majestad conforme a lo que puede sufrir nuestra miseria, ¿qué será adonde del todo se goza tal bien? Esta visión, aunque es imaginaria, nunca la vi con los ojos corporales, ni ninguna, sino con los ojos del alma.....

No es resplandor que vislumbre, sino una blancu-

ra suave, y el resplandor infuso, que da deleite grandísimo a la vista y no la cansa, ni la claridad que se ve para ver esta hermosura tan divina. Es una luz tan diferente de la de acá, que parece una cosa tan dislustrada la claridad del sol que vemos en comparación de aquella claridad y luz que se representa a la vista, que no se querrían abrir los ojos después. Es como ver un agua muy clara, que corre sobre cristal y reverbera en ello el sol, a una muy turbia y con gran nublado y corre por encima de la tierra. No porque se representa sol, ni la luz es como la del sol; parece, en fin, luz natural, y estotra cosa artificial. Es luz que no tiene noche, sino que, como siempre es luz, no la turba nada. En fin, es de suerte que, por gran entendimiento que una persona tuviese, en todos los días de su vida podría imaginar cómo es. Y pónela Dios delante tan presto, que aun no hubiera lugar para abrir los ojos si fuera menester abrirlos; mas no hace más estar abiertos que cerrados, cuando el Señor quiere, que aunque no queramos se ve.....

Casi siempre se me representaba el Señor así resucitado, y en la Hostia lo mismo, si no eran algunas veces para esforzarme si estaba en tribulación, que me mostraba las llagas, algunas veces en la cruz y en el huerto. y con la corona de espinas pocas, y llevando la cruz también algunas veces, para, como digo, necesidades mías y de otras personas; mas siempre la carne glorificada. Hartas afrentas y tra-

bajos he pasado en decirlo y hartos temores y hartas persecuciones. Tan cierto les parecía que tenía demonios, que me querían conjurar algunas personas. De esto poco se me daba a mí; mas sentía cuando vía yo que temían los confesores de confesarme, u cuando sabía les decían algo. Con todo, jamás me podía pesar de haber visto estas visiones celestiales, y por todos los bienes y deleites de el mundo sola una vez no lo trocara. Siempre lo tenía por gran merced de el Señor, y me parece un grandísimo tesoro, y el mesmo Señor me aseguraba muchas veces. Yo me vía crecer en amarle muy mucho; íbame a quejar a El de todos estos trabajos; siempre salía consolada de la oración y con nuevas fuerzas. A ellos no los osaba yo contradecir, porque vía era todo peor, que les parecía poca humildad. Con mi confesor trataba; él siempre me consolaba mucho cuando me vía fatigada.

Como las visiones fueron creciendo, uno de ellos, que antes me ayudaba, que era con quien me confesaba algunas veces que no podía el ministro, comenzó a decir que claro era demonio. Mándanme que, ya que no había remedio de resistir, que siempre me santiguase cuando alguna visión viese, y diese higas, porque tuviese por cierto era demonio, y con esto no vernía; y que no hubiese miedo, que Dios me guardaría y me lo quitaría. A mí me era esto gran pena, porque como yo no podía creer sino que era Dios, era cosa terrible para mí, y tampoco podía, como he dicho, desear se me quitase: mas, en fin,

hacia cuanto me mandaban. Suplicaba mucho a Dios que me librase de ser engañada; esto siempre lo hacía, y con hartas lágrimas, y a San Pedro y a San Pablo, que me dijo el Señor, como fué la primera vez que me apareció en su día, que ellos me guardarían no fuese engañada; y así muchas veces los vía al lado izquierdo muy claramente, aunque no con visión imaginaria. Eran estos gloriosos santos muy mis señores.

Dábame este dar higas grandísima pena cuando vía esta visión del Señor. Porque cuando yo le vía presente, si me hicieran pedazos no pudiera yo creer que era demonio, y así era un género de penitencia grande para mí; y por no andar tanto santiguándome tomaba una cruz en la mano...

Una vez, teniendo yo la cruz en la mano, que la traía en un rosario, me la tomó con la suya, y cuando me la tornó a dar era de cuatro piedras grandes, muy más preciosas que diamantes, sin comparación, porque no la hay casi, a lo que se ve, sobrenatural (diamante parece cosa contrahecha y imperfeta), de las piedras preciosas que se ven allá. Tenía las cinco llagas de muy linda hechura. Díjome que así la vería de aquí adelante, y así me acaecía que no vía la madera de qué era, sino estas piedras; mas no lo vía nadie sino yo.

.....
Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta visión: vía un ángel cabe mí, hacia el lado izquierdo,

en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla. Aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada que dije primero. Esta visión quiso el Señor le viese así; no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parecen todos se abrasan. Deben ser los que llaman querubines, que los nombres no me los dicen; mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles a otros, y de otros a otros, que no lo sabría decir. Vialo en las manos un dardo de oro largo, y al fin de el hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan ecesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento.

Los días que duraba esto andaba como embohada; no quisiera ver ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria que cuantas hay en todo lo criado. Esto tenía algunas veces, cuando quiso

el Señor me viniesen estos arrobamientos tan grandes, que aun estando entre gente no los podía resistir, sino que, con harta pena mía, se comenzaron a publicar.

CASTILLO INTERIOR O LAS MORADAS.

Pocas cosas que me ha mandado la obediencia se me han hecho tan dificultosas como escribir ahora cosas de oración; lo uno, porque no me parece me da el Señor espíritu para hacerlo, ni deseo; lo otro, por tener la cabeza tres meses ha con un ruido y flaqueza tan grande, que aun los negocios forzosos escribo con pena. Mas, entendiendo que la fuerza de la obediencia suele allanar cosas que parecen imposibles, la voluntad se determina a hacerlo muy de buena gana, aunque el natural parece que se aflige mucho; porque no me ha dado el Señor tanta virtud que el pelear con la enfermedad continua y con ocupaciones de muchas maneras se pueda hacer sin gran contradicción suya. Hágalo el que ha hecho otras cosas más dificultosas por hacerme merced, en cuya misericordia confío.

Bien creo he de saber decir poco más que lo que he dicho en otras cosas que me han mandado escribir, antes temo que han de ser casi todas las mismas; porque así como los pájaros que enseñan a hablar no saben más de lo que les muestran u oyen, y esto

repiten muchas veces, soy yo al pie de la letra. Si el Señor quisiera diga algo nuevo, Su Majestad lo dará u será servido traerme a la memoria lo que otras veces he dicho, que aun con esto me contentaría, por tenerla tan mala que me holgaría de atinar a algunas cosas, que decían estaban bien dichas, por si se hubieren perdido. Si tampoco me diere el Señor esto, con cansarme y acrecentar el mal de cabeza por obediencia, quedaré con ganancia, aunque de lo que dijere no se saque ningún provecho...

De la hermosura y dignidad de nuestras almas.

Estando hoy suplicando a Nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba a cosa que decir ni cómo comenzar a cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré, para comenzar con algún fundamento, que es considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante y muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo, sino un paraíso adonde dice El tiene sus deleites. Pues ¿qué tal os parece que será el aposento adonde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita? No hallo yo cosa con que comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad. Y, verdaderamente, apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a comprehenderla,

ansí como no pueden llegar a considerar a Dios, pues El mismo dice que nos crió a su imagen y semejanza. Pues si esto es, como lo es, no hay para qué nos cansar en querer comprehender la hermosura de este castillo, porque puesto que hay la diferencia de él a Dios que del Criador a la criatura, pues es criatura, hasta decir Su Majestad que es hecha a su imagen para que apenas podamos entender la gran dinidad y hermosura del ánima.

No es pequeña lástima y confusión que por nuestra culpa no entendamos a nosotros mismos, ni sepamos quién somos. ¿No sería gran inorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es, y no se conociese, ni supiese quién fué su padre, ni su madre, ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y ansí a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos alma. Mas qué bienes puede haber en esta alma, u quién está dentro en esta alma, u el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos: y ansí se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. Todo se nos va en la grosería del engaste u cerca de este castillo, que son estos cuerpos.

Pues consideremos que este castillo tiene, como he dicho, muchas moradas, unas en lo alto, otras en bajo, otras a los lados, y en el centro y mitad de

todas éstas tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma. Es menester que vais advertidas a esta comparación. Quizá será Dios servido pueda por ella daros algo a entender de las mercedes que es Dios servido hacer a las almas, y las diferencias que hay en ellas, hasta donde yo hubiere entendido que es posible; que todas será imposible entenderlas nadie, según son muchas; ¡cuánto más quien es tan ruin como yo! Porque os será gran consuelo, cuando el Señor os las hiciere, saber que es posible y a quien no para alabar su gran bondad. Que así como no nos hace daño considerar las cosas que hay en el cielo, y lo que gozan los bienaventurados, antes nos alegramos y procuramos alcanzar lo que ellos gozan; tampoco nos hará ver que es posible en este destierro comunicarse un tan gran Dios con unos gusanos tan llenos de mal olor, y amar una bondad tan buena, y una misericordia tan sin tasa...

Pues tornando a nuestro hermoso y deleitoso castillo, hemos de ver cómo podremos entrar en él. Parece que digo algún disparate, porque si este castillo es el ánima, claro está que no hay para qué entrar, pues se es él mismo; como parecería desatino decir a uno que entrase en una pieza estando ya dentro. Mas habéis de entender que va mucho de estar a estar; que hay muchas almas que se están en la ronda del castillo, que es adonde están los que le guardan, y que no se les da nada de entrar dentro, ni saben

qué hay en aquel tan precioso lugar, ni quién está dentro, ni aun qué piezas tiene. Ya habréis oído en algunos libros de oración aconsejar a el alma que entre dentro de sí, pues esto mesmo es.

Decíame poco ha un gran letrado que son las almas que no tienen oración como un cuerpo con perlesía u tollido, que aunque tiene pies y manos no los puede mandar, que así son; que hay almas tan enfermas y mostradas a estarse en cosas exteriores, que no hay remedio, ni parece que pueden entrar dentro de sí, porque ya la costumbre la tiene tal, de haber siempre tratado con las sabandijas y bestias que están en el cerco del castillo, que ya casi está hecha como ellas, y con ser de natural tan rica y poder tener su conversación no menos que con Dios, no hay remedio. Y si estas almas no procuran entender y remediar su gran miseria, quedarse han hechas estatuas de sal, por no volver la cabeza hacia sí, así como lo quedó la mujer de Lot por volverla.

Porque a cuanto yo puedo entender, la puerta para entrar en este castillo es la oración y consideración; no digo más mental que vocal, que como sea oración ha de ser con consideración. Porque la que no advierte con quién habla, y lo que pide, y quién es quien pide y a quién pide, no la llamo yo oración, aunque mucho menee los labios.

LIBRO DE LAS FUNDACIONES.

*Fundación de la primera casa de los Descalzos
en Duruelo.*

...Primero y segundo domingo de Aviento de este año de MDLXVIII (que no me acuerdo cuál de estos domingos fué) se dijo la primera misa en aquel portalito de Belén, que no me parece era mejor. La Cuaresma adelante, viniendo a la fundación de Toledo, me vine por allí. Llegué una mañana; estaba el padre fray Antonio de Jesús barriendo la puerta de la ilesia, con un rostro de alegría que tiene él siempre. Yo le dije: "¿Qué es esto, mi padre? ¿Qué se ha hecho la honra?" Dijome estas palabras, diciéndome el gran contento que tenía: "Yo maldigo el tiempo que la tuve." Como entré en la ilesita, quedéme espantada de ver el espíritu que el Señor había puesto allí. Y no era yo sola, que dos mercaderes que habían venido de Medina hasta allí conmigo, que eran mis amigos, no hacían otra cosa sino llorar. ¡Tenía tantas cruces!, ¡tantas calaveras!

Nunca se me olvida una cruz pequeña de palo que tenía para el agua bendita, que tenía en ella pegada una imagen de papel con un Cristo, que parecía ponía más devoción que si fuera de cosa



muy bien labrada. El coro era el desván, que por mitad estaba alto, que podían decir las Horas; mas habíanse de abajar mucho para entrar y para oír misa. Tenían a los dos rincones, hacia la ilesia, dos ermitillas, adonde no podían estar sino echados u sentados, llenas de heno (porque el lugar era muy frío y el tejado casi les daba sobre las cabezas), con dos ventanillas hacia el altar y dos piedras por cabeceras, y allí sus cruces y calaveras. Supe que después que acababan Maitines hasta Prima no se tornaban a ir, sino allí se quedaban en oración, que la tenían tan grande, que les acaecía ir con harta nieve los hábitos cuando iban a Prima, y no lo haber sentido. Decían sus horas con otro padre de los del Paño, que se fué con ellos a estar, aunque no mudó hábito, porque era muy enfermo, y otro fraile mancebo, que no era ordenado, que también estaba allí.

Iban a predicar a muchos lugares que están por allí comarcas sin nenguna dotrina, que por esto también me holgué se hiciese allí la casa; que me dijeron que ni había cerca monesterio ni de dónde la tener, que era gran lástima. En tan poco tiempo era tanto el crédito que tenían que a mí me hizo grandísimo consuelo cuando lo supe. Iban, como digo, a predicar legua y media, dos leguas, descalzos, que entonces no traían alpargatas, que después se las mandaron poner, y con harta nieve y frío; y después que habían predicado y confesado

se tornaban bien tarde a comer a su casa; con el contento todo se les hacía poco.

De esto de comer tenían muy bastante, porque de los lugares comarcanos los proveían más de lo que habían menester, y venían allí a confesar algunos caballeros que estaban en aquellos lugares, adonde los ofrecían ya mejores casas y sitios. Entre éstos fué uno don Luis, señor de las Cinco Villas. Este caballero había hecho una ilesia para una imagen de Nuestra Señora, cierto, bien dina de poner en veneración. Su padre la envió desde Flandes a su agüela u madre (que no me acuerdo cuál), con un mercader. El se aficionó tanto a ella que la tuvo muchos años, y después, a la hora de la muerte, mandó se la llevasen. Es un retablo grande, que yo no he visto en mi vida (y otras muchas personas dicen lo mesmo) cosa mejor. El padre fray Antonio de Jesús, como fué a aquel lugar a petición de este caballero y vió la imagen, aficionóse tanto a ella, y con mucha razón, que acetó de pasar allí el monesterio. Llámase este lugar Mancera. Aunque no tenía nengún agua de pozo, ni de nenguna manera parecía la podían tener allí, labróles este caballero un monesterio conforme a su profesión, pequeño, y dió ornamentos; hizolo muy bien.

No quiero dejar de decir cómo el Señor les dió agua, que se tuvo por cosa de milagro. Estando un día después de cenar el padre fray Antonio, que era prior, en la claustra con sus frailes hablando

en la necesidad de agua que tenían, levantóse el prior y tomó un bordón que traía en las manos, y hizo en una parte de él la señal de la cruz, a lo que me parece, aunque no me acuerdo bien si hizo cruz, mas, en fin, señaló con el palo y dijo: "Ahora cavá aquí." A muy poco que cavaron salió tanta agua, que aun para limpiarle es dificultoso de agotar; y agua de beber muy bueno, que toda la obra han gastado de allí y nunca, como digo, se agota. Después que cercaron una huerta han procurado tener agua en ella, y hecho noria, y gastado harto; hasta ahora, cosa que sea nada, no la han podido hallar.

Fundación del monasterio de San José, de Salamanca.

Parecíame a mí que en teniendo la licencia del Ordinario tenía hecho el monesterio, según se me hacía fácil. Y así luego procuré alquilar una casa que me hizo haber una señora que yo conocía, y era dificultoso, por no ser tiempo en que se alquilan y tenerla unos estudiantes, con los cuales acabaron de darla cuando estuviese allí quien había de entrar en ella. Ellos no sabían para lo que era, que de esto traía yo grandísimo cuidado que hasta tomar la posesión no se entendiese nada, porque ya tengo experiencia lo que el demonio pone por estorbar uno de estos monesterios. Y aunque en éste no le dió Dios licencia para ponerlo a los principios, porque quiso que se

fundase, después han sido tantos los trabajos y contradicciones que se han pasado, que aun no está acabado del todo de allanar, con haber algunos años que está fundado cuando esto escribo, y así creo se sirve Dios en él mucho, pues el demonio no le puede sufrir.

Pues habida la licencia y teniendo cierta la casa, confiada de la misericordia de Dios, porque allí ninguna persona había que me pudiese ayudar con nada para lo mucho que era menester para acomodar la casa, me partí para allá, llevando sola una compañera, por ir más secreta, que hallaba por mejor esto, y no llevar las monjas hasta tomar la posesión; que estaba escarmentada de lo que me había acaecido en Medina del Campo, que me vi allí en mucho trabajo; porque si hubiese estorbo le pagase yo sola el trabajo, con no más de la que no podía excusar. Llegamos víspera de Todos Santos, habiendo andado harto del camino la noche antes, con harto frío, y dormido en un lugar, estando yo bien mala.

No pongo en estas fundaciones los grandes trabajos de los caminos, con fríos, con soles, con nieves, que venía vez no cesarnos en todo el día de nevar, otras perder el camino, otras con hartos males y calenturas; porque, gloria a Dios, de ordinario es tener yo poca salud, sino que vía claro que Nuestro Señor me daba esfuerzo. Porque me acaecía algunas veces que se trataba de fundación hallarme con tan-

tos males y dolores, que yo me congojaba mucho, porque me parecía que aun para estar en la celda sin acostarme no estaba, y tornarme a Nuestro Señor, quejándome a Su Majestad, y diciéndole que cómo quería hiciese lo que no podía, y después, aunque con trabajo, Su Majestad daba fuerzas, y con el hervor que me ponía y el cuidado parece que me olvidaba de mí.

Pues vísperas de Todos Santos, el año que queda dicho, a mediodía, llegamos a la ciudad de Salamanca. Desde una posada procuré saber de un buen hombre de allí, a quien tenía encomendado me tuviese desembarazada la casa, llamado Nicolás Gutiérrez, harto siervo de Dios. Había ganado de Su Majestad con su buena vida una paz y contento en los trabajos grande, que había tenido muchos, y vístose en gran prosperidad, y había quedado muy pobre, y llevábalo con tanta alegría como la riqueza. Este trabajó mucho en aquella fundación con harta devoción y voluntad. Como vino, díjome que la casa no estaba desembarazada, que no había podido acabar con los estudiantes que saliesen de ella. Yo le dije lo que importaba que luego nos la diesen, antes que se entendiese que yo estaba en el lugar; que siempre andaba con miedo no hubiese algún estorbo, como tengo dicho. E fué a cuya era la casa, y tanto trabajó que se la desembarazaron aquella tarde; ya casi noche entramos en ella.

Fué la primera que fundé sin poner el Santísi-

mo Sacramento, porque yo no pensaba era tomar la posesión si no se ponía; y había ya sabido que no importaba, que fué harto consuelo para mí, según había mal aparejo de los estudiantes. Como no deben tener esa curiosidad, estaba de suerte toda la casa que no se trabajó poco aquella noche. Otro día por la mañana se dijo la primera misa, y procuré que fuesen por unas monjas que habían de venir de Medina del Campo. Quedamos la noche de Todos Santos mi compañera y yo solas. Yo os digo, hermanas, que cuando se me acuerda el miedo de mi compañera, que era María del Sacramento, una monja de más edad que yo, y harto sierva de Dios, que me da gana de reír.

La casa era muy grande y desbaratada y con muchos desvanes, y mi compañera no había quitársele del pensamiento los estudiantes, pareciéndole que como se habían enojado tanto de que salieron de la casa, que alguno se había escondido en ella; ellos lo pudieran muy bien hacer, según había donde. Encerrámonos en una pieza adonde estaba paja, que era lo primero que yo proveía para fundar la casa, porque tiniéndola no nos faltaba cama: en ella dormimos esa noche, con unas dos mantas que nos prestaron. Otro día, unas monjas que estaban junto, que pensamos les pesara mucho, nos prestaron ropa para las compañeras que habían de venir, y nos enviaron limosna. Llamábase Santa Isabel, y todo el tiempo que estuvimos en aquélla nos hicieron harto buenas obras y limosna.

Como mi compañera se vió encerrada en aquella pieza parece sosegó algo cuanto a lo de los estudiantes, aunque no hacía sino mirar a una parte y a otra, todavía con temores, y el demonio que la debía ayudar con representarla pensamientos de peligro para turbarme a mí, que con la flaqueza de corazón que tengo poco me solía bastar. Yo la dije que "qué miraba, que como allí no podía entrar nadie". Díjome: "Madre, estoy pensando, si ahora me muriese yo aquí ¿qué haríades vos sola?" Aquello, si fuera, me parecía recia cosa; hizome pensar un poco en ello, y aun haber miedo; porque siempre los cuerpos muertos, aunque yo no le he, me enflaquecen el corazón, aunque no esté sola. Y como el doblar de las campanas ayudaba, que como he dicho era noche de las Animas, buen principio llevaba el demonio para hacernos perder el pensamiento con niñerías: cuando entiende que de él no se ha miedo, busca otros rodeos. Yo la dije: "Hermana, de que eso sea, pensaré lo que he de hacer; ahora déjeme dormir." Como habíamos tenido dos noches malas, presto quitó el sueño los miedos. Otro día vinieron más monjas, con que se nos quitaron.

EPISTOLARIO.

*A don Francisco de Salcedo, en Avila.—Valladolid,
a fines de septiembre de 1568.*

Jesús sea con vuestra merced. Gloria a Dios, que después de siete u ocho cartas, que no he podido excusar, de negocios, me queda un poco para descansar de ellos en escribir estos renglones, para que vuestra merced entienda que con los suyos recibo mucho consuelo. Y no piense es tiempo perdido escribirme, que lo he menester a ratos, a condición que no me diga tanto de que es viejo, que me da en todo mi seso pena; como si en la vida de los mozos hubiera alguna siguridad. Désela Dios hasta que yo me muera, que después, por no estar allá sin él, he de procurar lo lleve Nuestro Señor presto.

Hable vuestra merced a este padre, suplicóselo, y favorézcale en este negocio, que aunque es chico, entiendo es grande en los ojos de Dios¹. Cierto él nos ha de hacer acá harta falta, porque es cuerdo y propio para nuestro modo, y así creo le ha llamado Nuestro Señor para esto. No hay fraile que no diga bien de él, porque ha sido su vida de gran penitencia, aunque ha poco tiempo. Mas parece le tiene el Señor

¹ Se refiere a fray Juan de la Cruz, bajo de estatura: a la cual aludió Teresa de Jesús donosamente en la frase: "ya tengo fraile y medio para comenzar la Reforma".

de su mano, que aunque hemos tenido aquí algunas ocasiones en negocios, y yo, que soy la misma ocasión, que me he enojado con él a ratos, jamás le hemos visto una imperfección. Animo lleva; mas como es solo, ha menester lo que Nuestro Señor le da... lo¹ tome tan a pechos. El dirá a vuestra merced cómo acá nos va.

No me pareció poco el encarecimiento de los seis ducados; mas harto más pudiera yo alargarme en dar, por ver a vuestra merced. Verdad es que merece más precio; que una monjilla pobre, ¿quién la ha de apreciar? Vuestra merced que puede dar aloja² y obleas, rábanos, lechugas, que tiene un huerto y sé es él mozo para traer manzanas, algo más es de apreciar. La dicha aloja diz que la hay aquí muy buena; mas como no tengo a Francisco de Salcedo no sabemos a qué sabe, ni lleva arte de saberlo. A Antonia digo escriba a vuestra merced, pues yo no puedo, más largo. Quédese con Dios. A mi señora doña Mencía beso las manos de su merced, y a la señora Ospedal.

Plega al Señor vaya adelante la mijoría de ese caballero desposado. No esté vuestra merced tan incrédulo, que todo lo puede la oración, y la sangre que tiene con vuestra merced podrá mucho. Acá

1 Faltan dos palabras. Supónese que el original decía "para que".

2 Bebida compuesta de agua, miel y algunas especias.

ayudaremos con nuestro cornadillo. Hágalo el Señor, como puede. Cierto que tengo por más incurable la enfermedad de la desposada. Todo lo puede remediar el Señor. A Maridíaz, a la Flamenca, a doña María de Avila (que la quisiera harto escribir, que a buen siguro que no la olvido), suplico a vuestra merced diga, de que las vea, me encomienden a Dios, y eso del monesterio. Su Majestad me guarde a vuestra merced muchos años, amén; que, a usadas sea dicho, si pasa éste sin que yo torne a ver a vuestra merced, según da la priesa la princesa de Eboli.

Indigna sierva y verdadera de vuestra merced,
Teresa de Jesús, Carmelita.

Torno a pedir en limosna a vuestra merced me hable a este padre y aconseje lo que le pareciere para su modo de vivir. Mucho me ha animado el espíritu que el Señor le ha dado, y la virtud, entre hartas ocasiones, para pensar llevamos buen principio. Tiene harta oración y buen entendimiento; llévelo el Señor adelante.

A. S. M. Felipe II, en Madrid.—Avila, 18 de septiembre de 1577.

La gracia del Espíritu Santo sea siempre con vuestra Majestad. Amén. A mi noticia ha venido

un memorial que han dado a Vuestra Majestad contra el padre maestro Gracián, que me espanto de los ardides del demonio y de los padres Calzados; porque no se contentan con infamar a este siervo de Dios (que verdaderamente lo es, y nos tiene tan edificadas a todas que siempre me escriben en los monesterios que visita que los deja con nuevo espíritu), sino que procuran ahora dislustrar estos monesterios, adonde tanto se sirve Nuestro Señor. Y para esto se han valido de dos Descalzos, que el uno, antes que fuese fraile, sirvió a estos monesterios y ha hecho cosas adonde da bien a entender que muchas veces le falta el juicio; y deste Descalzo y otros apasionados con el padre maestro Gracián (porque ha de ser el que los castigue), se han querido valer los frailes del paño, haciéndoles firmar desatinos; que si no temiese el daño que puede hacer el demonio, me daría recreación lo que dice que hacen las Descalzas, porque para mi hábito sería cosa monstruosa.

Por amor de Dios suplico a Vuestra Majestad no consienta que anden en tribunales testimonios tan infames, porque es de tal suerte el mundo que puede quedar alguna sospecha en alguno (aunque más se pruebe lo contrario) si dimos alguna ocasión, y no ayuda a la reforma poner mácula en lo que está, por la bondad de Dios, tan reformado como Vuestra Majestad podría ver, si es servido, por una probanza

que mandó hacer el padre Gracián destos monesterios, por ciertos respetos de personas graves y santas que a estas monjas tratan.

Y pues de los que han escrito los memoriales se puede hacer información de lo que les mueve, por amor de Nuestra Señor Vuestra Majestad lo mire como cosa que toca a su gloria y honra; porque si los del Paño ven que se hace caso de sus testimonios, por quitar la visita le levantarán a quien la hace que es hereje, y adonde no hay mucho temor de Dios será fácil probarlo.

Yo he lástima de lo que este siervo de Dios padece, y con retitud y perfección que va en todo; y esto me obliga a suplicar a Vuestra Majestad le favorezca o le mande quitar de la ocasión destos peligros, pues es hijo de criados de Vuestra Majestad, y él por sí no pierde. Que, verdaderamente, me ha parecido un hombre enviado de Dios y de su bendita Madre, cuya devoción, que tiene grande, le trajo a la Orden para ayuda mía; porque ha más de diecisiete años que padecía a solas con estos padres del Paño, y ya no sabía cómo lo sufrir, que no bastaban mis fuerzas flacas.

Suplico a Vuestra Majestad me perdone lo que me he alargado, que el grande amor que tengo a Vuestra Majestad me ha hecho atreverme, considerando que, pues sufre el Señor mis indiscretas quejas, también las sufrirá Vuestra Majestad.

Plega a El oiga todas las oraciones que en esta Orden se hacen de Descalzos y Descalzas para que guarde a Vuestra Majestad muchos años, pues ningún otro amparo tenemos en la tierra.

Fecha en San José, de Avila, a XVIII de septiembre de MDLXX y VII.

Indina sierva y súdita de Vuestra Majestad,
Teresa de Jesús, Carmelita.

Sospecho que mientras el Tostado está como ahora no aprovecharán en la visita, sino que será mucho daño, en especial como se ha llegado a él ese predicador, que antes fué Calzado, de cuya vida suplico a Vuestra Majestad mande ser informado; y, si fuere menester, todas las monjas Descalzas juraremos que nunca le oímos palabra, ni se ha visto en él cosa que no sea para edificarnos; y en no entrar en los monesterios ha tenido tan gran extremo que en los Capítulos, que parece forzoso entrar, ha hecho por la red ordinariamente.

*A la Madre María de San José, priora de Sevilla.
Toledo, 19 de noviembre de 1576.*

Sea con vuestra reverencia el Espíritu Santo, hija mía. La carta suya, hecha a III de noviembre, recibí. Yo le digo que nunca me cansan, sino que me descansan de otros cansancios. Cayóme harto en

gracia poner la fecha por letras. Plega a Dios no sea por no se humillar a no poner el guarismo.

Antes que se me olvide. Muy buena venía la del padre Mariano, si no trajera aquel latín. Dios libre a todas mis hijas de presumir de latinas. Nunca más le acaezca ni lo consienta. Harto más quiero que presuman de parecer simples, que es muy de santas, que no tan retóricas. Eso gana en enviarme sus cartas abiertas. Mas ya, como se ha confesado con nuestro padre, más mortificada estará. Dígale que casi me confesé generalmente estotro día con quien le he escrito, y no me dió de veinte partes de pena la una de cuando me había de confesar con su paternidad. Mire qué negra tentación es ésta.

Encomienden a Dios este mi confesor, que me tiene muy consolada, que no es poco para mí contentarme. ¡Oh qué bien ha hecho en no llamar a el que ahí me atormentaba, para que en ninguna cosa tuviese contento en ese lugar! Que él que tenía con nuestro padre ya ve con cuántas zozobras era; y vuestra reverencia que me le diera, si ella quisiere, porque me cay en gracia, no quería. Yo me huelgo entienda ahora mi voluntad. Pues la otra de Caravaca Dios la perdone, que también le da ahora pena. Esa fuerza tiene la verdad.

Este día me envió un hábito de una jerga, la más a mi propósito que he traído, que es muy liviana y grosera. Harto se lo agradecí, que estaba el otro muy

roto para el frío, y para camisas y todo lo han hecho ellas, aunque acá no hay camisas, ni por pienso, en todo el verano, y mucho ayuno. Ya me voy haciendo monja; rueguen a Dios que dure.

Yo envié a decir a mi hermano cómo tiene el dinero. Con el recuero de Avila enviará él por ello. Bien hace de no lo dar sino con carta suya. Tenga cuidado de acordarse que se haga la diligencia que él dice con el duque, porque con tantos negocios y tan solo no sé adónde le han de bastar fuerzas, si no se las da Dios por milagro. No me ha pasado, creo, por pensamiento decir que no coma allá (porque veo que es grande la necesidad), sino que cuando no fuere a eso no vaya muchas veces, porque no se mire y se quite todo; antes me hacen tanta caridad en el cuidado que tienen de regalar a su paternidad, que nunca se lo pagaré. Dígalo a las hermanas, que también presume la mi Gabriela decírmelo en su carta. Encomiéndemela mucho y a todas y todos mis amigos, y envíenme un recaudo grande al padre fray Antonio de Jesús, que acá encomendaremos a Dios aproveche la cura, que harta pena me ha dado, y a la priora; a fray Gregorio y a fray Bartolomé también me encomiende.

La madre priora de Malagón aún está más mala que suele; pues algo estoy consolada, que dice la llaga no es en los pulmones, y que no está hética, y Ana de la Madre de Dios, la monja de aquí, dice

que estuvo así y sanó. Dios lo puede hacer. Yo no sé qué me diga de tanto trabajo como allí ha dado Dios, y con los males gran necesidad, que ni tienen trigo, ni dineros, sino el mundo de deudas. Los cuatrocientos ducados que las debían en Salamanca, y teníalos para esa casa, que ya lo había dicho nuestro padre, aún plega a Dios que basten para que se remedien. Ya he enviado por parte de ellos. Han sido muchos los gastos que allí han tenido, y de muchas maneras. Por eso no querría yo las prioras de las casas de renta muy francas¹, ni ninguna, que es venirse a perder del todo.

La pobre Beatriz ha cargado sobre ella, que ha sido la que ha andado buena, y tiene cargo de la casa, que se la encomendó la madre priora, a falta de hombres buenos, como dicen. Harto me huelgo que ahí no les falte. No sea boba en dejar de poner los portes y lo que le digo, que tanto se perderán, y es bobería. Pena me ha dado que sea el compañero fray Andrés, que creo no sabe callar, y más me la da que coma en el Carmen. Por amor de Dios le avisen siempre y se vaya a los Remedios en acabando ahí, que parece es tentar a Dios. Su Majestad me la guarde, que tengo mucho que escribir, y a todas, y me las haga santas.

Son hoy XIX de noviembre. De Vuestra reverencia,
Teresa de Jesús.

1 Pródigas.

*A la Madre María de San José, priora de Sevilla.
Toledo, enero de 1577.*

...Donosa está en no querer que sea otra como Teresa. Pues sepa cierto que si esta mi Bela¹ tuviera la gracia natural que la otra, y lo sobrenatural (que verdaderamente víamos obraba Dios algunas cosas en ella), que el entendimiento y habilidad y blandura, de que se puede hacer de ella lo que quisieren, que lo tiene mejor. Es extraña la habilidad de esta criatura, que con unos pastorcillos malaventurados, y unas monjillas, y una imagen de Nuestra Señora que tiene, no viene fiesta que no hace una invinción de ello en su ermita, u en la recreación, con alguna copla, a que ella da tan buen tono y la hace, que nos tiene espantadas. Sólo tengo un trabajo, que no sé cómo le poner la boca, porque la tiene frigidísima, y se ríe muy fríamente, y siempre se anda riendo. Una vez la hago que la abra, otra que la cierre, otra que no se ría. Ella dice que no tiene culpa, sino la boca, y dice verdad. Quien ha visto la gracia de Teresa en cuerpo y en todo, echarlo ha más de ver, que así lo hacen acá, aunque yo no lo confieso, y a ella se lo digo en secreto. No lo diga a nadie, que gustaría si viese la vida que traigo en ponerle la boca. Creo, como sea ma-

¹ Isabel de Jesús, hermana del P. Jerónimo Gracián.

yor, no será tan fría; al menos no lo es en los dichos.

Héla aquí pintadas sus muchachas, para que no piense que le miento en que hace ventaja a la otra. Porque se ría se lo he dicho. De cuanto trabajo le doy de traer y llevar cartas; no haya miedo que yo se le quite.

Harto en gracia me han caído las coplas que vinieron de allá; enviélas a mi hermano las primeras y alguna de las otras, que no venían todas concertadas. Creo las podrán mostrar al Santo Viejo; decir que en eso pasan las recreaciones, que todo es lenguaje de perfección; que cualquier entretenimiento es justo a quien tanto se debe. Es cosa que me espanta tanta caridad.

Sepa que paran a nuestro padre Garcíálvarez cual la mala ventura, que dicen las tiene muy soberbias; dígaselo. Ahora están temiendo lo que las han de escribir, que les dijo mi hermano que le había enviado su carta para que respondiesen. Y han de saber que ninguna tray jerguilla, ni la ha traído acá, sino yo, que aun ahora, con todos los lielos que ha hecho, no he podido traer otra cosa, por los riñones, que temo mucho este mal, y tanto dicen, que se me hace ya escrúpulo, y como me tomó nuestro padre la muy vieja que tenía de jerga gruesa, no sé qué hacer. Dios las perdone. Con todo, digo que la calor de ahí no sufre otra cosa sino sayas delgadas.

Los hábitos no lo anden, que en esotros poco va. Hasta que trayan lo que me envía el mi santo prior no sé qué hacer de escribirle, porque no puedo decir que lo he recibido; escribirle he con el arriero.

De vuestra reverencia sierva,

Teresa de Jesús.

*A la madre Ana de Jesús, priora de Beas.—Avila,
diciembre de 1578.*

En gracia me ha caído, hija, cuán sin razón se queja, pues tiene allá a mi padre fray Juan de la Cruz, que es un hombre celestial y divino; pues yo le digo a mi hija que después que se fué allá no he hallado en toda Castilla otro como él, ni que tanto fervore en el camino del cielo. No creerá la soledad que me causa su falta. Miren que es un gran tesoro el que tienen allá en ese santo, y todas las de esa casa traten y comuniquen con él sus almas y verán qué aprovechadas están, y se hallarán muy adelante en todo lo que es espíritu y perfección; porque le ha dado Nuestro Señor para esto particular gracia...

Certificólas que estimara yo tener por acá a mi padre fray Juan de la Cruz, que de veras lo es de mi alma, y uno de los que más provecho le hacía el comunicarle. Háganlo ellas, mis hijas, con toda llaneza, que aseguro la pueden tener como conmigo misma y que les será de grande satisfacción, que es

muy espiritual y de grandes experiencias y letras. Por acá le echan mucho menos las que estaban hechas a su doctrina. Den gracias a Dios que ha ordenado le tengan ahí tan cerca. Ya le escribo les acuda, y sé de su gran caridad que lo hará en cualquier necesidad que se ofrezca.

POESÍAS

VIVO SIN VIVIR EN MÍ.

Vivo sin vivir en mí¹,
Y de tal manera espero,
Que muero porque no muero.

Vivo ya fuera de mí,
Después que muero de amor;
Porque vivo en el Señor,
Que me quiso para sí.
Cuando el corazón le di
Puso en él este letrero:
Que muero porque no muero.
Esta divina prisión
Del amor con que yo vivo,
Ha hecho a Dios mi cautivo,
Y libre mi corazón;

1 Coinciden los primeros versos de esta poesía con otros de San Juan de la Cruz, dudándose acerca de la prioridad de una y otra. Ambas desarrollan un tema popular en aquel tiempo. Cabe también referirlas a esta composición del poeta místico de Bagdad, Alhalach:

“Amigos míos, matadme:
que en mi muerte está mi vida.”

(M. Asín Palacios: *El Islam cristianizado*.)

Y causa en mí tal pasión
Ver a Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
¡Esta cárcel, estos hierros
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

¡Ay qué vida tan amarga
Do no se goza el Señor!
Porque si es dulce el amor
No lo es la esperanza larga.
Quíteme Dios esta carga,
Más pesada que el acero,
Que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza;
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte,
Vida, no me seas molesta,
Mira que sólo te resta
Para ganarte, perderte.
Venga ya la dulce muerte,
El morir venga ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba,
Que es la vida verdadera,
Hasta que esta vida muera
No se goza estando viva;
Muerte, no me seas esquiva,
Viva muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darte
A mi Dios que vive en mí,
Si no es el perderte a ti
Para merecer ganarte?
Quiero muriendo alcanzarte,
Pues tanto a mi amado quiero,
Que muero porque no muero.

YO TODA ME ENTREGUÉ Y DI.

Yo toda me entregué y di,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi amado para mí
Y yo soy para mi Amado.

Cuando el dulce Cazador
Me tiró y dejó rendida,
En los brazos del amor
Mi alma quedó caída,
Y cobrando nueva vida
De tal manera he trocado,
*Que mi Amado para mí
Y yo soy para mi Amado.*

Tírome con una flecha
Enerbolada de amor,
Y mi alma quedó hecha
Una con su Criador.
Ya yo no quiero otro amor,
Pues a mi Dios me he entregado,
*Y mi Amado para mí
Y yo soy para mi Amado.*

SI EL AMOR QUE ME TENÉIS.

Si el amor que me tenéis,
Dios mío, es como el que os tenga,
Decidme: ¿en qué me detengo?
O Vos ¿en qué os detenéis?

—Alma, ¿qué quieres de mí?

—Dios mío, no más que verte.

—Y ¿qué temes más de tí?

—Lo que más temo es perderte.

Un alma en Dios escondida

¿qué tiene que desear,

Si no amar y más amar,

Y en amor toda encendida

Tornarte de nuevo a amar?

Un amor que ocupe os pido,

Dios mío, mi alma os tenga,

Para hacer un dulce nido

Adonde más le convenga.

HERMANA, PORQUE VELÉIS.

Hermana, porque veléis

Os han dado hoy este velo,

Y no os va menos que el cielo,

Por eso no os descuidéis.

Aqueste velo gracioso

Os dice que estéis en vela,

Guardando la centinela

Hasta que venga el Esposo,

Que, como ladrón famoso,

Vendrá cuando no penséis;

Por eso no os descuidéis.

No sabe nadie a cuál hora,

Si en la vigilia primera,

O en la segunda o tercera;

Todo cristiano lo ignora.

Pues velad, velad, hermana,

No os roben lo que tenéis;

Por eso no os descuidéis.

En vuestra mano encendida

Tened siempre una candela,

Y estad con el velo en vela,

Las renes muy bien ceñidas.
No estéis siempre amodorrada,
Catad, que peligraréis;
Por eso no os descuidéis.

Tened olío en la aceitera
De obras y merecer,
Para poder proveer
La lámpara que no muera;
Porque quedaréis de fuera
Si entonces no lo tenéis;
Por eso no os descuidéis.

Nadie os le dará prestado,
Y si lo vais a comprar
Podríaseos tardar
Y el Esposo haber entrado;
Y desde una vez cerrado,
No hay entrar aunque llaméis;
Por eso no os descuidéis.

Tened continuo cuidado
De cumplir con alma fuerte
Hasta el día de la muerte
Lo que habéis hoy profesado;
Porque habiendo así velado
Con el Esposo entraréis;
Por eso no os descuidéis.

FRAY LUIS DE LEÓN.



Fray Luis de León (Salamanca).

1901. Rincón Verrucos. Madrid.

FRAY LUIS DE LEÓN

Se señala a Belmonte (Cuenca) como lugar de su nacimiento, ocurrido en la fecha probable de 1528. De esa villa manchega eran originarios sus padres, Lope de León e Inés de Valera, uno y otro de noble estirpe. Allí vive también el niño Luis hasta los cinco o seis años de edad, en que pasa a Madrid con su padre, abogado de Corte. A los catorce años trasládase a Salamanca, donde ingresa en el convento agustiniano; estudia Filosofía con el padre Juan de Guevara y Teología con Domingo de Soto, y recibe grados en esta disciplina. Más tarde sigue estudios durante dieciocho meses en Alcalá; gradúase de bachiller en Toledo y, en 1560, de licenciado y maestro en Salamanca.

Enseña Teología en los colegios de la Orden en Salamanca, Soria y Alcalá, sucesivamente, y obtiene en 1561 la cátedra de lectura de Santo Tomás, en oposición a siete aspirantes; de los siete cuatro eran ya catedráticos. La superioridad de fray Luis hubo de manifestarse por su talento y autoridad en las lenguas castellana, latina, griega y hebrea.

Semejantes merecimientos no bastan a detener la envidia, y en 1572 es denunciado al Tribunal de la Inquisición, que da con él en la cárcel de Salamanca, por el hecho de haber traducido al castellano el *Cantar de los Cantares*, de Salomón, con algunos comentarios explicativos. Fray Luis agrava su situación al componer una disertación sobre la *Vulgata*.

A pesar de la muy razonada protesta que hace, le tienen recluido desde el 27 de marzo de 1572 hasta el 13 de agosto de 1577, en que lo absuelve el Tribunal inquisidor, no sin amonestarle para que use de mayor prudencia en lo que hable o escriba. Fray Luis sale de la prisión con el precioso manuscrito de los *Nombres de Cristo*.

Ya en libertad vuelve a su puesto en el profesorado universitario, y desempeña cátedras de Teología, Filosofía moral y Sagrada Escritura. En 1591 es elevado al cargo de vicario general de Castilla, y en agosto del mismo año lo eligen provincial de la Orden.

Pasa los últimos años de su vida en el retiro campesino que tiene la Orden cerca de Salamanca, en una isleta formada por el río Tormes, entregado a sus meditaciones y escritos y a la lectura preferida de las obras del padre Granada.

Muere en Madrigal de las Altas Torres el 23 de agosto de 1591, y recibe sepultura en su querido convento de Salamanca.

OBRAS:

*Exposición del "Cantar de los Cantares" y del
"Libro de Job".*

La perfecta casada.

Los Nombres de Cristo.

Poesías.

Traducciones comentadas de los Salmos.

Introducción a las obras de Santa Teresa de Jesús.

LOS NOMBRES DE CRISTO

INTRODUCCIÓN.

Era por el mes de junio, a las vueltas de la fiesta de San Juan, al tiempo que en Salamanca comienzan a cesar los estudios, cuando Marcelo, el uno de los que digo (que así le quiero llamar, con nombre fingido, por ciertos respetos que tengo, y lo mismo haré a los demás), después de una carrera tan larga como es la de un año en la vida que allí se vive, se retiró como a puerto sabroso a la soledad de una granja que, como vuestra merced sabe, tiene mi monasterio en la ribera de Tormes, y fuéronse con él, por hacerle compañía y por el mismo respecto, los otros dos. Adonde habiendo estado algunos días, aconteció que una mañana, que era la del día dedicado al apóstol San Pedro, después de haber dado al culto divino lo que se le debía, todos tres juntos se salieron de la casa a la huerta que se hace delante de ella.

Era la huerta grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden; mas eso mismo hacía deleite en la vista, y, sobre todo, la hora

y la sazón. Pues entrados en ella, primero, y por un espacio pequeño, se anduvieron paseando y gozando del frescor, y después se sentaron juntos, a la sombra de unas parras y junto a la corriente de una pequeña fuente, en ciertos asientos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa a las espaldas, y entraba en la huerta por aquella parte, y corriendo y estropezando parecía reírse. Tenían también delante de los ojos y cerca de ellos una alta y hermosa alameda. Y más adelante y no muy lejos se veía el río Tormes, que aun en aquel tiempo, hinchiendo bien sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega. El día era sosegado y purísimo, y la hora muy fresca. Así que asentándose y callando por un pequeño tiempo, después de sentados, Sabino (que así me place llamar al que de los tres era el más mozo), mirando hacia Marcelo y sonriéndose comenzó a decir así:

—Algunos hay a quien la vista del campo los enmudece, y debe ser condición de espíritus de entendimiento profundo; mas yo, como los pájaros, en viendo lo verde, desco o cantar o hablar.

—Bien entiendo por qué lo decís —respondió al punto Marcelo—, y no es alteza de entendimiento, como dais a entender por lisonjearme o por consolarme, sino cualidad de edad y humores diferentes, que nos predominan y se despiertan con esta vista, en vos de sangre y en mí de melancolía. Mas se-

pamos —dice— de Juliano (que éste será el nombre del otro tercero) si es pájaro también o si es de otro metal.

—No soy siempre de uno mismo —respondió Juliano—, aunque agora al humor de Sabino me inclino algo más. Y pues él no puede agora razonar consigo mismo mirando la belleza del campo y la grandeza del cielo, bien será que nos diga su gusto acerca de lo que podremos hablar.

Entonces Sabino, sacando del seno un papel escrito y no muy grande:

—Aquí —dice— está mi deseo y mi esperanza.

Marcelo, que reconoció luego el papel, porque estaba escrito de su mano, dijo, vuelto a Sabino y riéndose:

—No os atormentará mucho el deseo a lo menos, Sabino, pues tan en la mano tenéis la esperanza; ni aun deben ser ni lo uno ni lo otro muy ricos, pues se encierran en tan pequeño papel.

—Si fueren pobres —dijo Sabino— menos causa tendréis para no satisfacerme en una cosa tan pobre.

—¿En qué manera —respondió Marcelo— o qué parte soy yo para satisfacer a vuestro deseo, o qué deseo es el que decís?

Entonces Sabino, desplegando el papel, leyó el título, que decía: *De los nombres de Cristo*, y no leyó más. Y dijo luego:

—Por cierto caso hallé hoy este papel, que es de Marcelo, adonde, como parece, tiene apuntados algunos de los nombres con que Cristo es llamado en la Sagrada Escritura, y los lugares de ella adonde es llamado así. Y como lo vi me puso codicia de oírle algo sobre aqueste argumento, y por eso dije que mi deseo estaba en este papel; y está en él mi esperanza también, porque como parece dél, este es argumento en que Marcelo ha puesto su estudio y cuidado, y argumento que le debe tener en la lengua, y así no podrá decirnos ahora lo que suele decir cuando se excusa si le obligamos a hablar, que le tomamos desapercibido. Por manera que, pues le falta esta excusa y el tiempo es nuestro, y el día santo, y la sazón tan a propósito de pláticas semejantes, no nos será dificultoso el rendir a Marcelo si vos, Juliano, me favorecéis.

—En ninguna cosa me hallaréis más a vuestro lado, Sabino —respondió Juliano.

Y dichas y respondidas muchas cosas en este propósito, porque Marcelo se excusaba mucho, o a lo menos pedía que tomase Juliano su parte y dijese también, y quedando asentado que a su tiempo, cuando pareciese, o si pareciese ser menester, Juliano haría su oficio, Marcelo, vuelto a Sabino, dijo así:

—Pues el papel ha sido el despertador de esta plática, bien será que él mismo nos sea la guía en ella. Yo leyendo, Sabino, en él, y de lo que en él es-

tuviere, y conforme a su orden, así iremos diciendo si no os parece otra cosa.

—Antes nos parece lo mismo —respondieron como a una Sabino y Juliano.

Y luego Sabino, poniendo los ojos en el escrito con clara y moderada voz, leyó así...¹

PASTOR.

Llámase también Cristo *Pastor*. El mismo dice en San Juan: “Yo soy buen *Pastor*.” Y en la epístola a los hebreos dice San Pedro de Dios: “Que resucitó a Jesús, *pastor* grande de ovejas.” Y San Pedro dice del mismo: “Cuando apareciere el príncipe de los *pastores*.” Y por los profetas es llamado de la misma manera; por Esaías en el capítulo cuarenta, por Ezequiel en el capítulo treinta y cuatro, por Zacarías en el capítulo once.

Y Marcelo dijo luego:

—Lo que dije en el nombre pasado puedo también decir en éste, que es excusado probar que es nombre de Cristo, pues El mismo se le pone. Mas como

¹ “Los nombres —dice a continuación— que en la Escritura se dan a Cristo son muchos, así como son muchas sus virtudes y oficios.” Fray Luis de León recoge y comenta los siguientes: Pimpollo, Fazes de Dios, Camino, Pastor, Monte, Padre del siglo futuro, Brazo de Dios, Rey de Dios, Príncipe de Paz, Esposo, Hijo de Dios, Amado, Jesús, Cordero.

esto es fácil, así es negocio de mucha consideración el traer a luz todas las causas por que se pone este nombre. Porque en esto que llamamos *Pastor* se pueden considerar muchas cosas; unas que miran propiamente a su oficio y otras pertenecen a las condiciones de su persona y su vida. Porque lo primero, la vida pastoril es vida sosegada y apartada de los ruidos de las ciudades y de los vicios y deleites de ellas. Es inocente así por esto como por parte del trato y granjería en que se emplea. Tiene sus deleites, y tanto mayores cuanto nacen de cosas más sencillas, y más puras, y más naturales: de la vista del cielo libre, de la pureza del aire, de la figura del campo, del verdor de las hierbas y de la belleza de las rosas y de las flores. Las aves con su canto y las aguas con su frescura le deleitan y sirven. Y así, por esta razón, es vivienda muy natural y muy antigua entre los hombres, que luego en los primeros de ellos hubo pastores; y es muy usada por los mejores hombres que ha habido, que Jacob y los doce patriarcas la siguieron, y David fué pastor, y es muy alabada de todos, que, como sabéis, no hay poeta, Sabino, que no la cante y alabe.

—Cuando ninguno la loara —dijo Sabino entonces— basta, para quedar muy loada, lo que dice de ella el poeta latino, que en todo lo que dijo venció a los demás, y en aquello parece que vence a sí mismo; tanto son escogidos y elegantes los versos con

que lo dice. Mas porque, Marcelo, decís de lo que es ser pastor, y del caso que de los pastores la poesía hace, mucho es de maravillar con qué juicio los poetas, siempre que quisieron decir algunos accidentes de amor, los pusieron en los pastores, y usaron más que de otros de sus personas para representar aquesta pasión en ellas; que así lo hizo Teócrito y Virgilio, y ¿quién no lo hizo, pues el mismo Espíritu Santo, en el libro de los *Cantares* tomó dos personas de pastores para, por sus figuras de ellos y por su boca, hacer representación del increíble amor que nos tiene? Y parece, por otra parte, que son personas no convenientes para esta representación los pastores, porque son toscos y rústicos, y no parece que se conforman ni que caben las finezas que hay en el amor, y lo muy agudo y propio de él con lo tosco y villano.

—Verdad es, Sabino —respondió Marcelo—, que usan los poetas de lo pastoril para decir del amor; mas no tenéis razón en pensar que para decir de él hay personas más a propósito que los pastores, ni en quien se represente mejor. Porque puede ser que en las ciudades se sepa mejor hablar, pero la fineza del sentir es del campo y de la verdad.

Y a la verdad los poetas antiguos, y cuanto más antiguos tanto con mayor cuidado, atendieron mucho a huír de lo lascivo y artificioso, de que está lleno el amor que en las ciudades se cría, que tiene poco

de verdad y mucho de arte y de torpeza. Mas el pastoril, como tienen los pastores los ánimos sencillos y no contaminados con vicios, es puro y ordenado a buen fin; y como gozan del sosiego y libertad de negocios que los ofrece la vida sola del campo, no habiendo en él cosa que los divierta, es muy vivo y agudo. Y ayúdales a ello también la vista desembarazada, de que continuo gozan, del cielo y de la tierra y de los demás elementos; que es ella en sí una imagen clara, o, por mejor decir, una como escuela de amor puro y verdadero. Porque los demuestra a todos amistados entre sí y puestos en orden, y abrazados, como si dijéramos unos con otros, y concertados con armonía grandísima, y respondiéndose a veces y comunicándose sus virtudes, y pasándose unos en otros, y ayuntándose y mezclándose todos, y con su mezcla y ayuntamiento sacando de continuo a luz y produciendo los frutos que hermocean el aire y la tierra. Así que los pastores son en esto aventajados a los otros hombres. Y así sea esta la segunda cosa que señalamos en la condición del pastor: que es muy dispuesto al bien querer.

Y sea la tercera la que toca a su oficio, que aunque es oficio de gobernar y regir, pero es muy diferente de los otros gobiernos. Porque lo uno, su gobierno, no consiste en dar leyes ni en poner mandamientos, sino en apacentar y alimentar a los que go-

bierna. Y lo segundo, no guarda una regla generalmente con todos y en todos los tiempos, sino en cada tiempo y en cada ocasión ordena su gobierno conforme al caso particular del que rige. Lo tercero, no es gobierno el suyo que se reparte y ejercita por muchos ministros, sino él solo administra todo lo que a su grey le conviene; que él la apasta y la abreva, y la baña, y la trasquila, y la cura, y la castiga y la reposa, y la recrea, y hace música, y la ampara y defiende. Y, últimamente, es propio de su oficio recoger lo esparcido y traer a un rebaño a muchos, que de suyo cada uno de ellos caminara por sí. Por donde las sagradas letras, de lo esparcido, y descarriado, y perdido, dicen siempre que son como ovejas que no tienen pastor, como en San Mateo se ve y en el libro de los Reyes y en otros lugares. De manera que la vida del pastor es inocente, y sosegada, y deleitosa, y la condición de su estado es inclinado al amor, y su ejercicio es gobernar dando pasto y acomodando su gobierno a las condiciones particulares de cada uno, siendo él solo para los que gobierna todo lo que les es necesario, y enderezando siempre su obra a esto, que es hacer rebaño y grey.

Veamos, pues, ahora si Cristo tiene esto, y las ventajas con que lo tiene, y así veremos cuán merecidamente es llamado *Pastor*. Vive en los campos Cristo, y goza del cielo libre, y ama la soledad y el sosiego, y en el silencio de todo aquello que pone en

alboroto la vida tiene puesto él su deleite. Porque, así como lo que se comprende en el campo es lo más puro de lo visible, y es lo sencillo y como el original de todo lo que de ello se compone y se mezcla; así aquella región de vida adonde vive aqueste nuestro glorioso bien, es la pura verdad y la sencillez de la luz de Dios y el original expreso de todo lo que tiene ser, y las raíces firmes de donde nacen y adonde estriban todos las criaturas. Y si lo hemos de decir así, aquéllos son los elementos puros y los campos de flor eterna vestidos, y los mineros de las aguas vivas, y los montes verdaderamente preñados de mil bienes altísimos, y los sombríos y repuestos valles, y los bosques de la frescura, adonde, exentos de toda injuria, gloriosamente florecen la haya, y la oliva, y el lináloe, con todos los demás árboles del incienso, en que reposan ejércitos de aves en gloria y en música dulcísima, que jamás ensordece. Con la cual región, si comparamos aqueste nuestro miserable destierro, es comparar el desasosiego con la paz, y el desconcierto y la turbación y el bullicio, y el disgusto de la más inquieta ciudad con la misma pureza y quietud y dulzura. Que aquí se afana y allí se descansa; aquí se imagina y allí se ve; aquí las sombras de las cosas nos atemorizan y asombran; allí la verdad asosiega y deleita; esto es tinieblas, bullicio, alboroto; aquello es luz purísima en sosiego eterno.

Bien y con razón le conjura a este *Pastor* la esposa pastora que le demuestre aqueste lugar de su pasto. *Demuéstrame —dice—, ¡o querido de mi alma!, adónde apacientas y adónde reposas en el medio día.* Que es con razón medio día aquel lugar que pregunta adónde está la luz no contaminada en su colmo, y adónde, en sumo silencio de todo lo bullicioso, sólo se oye la voz dulce de Cristo, que, cercado de su glorioso rebaño, suena en sus oídos de él sin ruido y con incomparable deleite, en que traspasadas las almas santas y como enajenadas de sí, sólo viven en su *Pastor*. Así que es *Pastor* Cristo por la región donde vive, y también lo es por la manera de vivienda que ama, que es el sosiego de la soledad, como lo demuestra en los suyos, a los cuales llama siempre a la soledad y retiramiento del campo. Dijo a Abraham: *Sal de tu tierra y de tu parentela y haré de ti grandes gentes.* A Elías para mostrársele le hizo penetrar el desierto. Los hijos de los profetas vivían en la soledad del Jordán. De su pueblo dice él mismo por el Profeta que le sacará al campo y le retirará a la soledad, y allí le enseñará. Y en forma de esposo, ¿qué otra cosa pide a su esposa sino aquesta salida? *Levántate —dice—, amiga mía, y apresúrate y ven; que ya se pasó el invierno, pasóse la lluvia, fuése; ya han parecido en nuestra tierra las flores, y el tiempo del podar es venido. La voz de la tortolilla se oye, y*

*brot*a ya la higuera sus higos, y la uva menuda uva, da olor. Levántate, hermosa mía, y ven. Que quiere que les sea agradable a los suyos aquello mismo que él ama; y así como El por ser *Pastor* ama el campo, así los suyos, porque han de ser sus ovejas, han de amar el campo también; que las ovejas tienen su pasto y su sustento en el campo.

POESÍAS

NOCHE SERENA.

Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado;
el amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente;
despiden larga vena
los ojos hechos fuente;
la lengua dice al fin con voz doliente:
Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,
mi alma que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura?
¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que de tu bien divino
olvidado, perdido,
sigue la vana sombra, el bien fingido?

El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando,
y con paso callado
el cielo vueltas dando
las horas del vivir le va hurtando.
¡Ay! despertad, mortales;
mirad con atención en vuestro daño:
las almas inmortales
hechas a bien tamaño
¿podrán vivir de sombra, y sólo engaño?

¡Ay! levantad los ojos
a aquesta celestial eterna esfera,
burlaréis los antojos
de aquesta lisonjera
vida con cuanto teme y cuanto espera.

¿Es más que un breve punto
el bajo y torpe suelo, comparado
a aqueste gran trasunto,
do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternos,
su movimiento cierto,
sus pasos desiguales,
y en proporción concorde tan iguales:

la luna cómo mueve
la plateada rueda, y va en pos de ella
la luz do el saber llueve,
y la graciosa estrella
de amor le sigue reluciente y bella;

y cómo otro camino
prosigue el sanguinoso Marte airado,
y el Júpiter benino
de bienes mil cercado
serena el cielo con su rayo amado;

rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro,

tras él la muchedumbre
del reluciente coro
su luz va repartiendo y su tesoro;
¿Quién es el que esto mira,
y precia la bajeza de la tierra,
y no gime y suspira
por romper lo que encierra
el alma, y destos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
aquí reina la paz: aquí asentado
en rico y alto asiento
está el amor sagrado,
de honra y de deleites rodeado.

Inmensa hermosura,
aquí se muestra toda; y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece.

¡Oh campos verdaderos!
¡Oh prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!
¡Oh deleitosos senos!
¡Repuestos valles de mil bienes llenos!

VIDA RETIRADA.

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,

ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento,
si soy del vano dedo señalado,
si en busca de este viento
ando desalentado,
con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh monte, oh fuente, oh río,
Oh secreto seguro, deleitoso!

Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de quien la sangre ensalza o el dinero.

Despiértente las aves
con su cantar sabroso no aprendido,
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
el que al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo
a solas, sin testigo;
libre de amor, de celo
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera,
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa,
por ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo,
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido,
los árboles menea
con un manso ruido,
que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
los que de un flaco leño se confían;
no es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna, al cielo suena
confusa vocería
y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla
mesa, de amable paz bien abastada
me basta, y la vajilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
con sed insaciable
del peligroso mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,
de hiedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce acordado,
del plectro sabiamente meneado.

A FRANCISCO DE SALINAS.

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo son divino
mi alma, que en olvido está sumida,
Torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
en suerte y pensamiento se mejora;
el oro desconoce
que el vulgo ciego adora,
la belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no percedera
música, que es de todas la primera.

Ve como el gran maestro
a aquesta inmensa cítara aplicado,
con movimiento diestro
produce al són sagrado
con que este eterno templo es sustentado.

Y como está compuesta
de números concordes, luego envía
consonante respuesta,
y entrambas a porfía
mezclan una dulcísima armonía.

Aquí la alma navega
por un mar de dulzura, y finalmente
en él así se anega,
que ningún accidente

extraño o peregrino oye o siente.

¡Oh, desmayo dichoso!

¡oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!

Durase en tu reposo

sin ser restituído

jamás a aqueste bajo y vil sentido.

A este bien os llamo,
gloria del apolíneo sacro coro,
amigos, a quien amo
sobre todo tesoro;

que todo lo demás es triste lloro.

¡Oh! Suene de contino,

Salinas, vuestro són en mis oídos,

por quien al bien divino

despiertan los sentidos,

quedando a lo demás adormecidos.

EN LA ASCENSIÓN.

¡Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto,
y tú rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro!

¿Los antes bienhadados

y los agora tristes y afligidos,

a tus pechos criados,

de ti desposeídos,

a dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos

que vieron en tu rostro la hermosura,

que no les sea enojos?

Quien oyó tu dulzura,

¿qué no tendrá por sordo y desventura?

Aqueste mar turbado

¿quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto

al viento fiero airado?

Estando tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa
aun de este breve gozo, ¿qué te quejas?
¿Do vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos, ¡ay!, nos dejas!



La Ascension del Señor (Pergamo)

Museo de la Seo.

MALÓN DE CHAIDE

MALÓN DE CHAIDE

Malón de Chaide nace en Cascante, provincia de Navarra, en el año 1530, fecha cuya exactitud no es dado asegurar hasta ahora.

Ingresa en la Orden de San Agustín y toma el hábito en el convento de Salamanca, donde tiene por maestros al padre Guevara y a fray Luis de León. Allí se gradúa posiblemente de Teología y Artes, y más tarde obtiene también en Huesca el grado de doctor en Teología.

Dedicado a la tarea docente y a la predicación, reside en Burgos, Barcelona y Huesca, donde obtiene la cátedra universitaria de Sagrada Escritura. En octubre de 1583 es elegido catedrático de Teología de la Universidad de Zaragoza.

Ejerce los cargos de prior de los conventos de Zaragoza, Huesca y Barcelona, y de maestro y definidor de la Orden, e interviene en la fundación del convento de Nuestra Señora de Loreto, en Huesca.

En Huesca escribe, muy probablemente, su libro famoso *La Conversión de la Magdalena*, entre los

años 1578 a 1583, publicado por vez primera en Barcelona el año 1588 por mandato de sus superiores, según cuenta él mismo en el prólogo: "Así yo... había dejado a un rincón estos papeles que de la gloriosa Magdalena había escrito, a petición de una señora religiosa, y como cosa digna de olvido se han dormido muchos años en mi escritorio, sin hacer de ellos otra cuenta que la que se suele hacer de ratos perdidos. Sucedió que, sin pensarlo, vinieron a manos de mi prelado; viólos y leyólos, y mandóme que los sacase en público. Obedecí, porque tenía obligación, y aventuré todo lo que podría perder con los censores de quien he hablado. Harto será si con los prudentes no pierdo, que de los demás bien me consolaré."

Dedica la obra a doña Beatriz Cerdán y de Heredia, religiosa en el monasterio de Casbas, en Aragón; y si de lo arriba copiado y de otras palabras de la extensa dedicatoria, cabe deducir la escasa importancia que su autor concede al libro, bien declara la propia y celosa estimación en la defensa que luego hace de su primacía frente a fray Luis de León y los *Nombres de Cristo*, cuanto al empleo y defensa de la lengua castellana, con abandono en esta ocasión de la lengua latina.

Su salud delicada, si bien no impidió la actividad que queda reseñada, no deja de influir en sus trabajos desventajosamente: "Si no hubiera yo de con-

tar con mi salud, tan quebrada y corta que me fuerza a aflojar el vigor del estudio cuando con más aliento le tomo, y me derrueca de suerte que son menester grandes palancas de medicinas y apoyos de médicos para levantarme, y que si, llevado de mi natural inclinación, que es leer siempre y estudiar, quiero complacer a mi deseo, no me tuviese tan maestro de experiencia que no supiese que cuanto he adelantado en mil meses de cuidado y cura de mi salud, lo desando y vuelvo atrás en cuatro días de descuido y olvido en ella, tendrían razón de dar su censura en mis designios.”

Malón de Chaide falleció en 1589, siendo prior del convento de Barcelona.

LA CONVERSIÓN DE LA MAGDALENA

Entró Dios en el corazón de la Madalena con su gracia y refrescóle, que se le abrasaba, y levantóse un ábrego, un aire de mediodía, que desata las nubes y las derrite; así Maria, derretida toda en lágrimas, deshecha en llanto, hizo dos ríos de sus ojos. ¡Oh qué horno de amor era esta pecadora, cuyo fuego de amor profano había abrasado, y quemado, y muerto, y hecho carbón muchas almas en el infierno! Horno de Babilonia, lleno de confusión, de pecado, encendido siete veces con todos los siete vicios capitales. Si esto no era horno, si no era Babilonia, ¿cuál queréis que lo sea? *Babylon, Babylon posita est in miraculum*, dice Isaías. ¿Quién vió jamás mayor milagro? Poco antes ardía la Madalena en fuego, ahora se resuelve en agua; poco antes adoraba al mundo y su vanidad, ahora la desprecia y se transforma en Dios; poco antes tenía helado el corazón con su infame vida, ahora están quebrados los hielos, y despedazada la piedra, y corren los ríos. He aquí el fuego trocado en agua. ¡Oh milagro sobre todo milagro! Babilonia es puesta en milagro, en prodigio, en espanto del mundo. “¿No

es aquella famosa Babilonia (dijo Nabucodonosor) que yo la he edificado para casa mía real y de estado, y para que se viese la grandeza y la fuerza de mi poder, y para gloria y hermosura del mundo?"

"¿No es ésta (decía el demonio) aquella famosa Magdalena que yo escogí para mi recámara, la que yo de mi mano fortalecí para con ella conquistar mil almas? ¿no es aquélla con cuyos ojos y cabellos y con cuya hermosura ganaba yo grandes triunfos y victorias? Pues ¿quién me podrá sacar de sus muros ni alanzar de su corazón? *Babylon posita est mihi in miraculum* (dice Dios): Babilonia es puesta por milagro. Babilonia, mi querida, es la de la mudanza, la del trasiego. Será Babilonia aquella gloriosa entre los reinos, la ínclita en la estimación de los caldeos, derrocada y puesta por tierra. Veis aquí derrocada y postrada por el suelo a la torre del homenaje del pecado: María a los pies de Cristo. ¡Oh gran Dios, Señor del cielo y de la tierra, que sólo con un torcer las cejas lo gobierna y rige todo, cuyas obras son espanto y maravilla del entendimiento! Entre tantas maravillas y metamorfosis que hizo en el tiempo felice de su pueblo venturoso para mostrar su gran poder, de la mujer de Lot en sal, de la vara de Moisés en serpiente, de los ríos de Egipto en sangre, del polvo en moscas, del agua en ranas, del mar en seco, del soberbio rey en bestia, del día en noche y de la noche en día,

y de otras obras semejantes y estupendas, mira si hizo jamás alguna mayor, alguna más maravillosa, más rara que ésta, cuando aquel durísimo pederual, aquella sequísima piedra, el estéril guijarro y ajeno de todo humor lo trocó en copiosísimo estanque, en anchísimo lago, en venas corrientes de agua viva y la hizo fuente y mar espacioso. Volvió la piedra seca en estanques de agua, y el peñasco en fuentes de copiosa y dulce bebida. Este es el milagro. "El Señor ha hecho esto, y es maravilloso a nuestros ojos", dice David; aquel Dios solo, eterno, excelso, infinito, glorioso, inmenso e inmortal; aquel Dios que como sabio dispone el mundo, como justo juzga a los hombres, como poderoso guerrea a los malos, como benigno acompaña a los buenos, como piadoso consuela a los afligidos y como monarca hace cuanto le place en el universo. Aquel Dios solo, digo, que de nada crió las piedras y las aguas, ha trocado la piedra en agua; no criada virtud de naturaleza ni humana industria de arte podía hacer tan maravillosa transformación. El solo Dios, que es a quien como prontas esclavas sirven y obedecen la naturaleza y el arte, es el que ha convertido el peñasco en fuente, en fuente de agua.....

Pues María, aunque perdonada, habiéndose subido el Señor a los cielos y venido con sus hermanos Lázaro y Marta a Marsella, dándole en rostro todas las cosas de la vida y cansándole todo lo

de acá abajo, determina de apartarse a un desierto, adonde a sus solas pudiese gozar de la contemplación de su Amado. ¡Oh, qué dulces ratos tenía entre aquellos riscos y por aquellas breñas! Arrebátase en espíritu, y como si ya fuera vecina del cielo, y como si se desnudara del cuerpo mortal de que estaba vestida, así tan libremente dejando la tierra, se subía donde vive su Amado. Allí miraba aquellas moradas celestiales de la soberana ciudad de Jerusalén; víala llena de luz inmensa sus calles y plazas, que hervían de ciudadanos bienaventurados. Resonaba por aquellos ricos palacios una música que su dulzura desmaya, cansada de la suavidad de las voces angélicas que alaban al gran Príncipe del mundo, sin cesar un punto. Cuando consideraba los edificios, no hechos por humanas manos, sino por solo el querer de aquel hermosísimo Dios, no tenía ojos para tanta belleza; veía la ciudad puesta en cuadros de grandeza inmensa, cuyos cimientos eran de todas las piedras preciosas que acá conocemos, como lo dice San Juan en el Apocalipsis, porque estaban hechos de jaspe y zafiros, calcedonias y esmeraldas, jacintos y topacios, y de otras muchas que allí se nombran; los muros resplandecían como el sol, que no se dejaba mirar a los ojos humanos. Había en cada cuadro tres puertas, de suerte que venían a hacer doce, y cada una era de una piedra preciosa. Las torres y almenas eran cubiertas de

crystal, que con los lazos que se hacían en ellas de las esmeraldas y rubíes engarzados en oro purísimo y retocados de la luz y resplandor del verdadero sol que allí resplandece, no hay pensamiento humano que descubra su no pensada hermosura. El suelo, calles y plazas de esta bienaventurada ciudad son de oro limpísimo. Aquí dura siempre una alegre primavera, porque está desterrado el erizado invierno; no la furia de los vientos combaten los empinados árboles ni la blanca nieve desgaja con su peso las tiernas ramas; aquí el enfermizo otoño jamás desnuda las verdes arboledas de sus hojas, porque allí se cumple el *folium ejus non defluet*, que dijo David; antes dura una apacible templanza que conserva la frescura de cuanto tiene el cielo en un perfecto ser. Aquí las flores de los prados celestiales, azules, blancas, amarillas, coloradas y de mil maneras, vencen en resplandor a las esmeraldas, y rubíes, y caras perlas, y piedras del Oriente. Aquí las rosas son más hermosas y de olor más suave que las de los jardines de Jericó, las fuentes más que cristal deshecho, el agua es más dulce, el gusto de las frutas más suave. ¡Oh vida verdaderamente vida! ¡Oh gloria, que sola eres gloria! ¡Oh soberana ciudad, en quien tus ciudadanos se gozan! No se sabe qué cosa es dolor, no hay enfermedad; no llega a ti muerte, porque todo es vida; no hay dolor, porque todo es contento; no hay enfermedad, porque

Dios es la verdadera salud. Ciudad bienaventurada, donde tus leyes son de amor; tus vecinos son enamorados; en ti todos aman, su oficio es amar, y no saben más que amar; tienen un querer, una voluntad, un parecer; aman una cosa, desean una cosa, contemplan una cosa y únense con una cosa...



La Magdalena (El Circo).
Museo de Arte Worcester, Estados Unidos.

FRAY JUAN DE LOS ÁNGELES

FRAY JUAN DE LOS ANGELES

Se tiene como lugar de su nacimiento la aldea o anejo de Oropesa, llamado Corchuela, en la actual provincia de Toledo, señalándose como fecha aproximada la del año 1536, sin mayor precisión.

Debió hacer sus primeros estudios de Latín y Humanidades en la dicha villa de Oropesa, de donde pasa a la Universidad de Alcalá para iniciarse en el griego y el hebreo. Ingresa en el noviciado de San Miguel de Plasencia y recibe el hábito franciscano antes de 1562, sin que sea hasta ahora posible concretar más el dato.

Asiste a las cátedras de maestros eminentes, entre ellos fray Luis de León, y dispónese para el ejercicio de la predicación y la enseñanza, en la que ejerce el lectorado de Teología con los alumnos de la Orden. Alcanza en ésta varios cargos sobresalientes, como los de consultor, visitador general, guardián, provincial, predicador imperial, etcétera. De su gran modestia, en medio de estas preeminencias, se cuenta el siguiente sucedido: "Estando un día predicando a un lucido y majestuoso auditorio, pendiente de sus

labios por la afluencia de sentencias graves y discursos, y entrando su padre en el templo con el traje de un pobre labrador, dijo desde el púlpito: "Señores, ese buen viejo que llega ahí es mi padre; hánganle vuestras mercedes lugar, que me viene a oír." Con cuyo acto de humildad, a vista de concurso tan noble, le dieron el primer asiento, "pasmado de admiración todo el circo", declara en términos ingenuos fray Marcos de Alcalá, que lo cuenta.

Viaja por tierras de Portugal, Francia e Italia, donde asiste a un Capítulo general de la Orden franciscana.

Fallece en el convento de las Descalzas Reales de Madrid, de las que era confesor, en la fecha probable de diciembre del año 1609.

OBRAS:

Triunfos del amor de Dios.

Diálogos de la conquista del espiritual y secreto Reino de Dios.

Lucha espiritual y amorosa. (Reducción de los *Triunfos.*)

Tratado espiritual de cómo el alma ha de traer siempre a Dios presente.

Manual de vida perfecta.

Consideraciones sobre el "Cantar de los Cantares".

Tratado de los soberanos misterios del Santo Sacrificio de la Misa.

FRAY JUAN DE LOS ANGELES

Vergel del ánima religiosa.

Libro de la Pasión de Jesús. (De este libro, que había de tener cuatro partes, sólo dejó impresa la parte primera.)

LUCHA ESPIRITUAL Y AMOROSA ENTRE DIOS Y EL ALMA

De algunas tretas y cautelas de que se ha de aprovechar el alma para rendir a Dios en esta lucha.

Suelen los diestros luchadores usar de algunas tretas y cautelas luchando para derribar a sus contrarios, y es razón, pues este tratado se llama lucha y duelo, sepamos de las que podemos aprovecharnos para triunfar de Dios y rendirle a nosotros en la oración. Guillermo Parisiense dice que de las mismas que usan unos hombres contra otros, que son tres o cuatro. La primera, levantar al adversario en alto, como se dice haberlo hecho Hércules con el hijo de la tierra, porque así levantado fácilmente se derriba y es vencido. La segunda, usar de zancadilla, que es quitarle lo que le sirve de estribo y sobre que hace fuerza, para que faltándole el fundamento caiga. La tercera es cansarle; treta de que se aprovechan los muy ligeros contra los robustos y valientes. La cuarta, dejarse caer sobre él. Lo primero que tenemos de hacer luchando con Dios es levantarlo sobre nosotros. ¿Cómo? Sujetándonos a El con

profunda humildad. "Humillaos debajo de la poderosa mano de Dios —dice San Pedro— (I Pet., 15), para que El os ensalce y levante." De esta treta usó el rey Acab cuando conoció a Dios airado contra sí: humillóse y rindióse todo a Dios; y valióle tanto este artificio que vino el mismo Dios a decir: "Porque se humilló en mi presencia Acab, no verá en sus días el mal que tenía pensado de enviátle" (III Reg., 21). Cosa extraña es, verdaderamente, que levantándonos caemos, y ensalzando y levantando a Dios sobre nosotros prevalecemos contra El y le vencemos. No hay artificio ni máquina tan poderosa para sujetar a Dios a nosotros como sujetarnos a El, la cual sujeción proprísimamente se reduce a la obediencia; y aquel poderoso Dios, debajo de cuyo poder se encorvan y abaten los que sustentan el orbe, suele rendirse y estar obediente a quien le obedece y se le rinde; como de Josué lo cuenta el sagrado texto (Josué, 10): "Detuviéronse el sol y la luna, y toda la máquina de los cielos, obedeciendo Dios a la voz de Josué, hombre como vos y como yo." Y Cristo nuestro Señor dice (Math., 7): "Por la misma medida que midiéredes a Dios habéis de ser medidos de El." Y San Ambrosio: "De ninguno es Dios posesión, ni lo puede ser, sino de aquel que es o fuere posesión suya. Treta es esta de la humildad que vence a Dios y nos hace invencibles al demonio." Refiere San Antonio (San Ant., p. 2, tít. 15, c. 6, § 3) que apareciendo Satanás al glorioso padre Macario

con una afilada guadaña para segarle (si le fuere dado lugar para ello), con gran dolor le dijo: “Mucha violencia me haces, Macario; grandemente me atormentas y no puedo prevalecer contra ti, aunque sufro mayores dolores que tú.” “¿En qué te venzo? —dijo el Santo—. ¿Por ventura en los muchos ayunos, en las largas vigiliass o en los grandes trabajos que padezco?” Respondió el demonio que ninguna cosa de esas le espantaba, porque él velaba de día y de noche, y ayunaba perpetuamente, y sufría los trabajos del infierno. Y replicando el Santo, deseoso de saber en qué le hacía ventaja y le era superior, respondió que en la humildad. “Porque humillándote —dice— me vences a mí y vences a Dios; y como yo no puedo humillarme tengo siempre a Dios contra mí y no prevalezco contra ti.” Por esto se escribe (*Psal.* 37): La soberbia de aquellos que te aborrecieron sube siempre.

La segunda treta es dar traspíe o zancadilla, o quitar el fundamento sobre que estriba y hace fuerza el que lucha. El estribo sobre que Dios estriba cuando lucha con nosotros como con enemigos son los pecados. Y en quitando tan maldito fundamento, luego se nos rinde; de manera que para no hallar resistencia en Dios, cuando nos llegamos a luchar con El por la oración, es necesario desterrar del alma los pecados, sobre los cuales El se funda y se esfuerza contra nosotros; por eso se escribe (*Eccles.*):

Ninguna cosa nos puede dañar si ningún pecado se enseñorea de nosotros.

La tercera treta dijimos que era cansar al enemigo; y tomada así como suenan las palabras vale poco para con Dios, que no puede cansarse; pero considerada con atención es muy a propósito, porque, a la verdad, aunque Dios es incansable e invencible, se cansa y da por vencido de nuestros importunos y perseverantes ruegos y oraciones. Como se rindió a los ruegos y oración perseverante de la Cananea, que como cansado la dijo (Math., 15): *Fiat tibi sicut vis*, y a los del Santo Moisés, cuando pedía perdón por el pueblo (*Exod.*, 23).

CONQUISTA DEL REINO DE DIOS.

Tribulación con paciencia.

DISCÍPULO.—Harto para sentir y llorar es, por cierto, ver lo que los santos hicieron y sufrieron y lo poco o nada que nosotros hacemos o sufrimos. No hay quien pueda con una palabra tantito dura y de disgusto, ni quien se esfuerce a padecer aun cosas muy pequeñas por Cristo. Debe ir mucha parte de esto en los ruines sujetos que hay ahora, y en los tiempos tan otros de los pasados. Que antiguamente con cinco higos o dátiles se sustentaban los siervos de Dios, y

con raíces de hierbas vivían cien años en los desiertos. Ahora somos flaquísimos y de cortas vidas, y los mantenimientos de muy poco sustento y virtud, y al fin el mundo se va llegando a la vejez, y le ha de faltar el calor de la viva fe. Que aun allá, dijo Cristo (*Luc. 18*): “¿Pensáis que cuando venga el Hijo del hombre habrá fe sobre la tierra?”

MAESTRO.—A muchos he oído esa razón tuya, y aun leídola en un moderno de no pequeña autoridad, y ojalá él no tuviera tanta, que no se le diera ningún crédito en el particular; pero yo creo que mi razón deshará tu opinión y la suya. Bien habrás leído lo que el Apóstol San Pablo escribe a los hebreos (*Heb., 13*): “Acordaos —dice— de vuestros preladados y padres antiguos, los cuales os predicaron y enseñaron el Evangelio, y mirad el fin que tuvo su conversación, cómo conversaron y vivieron y cómo acabaron. Y esto ¿para qué? Para que imitéis su fe. Conviene, a saber, la que tuvieron con Cristo, por quien sufrieron tantos trabajos y padecieron tantas tribulaciones y perdieron las vidas. Pregunto yo ahora: ¿Sería bueno que tales obras como éstas las atribuyésemos a la calidad de los sujetos, o a la diversidad de los tiempos, o a la mucha o poca virtud de los manjares? No, por cierto, porque dice el Señor (*Joan., 15*): “Sin mí ninguna cosa podéis hacer; conviene, a saber, meritoria y digna de la vida eterna. No se olvidó el Apóstol del fundamento de toda

buena obra, porque luego que nos mandó imitar las de los santos, añadió: *Jesus Christus heri et hodie, ipse et in saecula*: Jesucristo ayer y hoy, y el mismo en los siglos. Quiere decir que por la virtud de Jesucristo y con el favor de su gracia hicieron los santos lo que hicieron y hacemos nosotros y han de hacer los que nos siguieren todo lo que fuere digno de Dios. De manera que, según esto, es engaño muy grande decir que en las cosas naturales estuviese el aventajarse los Santos pasados a los que ahora vivimos, o que falte en Dios, que entonces les favorecía, el poder ni el querer para nosotros que tuvo para ellos. Verdad es que el mundo está ya en lo último y allegado a la decrepita, porque aun en materia de virtud se hallan en él cien mil novedades y disparates nunca vistos, y en materia de pecados no tienen número las invenciones que cada día salen, como diremos adelante, ni hay teólogos que agoten sus dificultades; y así me persuado que los santos de la fama, los generales y capitanes del pueblo cristiano y los de la mesa redonda ya pasaron, y que la gente que ahora se hace para el cielo es de a pie, gente menuda, gente feminada y de melcocha, que ni un papirote saben sufrir por Dios. Todos habemos dado en ser galenistas y filósofos y procuradores solícitos de la salud corporal, y vivimos con cien mil reglas de prudencia acerca del sueño, que sea de siete horas; de la comida, que sea buena y regalada; de la

cama, que no sea dura para que descanse el cuerpo; del rato de conversación, porque nos opilemos; de la visita, porque no parezcamos salvajes; de la urbanidad y término cortesano, porque no seamos enfadosos al mundo. Al fin, la virtud en estos desdichados tiempos no tiene sino la armadura o esqueleto, que lo demás casi todo es prudencia de carne enemiga de Dios.

(Diálogo IV, cap. V.—Puerta tercera.)

SAN JUAN DE LA CRUZ.



Sant Juan de la Cruz.

Colección de estampas de la Biblioteca Nacional de Madrid

SAN JUAN DE LA CRUZ

Nace en Fontiveros (Avila), en 1542, ignorándose en qué mes y día. Algunos tienen como fecha cierta la del 24 de junio. Fué su padre Gonzalo de Yepes, cuya noble familia había dado al mundo canónigos, obispos y un inquisidor. "Los del apellido Yepes muy buenos y muy antiguos solariegos de la villa de Yepes", declara un viejo manuscrito. Fué su madre Catalina Alvarez, de humilde y honrada familia, tan hermosa ella y agradable que, según cuentan, luego que la vió Gonzalo, al punto se rindió enamorado y decidió tomarla por esposa; lo que hizo contra la oposición de los suyos a esta unión desigual.

De este matrimonio nacen tres hijos, uno de ellos Juan, el que había de ser altísimo poeta de la Mística española. Mas pronto la felicidad primera conviértese en dificultades para la vida, y Gonzalo de Yepes se encuentra en situación de sostener trabajosamente el hogar acudiendo a su oficio de tejedor, que enseña a su hijo mayor, Francisco.

Pocos años después fallece Gonzalo, y deja a la familia en desamparo y miseria. La infeliz viuda pasa grandes trabajos y pretende dar oficio al hijo

menor, quien prueba, sucesivamente, los de carpintero, sastre, entallador y pintor. La necesidad apremia, y Catalina decide trasladarse a la villa de Arévalo, donde viven todos durante algún tiempo, sostenidos con los modestos ingresos de Francisco. En Medina del Campo, a cuya floreciente villa pasan en fecha que no es dado precisar, logran mejor fortuna, aplicándose la madre y el hijo mayor a la tarea de tejer tocas de seda.

Juan asiste entretanto al colegio de los niños de la Doctrina, donde en breve tiempo aprende a leer y escribir y se gana el afecto de las monjas, que le confían la colecta para el sostenimiento de la institución. Pasa luego como monacillo al convento de la Penitencia y, seguidamente, al Hospital de San Antón, llevado por el caballero Alonso Alvarez de Toledo, hombre retirado del mundo y consagrado a obras de beneficencia y caridad, quien a su vez le encarga de pedir limosna para los pobres. El escaso tiempo sobrante se dice que lo ocupaba en hacer tallas de madera, con preferencia cruces y cristos.

En tal grado estiman a Juan en este hospital de bubas que le dan licencia para asistir al colegio de la Compañía de Jesús, donde se forma intelectual y moralmente. Entre los años 1558 y 1561 se cree fué alumno del padre Juan Bonifacio, jesuita de gran renombre y maestro en edad juvenil. Juan de Yepes tiene quince años en los comienzos de este su discipulado, durante el cual logra una sólida pre-

paración en Latín, Filosofía, Retórica, Artes y en materia de exposición y argumentación. No por ello descuida sus obligaciones de enfermero, “y contaban en el hospital que andándole a buscar de noche no le podían hallar, y al cabo venían a verle entre las tinadas de los manojos estudiando”.

Terminados los estudios del colegio, su protector don Alonso Alvarez de Toledo le hace varias ofertas que declina reconocido, pues quiere vestir el hábito del Carmen; lo que hace en el convento de Santa Ana, de Medina, a la edad de veintiún años, tomando el nombre de Juan de Santo Matías. No tarda en desear otra Orden para someterse a mayor rigor; mas no lleva adelante el propósito de hacerse cartujo, sino que se traslada a Salamanca, el año 1564.

Ya en la ciudad universitaria Juan de Santo Matías asiste en el colegio carmelitano de San Andrés a las enseñanzas de Teología, y aparece inscrito en los registros de matrícula durante los cursos de 1564 a 1568. En 1567 ocurre su encuentro en Medina del Campo con Teresa de Jesús, suceso que ésta recoge en el capítulo III de su *Libro de las Fundaciones*: “Poco después acertó a venir allí un padre de poca edad, que estaba estudiando en Salamanca, y él fué con otro por compañero, el cual me dijo grandes cosas de la vida que este padre hacía. Llámase fray Juan de la Cruz. Yo alabé a Nuestro Señor, y hablándole contentóme mucho y supe de él cómo se quería también ir a los Cartujos. Yo le dije lo que

pretendía, y le rogué mucho esperase hasta que el Señor nos diese monasterio y el gran bien que sería, si había de mejorarse, ser en su misma Orden, y cuanto más serviría al Señor. El me dió la palabra de hacerlo, con que no se tardase mucho."

Quizá frecuente en Salamanca la cátedra del Brocense, de 1566 a 1567. Cabe preguntar si conoce a fray Luis de León, entonces profesor de aquella Escuela, y si recibe de él ejemplo en su disposición contemplativa. Ello resulta probable si advertimos que fray Luis muere el 23 de agosto de 1591 y Juan de la Cruz en el mes de diciembre siguiente; lo que habla de coincidencia de las dos vidas, reunidas temporalmente en la ciudad del Tormes. Fray Juan es elegido Prefecto de los Estudiantes y llega a dar lecciones para ellos. Asiste a la biblioteca de las Escuelas Mayores, abundante en libros raros, y existen motivos para afirmar que lee las obras de Garcilaso, cuya influencia en su poesía es notoria.

El período salmantino, después de su alumnado en Medina, da a Juan de Santo Matías la cultura que había de servirle para la vida, si hemos de creer a los que, refiriéndose a tiempos posteriores, aseguran que "con ser hombre docto no había en su celda más libros que una biblia, donde decía que hallaba cuanto había menester, y si había menester ver algún otro libro lo tomaba de la librería común y lo volvía luego a ella".

Durante los cuatro años participa en la vida es-

colar y social de Salamanca. Entonces nace en él el deseo de acogerse a la severa paz de la regla cartujana, propósito que viene a detener en su realización el encuentro con Teresa de Jesús en Medina. Tiene la doctora mística en aquella fecha cincuenta y dos años, y había escrito ya su *Vida*, las tres primeras *Relaciones* y la primera versión de *Camino de Perfección*. Juan de Santo Matías se halla en los veinticinco años y manifiesta una bien labrada personalidad, que sabe afirmarse ante el influjo de Teresa de Jesús.

Sucede entonces que ésta recibe la donación de una humilde casita en Duruelo, pueblo insignificante de la provincia de Avila, a cuarenta y ocho kilómetros de la capital, en el camino que da a Peñaranda de Bracamonte. La madre Teresa decide confiar a fray Juan, en el otoño de 1568, el establecimiento del primer convento carmelitano reformado de frailes en aquel lugar, adonde pocas semanas después se le reúnen fray Antonio de Heredia y un carmelita de Medina del Campo. El futuro santo cambia entonces su nombre religioso por el de fray Juan de la Cruz. "Tardóse poco en aderezar la casa —escribe la Fundadora—, porque no había dinero, aunque quisieran hacer mucho. Acabado, el padre fray Antonio renunció su priorazgo con harta voluntad, y prometió la primera Regla, que aunque le decían lo probase pri-

mero, no quiso. Ibase a su casita con el mayor contento del mundo; ya fray Juan estaba allá.”

En junio de 1570 trasladan el monasterio de Duruelo a Mancera, donde les hiciera casa el caballero don Luis de Toledo, señor de aquel pueblo y de las Cinco Villas. Antes, en julio de 1569, había sido abierto el monasterio de Pastrana, y allá envía Teresa de Jesús a fray Juan, en octubre de 1570, como maestro de novicios. En abril de 1571 pasa a Alcalá de Henares, para fundar y regir el Colegio Carmelitano. Fray Juan es entonces el maestro que trasmite una doctrina —escribe Baruzi—, el hombre que se entrega a la propagación de una fe ardiente y profunda. La relación con Teresa de Jesús y la influencia recíproca que se da en ellos manifiéstase de un modo continuado de 1572 a 1577, en cuyo tiempo ambos alcanzan la plenitud de la disposición contemplativa.

Como es sabido, la reforma carmelitana, encaminada a volver la Orden a su primitiva estrechez y pureza, motiva la oposición de los religiosos mitigados —los del Paño, según los llama graciosamente la Fundadora— en términos tan excitados que llegan a coger violentamente a fray Juan de la Cruz y a otro padre en la noche del 3 al 4 de diciembre de 1577 y llevarlo prisionero al convento de los carmelitas mitigados, en Toledo. Al saberlo Teresa decide escribir al rey Felipe II, protestando contra semejante atropello: “A mí me tienen muy lastimada verlos

en sus manos, que ha días que lo desean; y tuviera por mejor que estuvieran entre moros, porque quizá tuvieran más piedad. Y este fraile, tan siervo de Dios, está tan flaco, de lo mucho que ha padecido, que temo su vida. Por amor de Nuestro Señor suplico a vuestra magestad mande que con brevedad lo rescaten y que se dé orden como no padezcan tanto con los del Paño estos pobres Descalzos todos, que ellos no hacen sino callar y padecer, y ganan mucho; mas dase escándalo en los pueblos.” Antes de que se conozca la intervención del rey, fray Juan logra huir de la prisión en la noche del 16 de agosto de 1578. “Yo le digo —escribe Teresa al padre Jerónimo Gracián— que traigo delante lo que han hecho con fray Juan de la Cruz, que no sé cómo sufre Dios cosas semejantes; que aún vuestra paternidad no lo sabe todo. Todos nueve meses estuvo en una carcelilla, que no cabría bien, con cuan chico es, y en todos ellos no se mudó la túnica, con haber estado a la muerte. Tres días antes que saliese le dió el superior una camisa suya y unas disciplinas recias. ¡Y sin verle nadie! Tengo una envidia grandísima. A osadas que halló Nuestro Señor caudal para tal martirio, y que es bien que se sepa para que se guarden más de esta gente. Dios los perdone. Amén.”

Lejos de apocarle la oscuridad y tristeza de la cárcel toledana, sirven a fray Juan de la Cruz para elevarlo sobre las miserias humanas y para que manifieste sus anhelos en forma de belleza no superada:

“¡Que bien sé yo la fuente que mana y corre,
aunque es de noche!
Aquella eterna fuente está escondida.
¡Que bien sé yo do tiene su manida,
aunque es de noche!”

La oposición entre Descalzos y Mitigados y el favor que éstos alcanzan de las autoridades eclesiásticas ocasiona, entre otras medidas, el destierro de fray Juan en el otoño de 1578 a un monasterio situado en la umbrosa soledad del Calvario, cerca de Beas de Segura. Aquí el poeta —dice un manuscrito— gozaba sin medida de la vista del cielo y de la vista de tanta multiplicidad de yerbas, plantas y cosas de aquella selva. Y aunque desde la ventana de su celda gozaba de toda esta variedad de cosas, con todo eso algunas veces, para gozar él y para que gozasen más sus religiosos a sus anchuras de este convite de las criaturas, sacaba sus religiosos a tener las horas de oración a aquellos bosques y espesuras...

Después del duro sufrir de Toledo halla cierta satisfacción confortadora en sus deberes de padre espiritual de las monjas de Beas, según podemos deducir de algunas noticias: “El tiempo que nuestro Santo Padre vivió en este monasterio del Calvario, los sábados y otras vísperas de fiestas tomaba su báculo y un compañero, y atravesando dos leguas de soledad y monte iba a la villa de Beas a confesar y enseñar en el convento de descalzas carmelitas.”

En junio de 1579 le envían a Baeza como director

del Colegio carmelitano, y nuevamente decae su ánimo, bien que sepa llenar su obligación docente y mantener relación provechosa con el profesorado de la Escuela universitaria allí establecida.

De Baeza trasládase a Granada, en enero de 1582, por haber sido nombrado Prior de los Carmelitas Descalzos de esta ciudad. Juan de la Cruz produce allí la mayor parte de su obra, favorecida acaso la inspiración por la magnificencia del lugar, donde la tierra y el cielo compiten en belleza; aunque Guiseppe de Luca observa en su "*San Giovanni della Croce. Aforismi e Poesia*" que la naturaleza le dice poco, y las imágenes admirables nacen principalmente de las lecturas y de la propia fantasía...

Teresa de Jesús muere el 4 de octubre de 1582, y con ella desaparece el espíritu auténtico de la reforma, la cual halla pronto graves dificultades para el avance. Juan de la Cruz procura evitar el daño con actividad celosa, y logra personalmente algún recogimiento en el priorato de Segovia; mas pronto se ve nuevamente perseguido y obligado a confinarse en el desierto de la Peñuela, Jaén, desde donde escribe: "Las cosas que no dan gusto, por buenas y convenientes que sean, parecen malas y adversas, y ésta vese bien que no lo es, ni para mí ni para ninguno. pues en cuanto para mí es muy próspera, porque con libertad y descargo de almas puedo, si quiero (mediante el divino favor), gozar de la paz, de la soledad y del fruto deleitable del olvido de sí y de todas

las cosas; a los demás también les está bien tenerme aparte, pues así estarán libres de las faltas que habían de hacer a cuenta de mi miseria." Su vida en aquel apartado lugar alcanza el grado más alto de elevación contemplativa y de renuncia, pues consta se iba muy de madrugada a la huerta, donde permanecía en oración, de rodillas, hasta las nueve o las diez, a cuya hora celebra misa. El resto del día lo emplea también en ejercicios devotos y en escribir cosas piadosas, aun cuando no existe prueba cierta de ello, ni tampoco de que hiciera entonces una nueva versión de la *Llama*.

El día 21 de septiembre de 1591 escribe a Ana de Peñalosa: "Mañana me voy a Ubeda a curar unas calenturas, que como ha más de ocho días que me dan cada día y no se me quitan, paréceme habré menester ayuda de medicinas." Algunas semanas después, el 14 de diciembre, la muerte trae a fray Juan de la Cruz la paz en sus sufrimientos.

OBRAS:

Subida del Monte Carmelo.

Noche oscura del alma.

Cántico espiritual.

Llama de amor viva.

Cartas espirituales.

Devotas poesías.

EPISTOLARIO

Carta a la Madre Magdalena del Espíritu Santo, religiosa del Convento de Córdoba.

Jesús sea en su alma, mi hija en Cristo. Holgado me he de ver sus buenas determinaciones, que muestra por su carta. Alabo a Dios que provee en todas las cosas, porque bien las habrá menester en estos principios de fundaciones para calores, estrechuras, pobrezas y trabajar en todo, de manera que no se advierta si duele o no duele. Mire que en estos principios quiere Dios almas, no haraganas ni delicadas, ni menos amigas de sí, y para esto ayuda su Majestad más en estos principios; de manera que con un poco de diligencia pueden ir adelante en toda virtud; y ha sido grande dicha y signo de Dios dejar otras y traerla a ella. Y aunque más le costara lo que deja, no es nada, que eso presto se había de dejar, así como así; y para tener a Dios en todo conviene no tener en todo nada, porque el corazón que es de uno, ¿cómo puede ser del todo de otro? A la hermana Juana, que digo lo mismo, y que me encomiende a Dios, el cual sea en su alma, amén. De Segovia y julio 28 de 1589.—Fray Juan de la Cruz.

A la madre Ana de Jesús, religiosa carmelita descalza del convento de Segovia, en que la consuela de que a él no le hubiesen hecho prelado.

Jesús sea en su alma. El haberme escrito le agradezco mucho, y me obliga a mucho más de lo que yo me estaba. De no haber sucedido las cosas como ella deseaba, antes debe consolarse y dar muchas gracias a Dios, pues habiéndolo Su Majestad ordenado así, es lo que a todos más nos conviene; sólo resta aplicar a ello la voluntad, para que, así como es verdad, nos lo parezca; porque las cosas que no dan gusto, por buenas y convenientes que sean, parecen malas y adversas, y ésta vese bien que no lo es ni para mí ni para ninguno, pues en cuanto para mí es muy próspera, porque con la libertad y descargo de almas puedo, si quiero (mediante el divino favor), gozar de la paz de la soledad y del fruto delectable del olvido de sí y de todas las cosas, y a los demás también les está bien tenerme aparte, pues así estarán libres de las faltas que habían de hacer a cuenta de mi miseria. Lo que la ruego, hija, es que ruegue al Señor que de todas maneras me lleve esta merced adelante, porque todavía temo si me han de hacer ir a Segovia y no dejarme tan libre del todo. Aunque yo haré por librarme cuanto pudiere también de esto: mas si no puede ser tampoco se habrá librado la ma-

dre Ana de Jesús de mis manos, como ella piensa, y así no se morirá con esta lástima de que se acabó la ocasión, a su parecer, de ser muy santa. Pero ahora sea yendo, ahora quedando, do quiera y como quiera que sea, no la olvidaré ni quitaré de la cuenta que dice, porque con veras deseo su bien para siempre. Ahora, en tanto que Dios nos le da en el cielo, entreténgase ejercitando las virtudes de mortificación y paciencia, deseando hacerse en el padecer algo semejante a este gran Dios nuestro, humillado y crucificado, pues que esta vida, si no es para imitarle, no es buena. Su Majestad la conserve y aumente en su amor, amén, como a santa amada suya. De Madrid y julio 6 de 1591.—Fray Juan de la Cruz.

LLAMA DEL AMOR VIVA.

Prólogo.

Alguna repugnancia he tenido en declarar estas cuatro canciones que me han pedido, por ser de cosas tan interiores y espirituales para las cuales comúnmente falta lenguaje, porque lo espiritual excede al sentido, y háblase mal de las entrañas del espíritu si no es con entrañable espíritu. Y así, por el poco que hay en mí lo he diferido hasta ahora. Pero ahora, que parece que el Señor ha abierto un poco la noticia y dado algún calor de espíritu, me he anima-

do a hacerlo, sabiendo cierto que de mi cosecha nada que haga al caso diré en nada, cuanto más en cosas tan subidas y sustanciales. Por eso no será mío sino lo malo y errado que en ello hubiere; y así lo sujeto todo a mejor parecer y al juicio de nuestra santa madre la Iglesia Católica romana, con cuya regla nadie yerra. Y con este presupuesto, arrimándome a la divina Escritura (advirtiendo que todo lo que se dijere es mucho menos de lo que pasa en aquella íntima unión con Dios), me atreveré a decir lo que supiere.

Y no hay que maravillar que haga Dios tan altas y tan extrañas mercedes a las almas que él da en regalar, porque si consideramos que es Dios y que las hace como Dios y con infinito amor y bondad, no nos parecerá fuera de razón, pues El dijo que en el que amase vendrían el Padre, y Hijo, y Espíritu Santo, y harían morada en él; lo cual había de ser haciéndole a él vivir y morar en el Padre, Hijo y Espíritu Santo en vida de Dios, como da a entender el alma en estas canciones. Porque aunque en las canciones que arriba declaramos hablamos del más perfecto grado de perfección a que en esta vida se puede llegar, que es la transformación en Dios, todavía estas canciones tratan del amor, ya más calificado y perfeccionado en ese mismo estado de transformación. Porque aunque es verdad que lo que éstas y aquéllas dicen, todo es un estado de transformación, y no se puede pasar de allí en cuanto tal, pero puede con el

tiempo y ejercicio calificarse y sustanciarse mucho más en el amor. Bien así como, aunque habiendo entrado el fuego en el madero, le tenga transformado en sí y esté ya unido con él, todavía, aferrándose más el fuego y dando más tiempo en él, se pone mucho más candente e inflamado, hasta centellear fuego de sí y llamcar. Y en este encendido grado se ha de entender que habla el alma aquí ya transformada y calificada interiormente en fuego de amor, que, no sólo está unida con este divino fuego, sino que hace ya viva llama en ella, y ella así lo siente y así lo dice en estas canciones con íntima y delicada dulzura de amor, ardiendo en su llama...

CANCIONES

¡Oh llama de amor viva,
qué tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquivá,
acaba ya, si quieres,
rompe la tela de este dulce encuentro.

¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
que a vida eterna sabe
y toda deuda paga!
Matando, muerte, en vida la has trocado.

¡Oh lámpara de fuego,
En cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,

que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto a su querido!

¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente sólo moras!
Y en tu aspirar sabroso,
de bien y gloria lleno,
¡cuán delicadamente me enamoras!

Declaración de la primera Canción.

Sintiéndose ya el alma toda inflamada en la divina unión y sintiendo correr de su vientre los ríos de agua viva que dijo Cristo Nuestro Señor que saldrían de semejantes almas, parécele que, pues con tanta fuerza está transformada en Dios, y tan altamente de él poseída, y con tan grandes riquezas de dones y virtudes arreada, que está tan cerca de la bienaventuranza que no la divide sino una leve y delicada tela. Y como ve que aquella llama delicada de amor que en ella arde, cada vez que la está embistiendo, la está como glorificando con suaves premisas de gloria, tanto que cada vez que la absorbe y embiste le parece que le va a dar la vida eterna y a romper la tela de la vida mortal, dice con gran deseo a la llama, que es el Espíritu Santo, que rompa ya la vida mortal en aquel dulce encuentro en que de veras le acabe de comunicar lo que parece que se le va a dar, que es glorificarla entera y perfectamente; y así dice: “¡Oh llama de amor viva!”

Declaración de la Canción segunda.

En esta canción da a entender el alma cómo las tres personas de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, son las que hacen en ella esta divina obra de unión, y así la *mano*, y el *cauterio*, y el *toque* en sustancia son una misma cosa, y pónelos estos nombres por cuanto por el efecto que hace cada una en proporción les conviene. El *cauterio* es el Espíritu Santo, la *mano* es el Padre y el *toque* es el Hijo; y así engrandece aquí el alma al Padre, Hijo y Espíritu Santo, encareciendo tres grandes mercedes y bienes que en ella hacen por haber ya trocado su muerte en vida, transformándola en sí. La primera es *llaga regalada*, y ésta atribuye al Espíritu Santo, y por eso la llama *cauterio*: la segunda es *gusto de vida eterna*, y ésta atribuye al Hijo, y por eso le llama *toque delicado*; la tercera es *dádiva*, con que queda muy bien pagada el ánima, y ésta atribuye al Padre, y por eso la llama *mano blanda*. Y aunque aquí nombre las tres personas por causa de las propiedades de los efectos, sólo con una esencia habla, diciendo: “En vida las has trocado”; porque todas ellas obran en uno, y todo lo atribuye a uno y todo a todas.

Declaración de la Canción tercera.

Grandemente es menester el favor de Dios para declarar la profundidad de esta canción, y mucha ad-

vertencia del que la fuere leyendo; que, si no tiene experiencia, le será harto oscuro lo que en ella se trata, como si por ventura la tuviese le sería claro y gustoso.

En esta Canción íntimamente agradece el alma a su Esposo las grandes mercedes que de la unión con él ha recibido, dándole por medio de ella muchas y muy subidas noticias de sí mismo, con las cuales alumbradas y enamoradas las potencias y sentidos de su alma, que antes de esta unión estaba oscuro y ciego, están esclarecidas con calor de amor para corresponder, ofreciendo esa misma luz y amor al que las encendió y enamoró, infundiendo en ella dones tan divinos; porque el amante verdadero entonces está contento cuando todo lo que él es, y vale, y puede valer, y lo que tiene y puede tener lo emplea en el Amado, y cuanto ello más es, más gusto recibe en darlo, y de eso se goza aquí el alma, porque de los resplandores y amor que recibe pueda ella resplandecer delante de su Amado y amarle.

Declaración de la Canción cuarta.

Conviértese el alma aquí a su Esposo con mucho amor, estimándole y agradeciéndole dos efectos admirables que El a veces en ella hace por medio de esta unión, notando también el modo con que los hace y el efecto que en ella redundan de esto. El primer efecto es recuerdo de Dios en el alma, y el modo

con que éste se hace es mansedumbre y amor. El segundo es aspiración de Dios en el alma, y el modo de éste es de bien y gloria que se le comunica en la aspiración. Y lo que de aquí en el alma redundaba es enamorarla delicada y tiernamente; y así es como si dijera: El recuerdo que haces, ¡oh Verbo Esposo!, en el centro y fondo de mi alma, en que secreta y calladamente solo, como solo Señor de ella, mora, no sólo como en tu casa, ni sólo como en tu mismo lecho, sino también como en mi propio seno íntima y estrechamente unido, ¡cuán mansa y amorosamente le haces! (esto es, grandemente manso y amoroso). Y es la sabrosa aspiración que en este recuerdo tuyo haces sabrosa para mí, que está llena de bien y gloria; ¡con cuánta delicadeza me enamoras y aficionas de ti! En lo cual toma el alma la semejanza del que cuando recuerda de su sueño respira; porque a la verdad ella así lo siente.

SUBIDA AL MONTE CARMELO.

Prueba cómo es necesario para llegar a la divina unión carecer el alma de todos los apetitos, por pequeños que sean.

Parece que ha mucho que el lector desea preguntar que si es de fuerza para llegar a este alto estado de perfección haya de haber precedido mortificación total en todos los apetitos, chicos y grandes; y que si

bastara mortificar algunos de ellos y dejar a otros, a lo menos aquellos que parecían de poco momento. Porque parece cosa recia y muy dificultosa poder llegar el alma a tanta pureza y desnudez que no tenga voluntad ni afición a ninguna cosa. A esto se responde: lo primero, que es verdad que no todos los apetitos son tan perjudiciales unos como otros, ni embarazan al alma todos en igual grado (hablo de los voluntarios), porque los apetitos naturales poco o nada impiden al alma para la unión cuando no son consentidos ni pasan de primeros movimientos...

...Pero algunos hábitos de voluntarias imperfecciones, en que nunca acaban de vencerse, no solamente impiden la divina unión, pero el ir adelante en la perfección. Estas imperfecciones habituales son como una costumbre de hablar mucho, un asimientillo a alguna cosa, que nunca acaba de querer vencer, así como a persona, vestido, libro, celda, tal manera de comida y otras conversaciones y gustillos en querer gustar de las cosas, saber y oír, y otras semejantes. Cualquiera de estas imperfecciones, en que tenga el alma asimiento y hábito, es tanto daño para poder crecer y ir adelante en la virtud que si cayese cada día en otras muchas imperfecciones, aunque fuesen mayores, que no proceden de ordinaria costumbre de alguna mala propiedad, no le impedirían tanto cuanto tener el alma asimiento a alguna cosa; porque en tanto que le tuviere,

excusado es que pueda llegar a la perfección, aunque la cosa sea muy mínima. Porque ¿qué se me da que esté una ave asida a un hilo delgado que a un grueso? Porque, aunque sea delgado, asida se estará a él en tanto que no le quebrare para volar. Verdad es que el delegado es más fácil de quebrar; pero, por fácil que es, si no lo quiebra, no volará. Y así es el alma que tiene asimiento a alguna cosa que, por más virtudes que tengan no llegará a la libertad de la divina unión; porque apetito y asimiento del alma tiene la propiedad que dicen tiene la rémora con la nave, que, con ser un pez muy pequeño, si acierta a pegarse a la nave la tiene tan queda que no la deja navegar. Y así, es lástima ver algunas almas como unas ricas naos cargadas de riquezas de obras y ejercicios espirituales, virtudes y mercedes que Dios les hace, y por no tener ánimo para acabar con algún gustillo, asimiento o afición (que todo es uno), nunca pueden llegar al puerto de la unión perfecta, que no estaba en más que en dar un buen vuelo y acabar de quebrar aquel hilo de asimiento o quitar aquella rémora del apetito. Cierto es mucho de sentir que haya Dios hécholes quebrar otros cordeles más gruesos de aficiones de pecados y vanidades; y por no desasirse de una niñería que les dejó Dios que venciesen por amor de él, que no es más que un hilo, dejen de ir adelante y llegar a tanto bien; y lo peor es que, por aquel asimiento, no sólo no van

adelante, sino que en materia de perfección vuelven atrás, perdiendo algo de lo que con tanto trabajo habían ganado; porque ya se sabe que, en este camino espiritual, el no ir adelante venciendo es volver atrás; y el no ir ganando es ir perdiendo...

De la manera y modo que ha de tener el alma para entrar en esta noche del sentido por fe.

...Estos avisos que aquí se siguen de vencer los apetitos, aunque son breves y pocos, yo entiendo que son tan provechosos y eficaces como compendiosos; de manera que el que de veras se quisiere ejercitar en ellos no le harán falta otros ningunos, antes éstos los abrazan todos.

Lo primero, traiga un ordinario cuidado y afecto de imitar a Cristo en todas las cosas, conformándose con su vida, la cual debe considerar para saberla imitar y haberse en todas las cosas como se hubiera él.

Lo segundo, para poder bien hacer esto, cualquier gusto que se le ofreciere a los sentidos, como no sea puramente para gloria y honra de Dios, renúncielo y quédese vacía de él por amor de Jesucristo, el cual en esta vida no tuvo otro gusto, ni le quiso, que hacer la voluntad de su Padre; lo cual llamaba él su comida y manjar. Pongo ejemplo: si se le ofreciere gusto en oír cosas que no importan para el servicio de Dios, ni las quiera gustar ni las quiera

oir; y si le diera gusto mirar cosas que no le lleven más a Dios, ni quiera el gusto ni mirar las tales cosas; y si en hablar o en otra cualquier cosa se le ofreciere, haga lo mismo; y en todos los sentidos ni más ni menos en cuanto lo pudiere excusar buenamente; porque, si no pudiere, basta que no quiera gustar de ello, aunque estas cosas pasen por él. Y de esta manera ha de procurar dejar luego mortificados y vacíos de aquel gusto a los sentidos como a oscuras, y con este cuidado en breve aprovechará mucho.

Y para mortificar y apaciguar las cuatro pasiones naturales, que son gozo, esperanza, temor y dolor, de cuya concordia y pacificación salen estos y los demás bienes, es total remedio lo que se sigue y de gran merecimiento, y causa de grandes virtudes.

Procure siempre inclinarse no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso;

No a lo sabroso, sino a lo más desabrido;

No a lo más gustoso, sino a lo que no da gusto;

No a lo que es consuelo, sino antes al desconsuelo;

No a lo que es descanso, sino a lo trabajoso;

No a lo más, sino a lo menos;

No a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciado;

No a lo que es querer algo, sino a no querer nada;

No a andar buscando lo mejor de las cosas, sino

lo peor, y desear entrar en toda desnudez y vacío y pobreza por Cristo de todo cuanto hay en el mundo. Y estas obras conviene las abrace de corazón y procure allanar la voluntad en ellas; porque, si de corazón las obra, muy en breve vendría a hallar en ellas gran deleite y consolación, obrando ordenada y discretamente.

Lo que está dicho, bien ejercitado, basta para entrar en la noche sensitiva; pero, para mayor abundancia, diremos otra manera de ejercicio que enseña a mortificar de veras el apetito de la honra, de que se originan otros muchos.

Lo primero, procurará obrar en su desprecio y deseará que los otros lo hagan.

Lo segundo, procurará hablar en su desprecio y procurará que los otros lo hagan.

Lo tercero, procurará pensar bajamente de sí en su desprecio y deseará que los demás lo hagan...

POESÍAS

Canciones.

Del alma que se goza de haber llegado al alto estado de la perfección, que es la unión con Dios por el camino de la negación espiritual.

En una noche oscura
con ansias en amores inflamada,

¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada:
a oscuras y segura,
por la secreta escala, disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!
a oscuras, y en celada,
estando ya mi casa sosegada.
En la noche dichosa,
en secreto que nadie me veía
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía,
aquésta me guiaba
más cierto que la luz de mediodía,
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.
¡Oh noche, que guiaste,
oh noche amable, más que el alborada!
¡Oh noche, que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!
En mi pecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.
El aire del almena,
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.
Quédeme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.



CÁNTICO ESPIRITUAL.

Canciones entre el alma y el esposo.

ESPOSA.

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dexaste con gemido?
Como el ciervo huíste
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.

Pastores los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
decilde que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

¡Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras
de flores esmaltado,
decid si por vosotros ha pasado!

CRÍATURAS.

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

ESPOSA.

¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero;
no quieras enviarme

de hoy más ya mensajero
que no saben decirme lo que quiero.
Y todos cuantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan
y déjanme muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.

Mas, ¿cómo perseveras,
¡oh vida!, no viviendo donde vives,
y haciendo porque mueras
las flechas que recibes
de lo que del Amado en ti concibes?

¿Por qué, pues, has llagado
aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿por qué así lo dejaste
y no tomas el robo que robaste?

Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta a deshacellos,
y véante mis ojos.
pues eres lumbre dellos
y sólo para ti quiero tenellos.

Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor no bien se cura
sino con la presencia y la figura.

¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!

Apártalos, Amado,
que voy de vuelo.

Esposo,

Vuélvete, paloma,
que el ciervo vulnerado

por el otero asoma,
al aire de tu vuelo, y fresco toma.

ESPOSA.

Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos.

La noche sosegada
en par de los levantes del aurora
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora.

Cazadnos las raposas,
que está ya florecida nuestra viña,
en tanto que de rosas
hacemos una piña,
y no parezca nadie en la montiña.

Detente, cierzo muerto;
ven, austro, que recuerdas los amores;
aspira por mi huerto
y corran tus olores,
y pacerá el Amado entre las flores.

18. ¡Oh ninfas de Judea!
En tanto que en las flores y rosales
el ámbar perfumea,
morá en los arrabales
y no queráis tocar nuestros umbrales.

Escóndete, Carillo,
y mira con tu haz a las montañas
y no quieras decillo;
mas mira las compañías
de la que va por ínsulas extrañas.

ESPOSO.

A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,

montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores,
y miedos de las noches veladores.

Por las amenas liras
y canto de serenas os conjuro
que cesen vuestras iras
y no toquéis al muro,
porque la Esposa duerma más seguro.

Entrádose ha la Esposa
en el ameno huerto deseado
y a su sabor reposa,
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.

Debajo del manzano
allí conmigo fuiste desposada,
allí te di la mano
y fuiste reparada
donde tu madre fuera violada.

ESPOSA.

Nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura tendido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado.

A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino,
al toque de centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino.

En la interior bodega
de mi Amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía,
y el ganado perdí que antes seguía.

Allí me dió su pecho:
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,

y yo le di de hecho
a mí, sin dejar cosa;
allí le prometí de ser su Esposa.

 Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal, en su servicio,
ya no guardo ganado
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio.

 Pues ya si en el egido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido,
que, andando enamorada,
me hice perdidiza y fui ganada.

 De flores y esmeraldas
en las frescas mañanas escogidas
haremos las guirnaldas
en tu amor florecidas
y en un cabello mío entretejidas.

 En sólo aquel cabello
que en mi cuello volar consideraste
mirástele en mi cuello
y en él preso quedaste,
y en uno de mis ojos te llagaste.

 Cuando tú me mirabas
su gracia en mí tus ojos imprimían,
por eso me adamabas
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti vían.

 No quieras despreciarme,
que si color moreno en mí hallaste
ya bien puedes mirarme,
después que me miraste;
que gracia y hermosura en mí dejaste.

 Esposo.

 La blanca palomica
al arca con el ramo se ha tornado,
y ya la tortolica

al socio deseado
en las riberas verdes ha hallado.
En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.

ESPOSA.

Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado,
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.

Y luego a las subidas
cavernas de las piedras nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos.
y el mosto de granadas gustaremos.

Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía;
y luego me darías
allí tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día.

El aspirar del aire,
el canto de la dulce Filomena,
el soto y su donaire
en la noche serena
con llama que consume y no da pena.

Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecía,
y el cerco sosegaba,
y la caballería
a vista de las aguas descendía.

*Cantar del alma que se goza de conocer
a Dios por su fe.*

Que bien sé yo la fuente que mana y corre,
aunque es de noche;

aquella eterna fuente está escondida,
que bien sé yo do tiene su manida,
aunque es de noche.

Su origen no lo sé, pues no le tiene,
mas sé que todo origen de ella viene,
aunque es de noche.

Sé que no puede ser cosa tan bella,
y que cielos y tierra beben de ella,
aunque es de noche.

Bien sé que suelo en ella no se halla;
y que ninguno puede vadealla,
aunque es de noche.

Su claridad nunca es oscurecida,
y sé que toda luz de ella es venida,
aunque es de noche.

Sé ser tan caudalosas sus corrientes,
que infiernos, cielos riegan, y las gentes,
aunque es de noche.

El corriente que nace de esta fuente,
bien sé que es tan capaz y omnipotente,
aunque es de noche.

El corriente que de estas dos procede
sé que ninguna de ellas le precede,
aunque es de noche.

Aquesta eterna fuente está escondida
en este vivo pan por darnos vida,
aunque es de noche.

Aquí se está llamando a las criaturas,
porque desta agua se harten, aunque a oscuras,
porque es de noche.

Aquesta viva fuente, que deseo,
en este pan de vida yo la veo,
aunque es de noche.

Canción de Cristo y el alma.

Un pastorcico solo está penado,
ajeno de placer y de contento,
y en su pastora puesto el pensamiento,
y el pecho del amor muy lastimado.

No llora por haberle amor llagado,
que no le pena verse así afligido,
aunque en el corazón está herido;
mas llora por pensar que está olvidado.

Que sólo de pensar que está olvidado
de su bella pastora, con gran pena
se deja maltratar en tierra ajena,
el pecho del amor muy lastimado.

Y dice el pastorcico: "¡Ay, desdichado
de aquel que de mi amor ha hecho ausencia
y no quiere gozar la mi presencia,
y el pecho por su amor muy lastimado!"

Y a cabo de un gran rato se ha encumbrado
sobre un árbol do abrió sus brazos bellos,
y muerto se ha quedado, asido de ellos,
el pecho del amor muy lastimado.

DEVOTAS POESÍAS.

Coplas del alma que pena por ver a Dios.

Vivo sin vivir en mí¹,
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.

En mí yo no vivo ya,
y sin Dios vivir no puedo;

1 Véase nota en poesía análoga de Santa Teresa.

pues sin él y sin mí quedo,
Este vivir ¿qué será?
Mil muertes se me hará,
pues mi misma vida espero,
muriendo porque no muero.

Esta vida que yo vivo
es privación de vivir;
y así es continuo morir
hasta que viva contigo;
Oye, mi Dios, lo que digo,
que esta vida no la quiero,
que muero porque no muero.

Estando ausente de ti,
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer,
la mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
pues de suerte persevero
que muero porque no muero.

El pez, que del agua sale,
aun de alivio no carece,
que en la muerte que padece
al fin la muerte le vale.
¿Qué muerte habrá que se iguale
a mí vivir lastimero,
pues si más vivo, más muero?

Cuando me pienso aliviar
de verte en el Sacramento
háceme más sentimiento
el no te poder gozar:
todo es para más penar,
por no verte como quiero,
y muero porque no muero.

Y si me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
en ver que puedo perderte

SAN JUAN DE LA CRUZ

se me dobla mi dolor;
viviendo en tanto pavor,
y esperando como espero,
muérome porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que peno por verte,
y mi mal es tan entero,
que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya
y lamentaré mi vida,
en tanto que detenida
por mis pecados está.
¡Oh mi Dios! ¿Cuándo será
cuando yo diga de vero:
Vivo ya porque no muero?

ÍNDICE

	PÁGS.
PRÓLOGO.....	5
FRAY FRANCISCO DE OSUNA.	
Noticia biográfica.....	33
Tercer Abecedario Espiritual.....	37
Sobre el recogimiento.....	42
FRAY ALONSO DE MADRID.	
Noticia biográfica.....	47
Arte para servir a Dios.....	49
FRAY LUIS DE GRANADA.	
Noticia biográfica.....	55
De la Lengua.....	59
De la Luna.....	62
TERESA DE JESÚS.	
Noticia biográfica.....	69
Libro de la Vida.....	78
Castillo interior o las Moradas.....	96
Libro de las Fundaciones.....	101
Epistolario.....	109
Poesías.....	121
FRAY LUIS DE LEÓN.	
Noticia biográfica.....	129

MÍSTICOS ESPAÑOLES

	PÁGS.
Los nombres de Cristo.....	132
Poesías.....	143
MALÓN DE CHAIDE.	
Noticia biográfica.....	153
La conversión de la Magdalena.....	156
FRAY JUAN DE LOS ANGELES.	
Noticia biográfica.....	165
Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el Alma.....	168
Conquista del Reino de Dios.....	171
SAN JUAN DE LA CRUZ.	
Noticia biográfica.....	177
Epistolario.....	187
Llama del amor viva.....	189
Canciones y su Declaración.....	191
Subida al Monte Carmelo.....	195
Poesías.....	200

BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE

1. Fábulas y cuentos en verso.
2. Cuentos tradicionales.
3. Cancionero musical.
4. Prosistas modernos.
5. Galdós.
6. Piezas teatrales cortas.
7. Teatro moderno.
8. Poetas modernos.
9. Teatro romántico.
10. Escritores del siglo XVIII.
11. Calderón.
12. Alarcón y otros poetas dramáticos.
13. Tirso de Molina.
14. Lope de Vega.
15. Teatro anterior a Lope de Vega.
16. Historiadores de los siglos XVI y XVII.
17. Exploradores y conquistadores de Indias. Relatos geográficos.
18. Escritores místicos.
19. Poetas de los siglos XVI y XVII.
20. Libros de caballerías.
21. Cervantes. Novelas y teatro.
22. Cervantes. Quijote.
23. Cuentos de los siglos XVI y XVII.
24. Novela picaresca.
25. Romancero.
26. Poesía medieval.
27. Don Juan Manuel.
28. Cuentos medievales.
29. Alfonso el Sabio.
30. Cantares de gesta y leyendas heroicas.